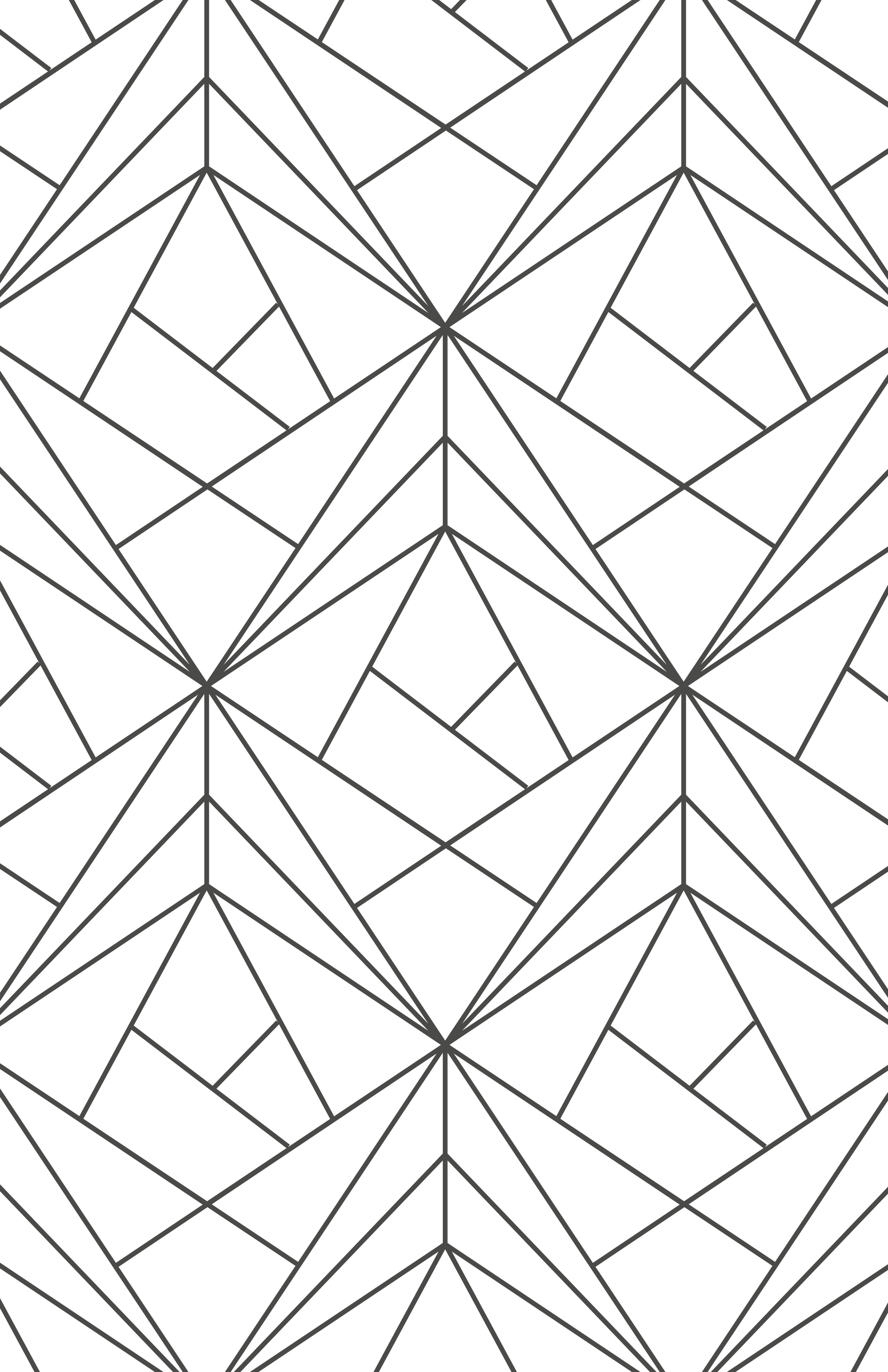
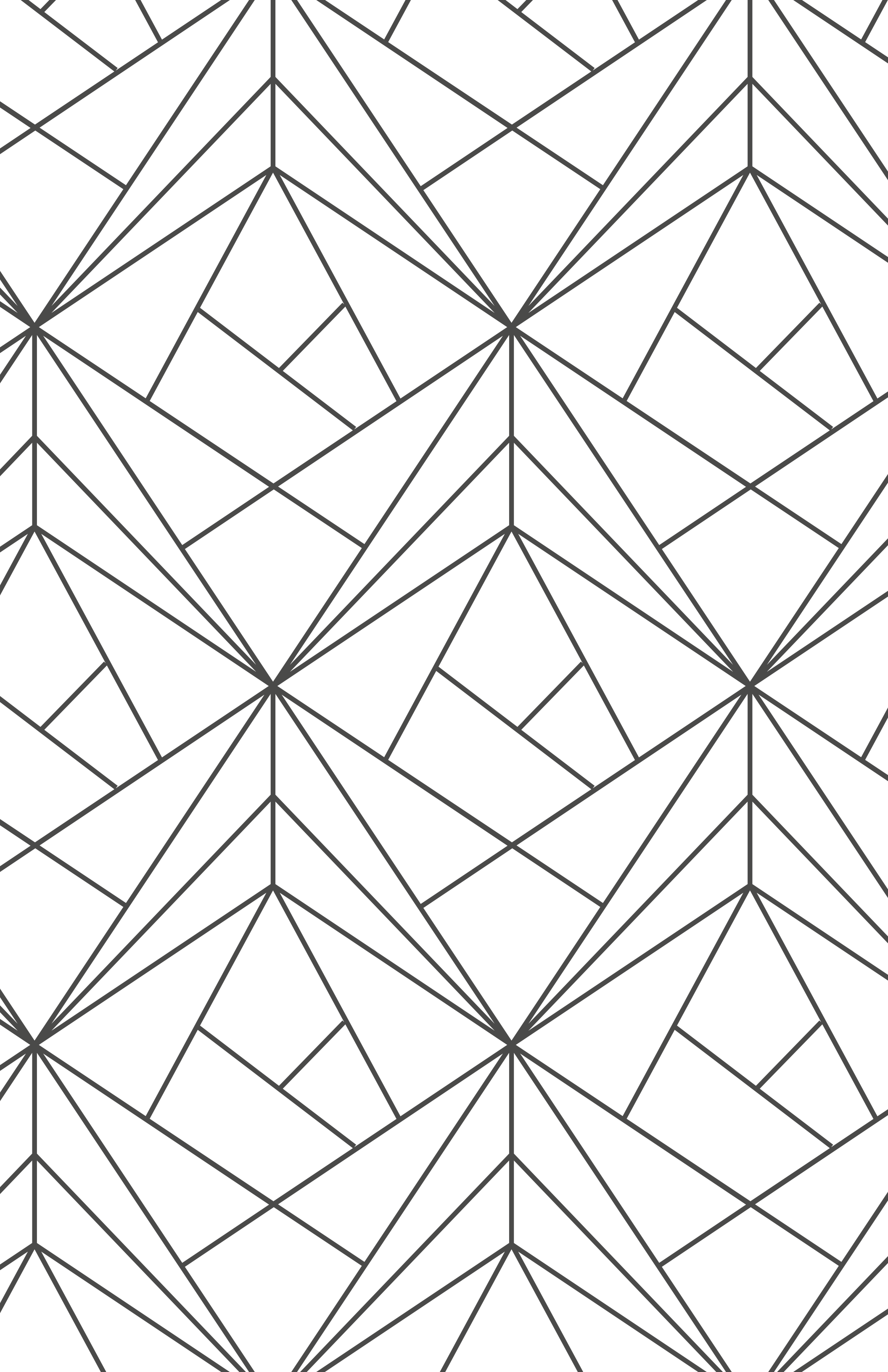
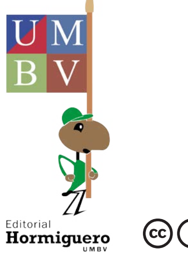

UNIVERSIDAD MILITAR BOLIVARIANA DE VENEZUELA
3-9-1810 ★ 3-9-2010
Serie Clásicos de la Guerra
Tomo I
De la guerra
Karl von Clausewitz









Universidad Militar Bolivariana de Venezuela
Fondo Editorial Hormiguero
Un Sueño, Una Estrategia, Un Libro

Créditos Editoriales

Autoridades de la UMBV:

G/B Félix Osorio Guzmán
Rector
G/B Ramón Guillermo Yépez Avendaño
Vicerrector

Fondo Editorial Hormiguero

Tcnel. Sara Otero Santiso
Coordinadora General del Fondo Editorial Hormiguero

Responsable de esta publicación
Jesús Ricardo Mieres Vitanza
María López Ramos

Diseño, diagramación y portada
Vanessa Blanco

Depósito legal: 2017
ISBN:

Página web
hormiguero.com.ve
Twitter
@hormiguero_umbv
Blog
hormigueroumbv.wordpress.com/
Fanpage
facebook.com/hormigueroumbv

Karl von Clausewitz

De la guerra

Tomo I

Serie Clásicos de la Guerra

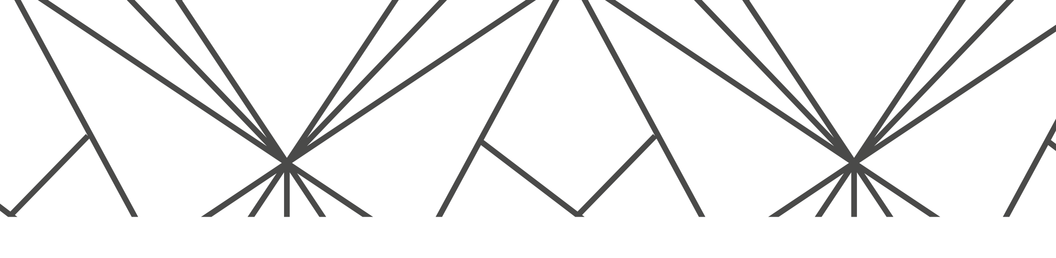
Índice

14. La acción militar estaría así dotada de una continuidad que nuevamente empujaría todo hacia una situación extrema
15. Surge aquí por lo tanto la evidencia de un principio de polaridad
16. El ataque y la defensa son cosas de clase diferente y de fuerza desigual. Por eso la polaridad no les es aplicable
17. El efecto de la polaridad es destruido a menudo por la superioridad de la defensa sobre el ataque. Esto explica la suspensión de la acción militar
18. Una segunda causa reside en el conocimiento imperfecto de la situación
19. Los períodos frecuentes de inacción alejan a la guerra aún más del dominio de la teoría exacta y hacen que sea aún más un cálculo de probabilidades
20. El azar es el único elemento que falta ahora para hacer de la guerra un juego, y de este elemento es del que menos carece
21. Por su naturaleza subjetiva como por su naturaleza objetiva, la guerra se convierte en un juego
22. Cómo esto concuerda mejor, en general, con el espíritu humano
23. La guerra aún sigue siendo un medio serio para un objetivo serio. Más definiciones particulares sobre la misma
24. La guerra es la mera continuación de la política por otros medios
25. Diversidad en la naturaleza de las guerras



Índice





Índice



Índice



Presentación



En mi carácter de Rector de la Universidad Militar Bolivariana de Venezuela (UMBV) y del Soldado Patriota y Bolivariano me complace presentar esta serie “Clásicos de la Guerra” para fortalecer el proceso académico-militar de la comunidad universitaria.

Los estudios de la guerra en la UMBV son trasversales a todos los programas de pregrado y postgrado y programas militares y cívico-militares. Esto se debe a que el estudio del pensamiento militar es de suma importancia para el proceso pedagógico de todos los miembros de toda nuestra universidad, además de ser una forma para fortalecer el estudio de nuestra Doctrina Militar Bolivariana.

El año 2017 es el año de la reactivación de los programas cívico-militares del Instituto de Estudios Estratégicos Operacionales de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB) “Libertador Simón Bolívar”. Entre ellos se encuentran la Especialización en *Integración Cívico-Militar* y en *Dirección Estratégica*, además de la *Maestría en Filosofía de la Guerra*. Nótese que son programas pensados para la articulación de espacios del conocimiento y del repensar temas como la guerra, la integración del Poder Popular con la FANB y de la planificación estratégica dentro de cualquier institución del Estado.

La *Maestría en Filosofía de la Guerra* junto con el F*ondo Editorial Hormiguero* son los responsables de haber pensado en el sueño de crear una serie editorial sobre los "Clásicos de la Guerra". Estoy seguro que tuvieron que pensar en diferentes estrategias editoriales para llevar a cabo este proyecto, y en el día de hoy podemos decir que tenemos unos libros que han sido hechos con el fin de proporcionar a todos los estudiantes, docentes e investigadores, el material necesario para poder tener a la mano los textos clásicos para el desarrollo de su camino académico y que puedan cumplir con su labor investigativa de manera accesible y libre.

Es un honor que la UMBV sea pionera en la edición de estos libros y espero que este ejemplo sirva para todos los miembros de la FANB para que sepan que cada gran idea, primero fue un sueño. Parafraseando el lema de la Editorial Hormiguero: *Un sueño, una estrategia, una serie de Clásicos de la Guerra.*

G/B Félix Ramón Osorio Guzmán
Rector

Prólogo

La Universidad Militar Bolivariana de Venezuela (UMBV) es el Alma Mater de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB). Eso significa, que su labor es mucho más sublime en cuanto al deber y al compromiso con la Patria se refiere.

Esto lo digo, porque sin la UMBV no existirían los oficiales que requiere el país y mucho menos tendrían el conocimiento militar y las cualidades axiológicas necesarias para un ciudadano que ha decidido dedicar su vida entera a servir y a proteger a la República.

Realizar este prólogo, es un verdadero honor para mí. En especial, porque al haber hecho mi maestría en la UMBV, me convertí en un hijo adoptivo de esta Alma Mater. De igual forma, este orgullo se debe al sueño grandioso de nuestro Comandante Supremo Hugo Rafael Chávez Frías, quien no solamente dio vida a la UMBV como institución, sino que además replanteó la Doctrina Militar Bolivariana, lo que generó la consolidación del pensamiento inclusivo a través de la integración cívico-militar. Gracias a esto, mi responsabilidad como docente de la Universidad Militar Bolivariana de Venezuela, se multiplicó en el momento en que me fue asignada la grandiosa tarea de ser el Coordinador de un programa de postgrado dentro de esta Universidad, como lo es el de Filosofía de la Guerra.

El título del prólogo que elegí, *Clausewitz* y la *trinidad de la guerra*, surge a propósito de que, pese a su contenido medular, en Venezuela este autor es el más nombrado, pero quizás el menos leído, en cuando a estudios de la guerra se refiere.

Pero antes de adentrarnos en el tema central, primero debemos saber que Clausewitz fue un oficial prusiano nacido en la ciudad alemana de Burg, el 1 de junio de 1780 y que murió en la ciudad

de Breslavia, actual Polonia, el 16 de noviembre de 1831; además, de ser contemporáneo de nuestro Libertador Simón Bolívar.

Cabe destacar que Clausewitz se unió al ejército prusiano cuando tenía 12 años de edad, y a los 21 años fue aceptado para realizar estudios en la Academia Militar Prusiana, conocida por su nombre en alemán como *Kriegsakademie*. En 1818, a la edad de 31 años, fue nombrado director de dicha academia militar. Es en este período, fue cuando dedicó gran parte de su tiempo a escribir los manuscritos de su obra maestra "*De la Guerra*", *Vom Kriege*; que por cierto, fue publicada por su esposa en 1832 luego de su muerte. Un dato interesante de referir y que quizás muy pocas personas sepan, es que Clausewitz solamente pudo corregir el manuscrito de su primer libro debido a su desaparición física. Sin embargo, el resto de los manuscritos se publicaron íntegros sin la revisión final.

Sabemos que pensar en Clausewitz es un objetivo controvertido y complejo. Murió cuando tenía 51 años. Probablemente, se encontraba en su mejor momento de madurez intelectual. Sin embargo, no podemos saber, a ciencia cierta, hasta qué punto hubiese podido alcanzar el desarrollo de su pensamiento para el momento en el que la muerte detuvo intempestivamente su vida, su escritura.

A pesar de haber desaparecido por algún tiempo del ámbito académico y de los círculos de estudiantes, Clausewitz, con su obra, ha logrado pasar la prueba del tiempo, a diferencia de sus contemporáneos. Esto da cuenta de que fue un pensador singular.

Sin embargo, cuando se hacen ejercicios reflexivos para saber qué es la guerra y se nombra a Clausewitz, quienes se han topado

con su obra suelen decir, casi de manera espontánea como un coro de voces: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”, o “La guerra es un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad”.

Cabe destacar que a pesar de ser extractos del libro, es un reduccionismo decir que la *guerra* es exclusivamente para eso. Por ejemplo, *La Trinidad de la Guerra*, es un término acuñado por Clausewitz, el cual a casi doscientos años después de su aparición todavía genera discusiones académicas, y es el punto de partida para otras publicaciones de los pensadores modernos de la guerra.

Lo importante del concepto de *La Trinidad de la Guerra*, y que a mi entender fue lo que Clausewitz (2016) quiso transmitir, es que la guerra es un acontecimiento político y social, y no meramente militar. Por tal motivo, expresó que los tres elementos que, según su reflexión, se encuentran involucrados en la guerra, y que enumero a continuación son: 1) El odio, 2) el cálculo y 3) la inteligencia. Dice Clausewit[1] que:

> El primero de estos tres aspectos interesa especialmente al pueblo; el segundo, al comandante en jefe y a su ejército, y el tercero, solamente al gobierno. Las pasiones que deben prender en la guerra tienen que existir, ya en los pueblos afectados por ella; el alcance que lograrán el juego del talento y del valor en el dominio de las probabilidades del azar dependerá del carácter del comandante en jefe y del

1 Clausewitz. (2016). *De la guerra.* Caracas: Fondo Editorial Hormiguero.

ejército; los objetivos políticos, sin embargo, incumbirán solamente al gobierno.

De la cita textual se infiere que para Clausewitz, las guerras las hacen los pueblos y las fuerzas armadas sólo son una expresión armada de ese poder popular.

Por esta razón, en toda guerra debe imperar estos tres elementos: 1) la dirigencia política que logre capitalizar la racionalidad para poder direccionar el conflicto a través de la *inteligencia* hacia el objetivo de esa guerra, 2) los militares, entendidos estos como los combatientes, que logren a través del cálculo, la manera de imponer su voluntad frente a la del enemigo y 3) el pueblo que proporciona el apoyo emotivo, es decir es el *odio* que se expresa en la decisión de realizar el esfuerzo supremo que debe hacer cualquier población que se enfrenta a una guerra.

Por esta razón, entender a Clausewitz es comprender las categorías definidas por él. Es una coyuntura y un punto de inicio para los estudios de la guerra. Esto se debe, a que no solamente podemos aprender de esta obra maestra de la guerra, sino que también los pensadores modernos de la guerra han utilizado a este autor para confirmar su teoría o para hacer propuestas teóricas distintas, pero siempre tomándolo a él como eje central de referencia para de sus reflexiones.

Cabe destacar que la guerra es un fenómeno que puede ser entendido de dos formas: *estudiándola o viviéndola*. La UMBV tiene el deber de formar combatientes para defender la integridad de la Patria y la Maestría en Filosofía de la Guerra tiene el deber de formar a los profesionales para que puedan *comprender y*

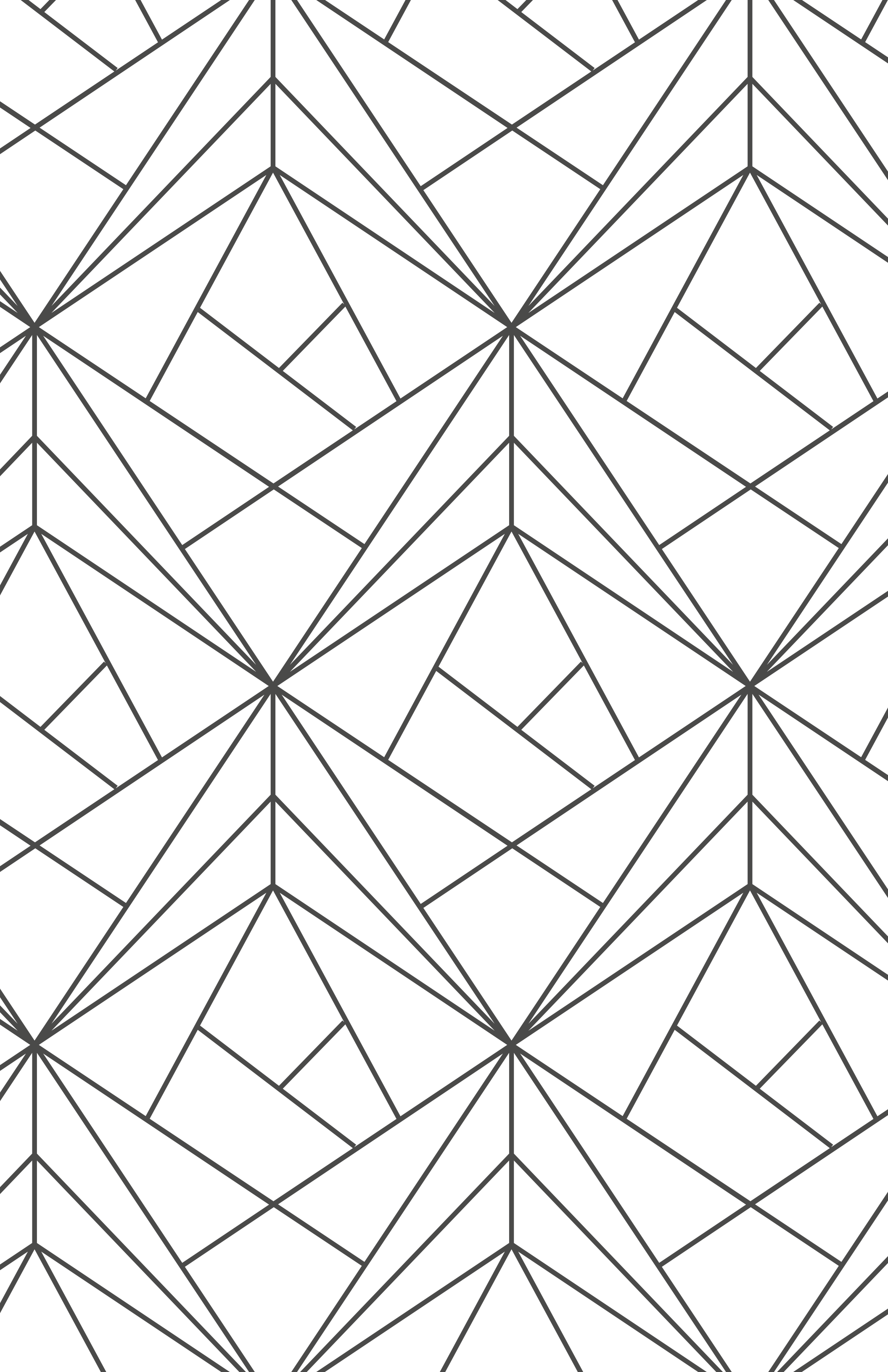
Prólogo

gestionar la guerra, en cualquiera de sus ámbitos.

Finalmente, recordemos cuando Heráclito decía que el devenir está animado por el conflicto. “La *guerra* [pólemos] es el padre de todas las cosas”. Y eso es lo que hacemos en la UMBV, estudiar la guerra para conseguir y mantener la paz.

Jesús Ricardo Mieres Vitanza, MSc.
Coordinador
Maestría en Filosofía de la Guerra







Libro I

Sobre la naturaleza de la guerra

Capítulo I

¿Qué es la guerra?

1. Introducción

Nos proponemos considerar, en primer lugar, los diversos *elementos* de nuestro tema; sus *distintas partes* o *divisiones* y finalmente el conjunto en su íntima conexión. Procederemos, de este modo, de lo simple a lo complejo. Pero en esta cuestión más que en otra alguna, es necesario comenzar por referirse a la naturaleza del conjunto, ya que en esto la parte y el todo deban siempre ser considerados simultáneamente.

2. Definición

No vamos a comenzar con una definición pedante y cargosa de la guerra, sino que nos limitaremos a su esencia, el duelo. La guerra no es otra cosa que un duelo en una escala más amplia. Si concibiéramos a un mismo tiempo los innumerables duelos aislados que la forman, podríamos representárnosla bajo la forma de dos luchadores, cada uno de los cuales trata de imponer al otro su voluntad por medio de la fuerza física; su propósito inmediato es derribar al adversario y privarlo de toda resistencia. *La guerra es, en consecuencia, un acto de violencia para imponer nuestra voluntad al adversario.*

La violencia, para enfrentarse con la violencia, recurre a las creaciones del arte y de la ciencia. Va acompañada de restricciones insignificantes que es casi inútil mencionar, que se impone a sí mismas y son conocidas bajo el nombre de leyes y usos internacionales, pero que en realidad no debilitan su fuerza. La violencia, es decir, la violencia física (porque no



existe violencia moral fuera de los conceptos de ley y estado), es de este modo el *medio*; imponer nuestra voluntad al enemigo es el *objetivo*. Para tener la seguridad de alcanzar este objetivo debemos desarmar al enemigo, y este desarme es, por definición el propósito específico de la acción militar, propósito que remplaza al objetivo y en cierto sentido prescinde de él como si no formara parte de la propia guerra.

3. Uso ilimitado de la fuerza

Muchas almas filantrópicas imaginan que existe una manera artística de desarmar o derrotar al adversario sin excesivo derramamiento de sangre, y que esto es lo que se propondría lograr un verdadero arte de la guerra. Esta es una concepción falsa que debe ser rechazada, pese a todo lo agradable que pueda parecer. En asuntos tan peligrosos como la guerra, las ideas falsas inspiradas en el sentimentalismo son precisamente las peores. Como el uso máximo de la fuerza física no excluye en modo alguno la cooperación de la inteligencia, el que usa esta fuerza con crueldad, sin retroceder ante el derramamiento de sangre por grande que sea, obtiene una ventaja sobre el adversario, siempre que este no haga lo mismo. De este modo, dicta su ley al adversario y cada cual empuja al otro a la adopción de medidas extremas cuyo límite es el de la fuerza de resistencia que le oponga el contrario.

Es así como debemos encarar este asunto ya que el tratar de ignorar el elemento brutalidad, a causa de la repugnancia que inspira, sería un despilfarro de fuerza por no decir un error.

Si las guerras entre naciones civilizadas son menos crueles y destructoras que las de las no civilizadas, la razón reside en la situación social de los estados considerados en sí mismos y en sus relaciones recíprocas. La guerra surge, se delinea, se limita y modifica de acuerdo con esa condición y sus circunstancias concomitantes. Pero tales elementos, de por sí, no son parte de la guerra, sino que preexisten con respecto a ella. En la



filosofía de la guerra no podemos introducir en modo alguno un principio moderador sin caer en el absurdo.

En los conflictos entre los hombres intervienen en realidad dos elementos diferentes: el *sentimiento hostil* y la *intención hostil*. Hemos elegido el último de estos dos elementos como rasgo distintivo de nuestra definición por ser el más general. Es inconcebible que un odio salvaje, casi instinto, exista sin la intención hostil, mientras que hay casos de intenciones hostiles que no van acompañados de ninguna animosidad o, por lo menos, de ningún sentimiento de animosidad predominante. Entre los salvajes prevalecen las intenciones de origen emocional; entre los pueblos civilizados, las inspiradas por la inteligencia. Pero esta diferencia no reside en la naturaleza intrínseca del salvajismo o de la civilización sino en las circunstancias que lo rodean, sus instituciones, etc. Por lo tanto, no existe necesariamente en todos los casos, pero prevalece en la mayoría de ellos. En una palabra, hasta las naciones más civilizadas pueden inflamarse con pasión en odio recíproco.

Vemos, por lo tanto, cuán lejos estaríamos de la verdad si atribuyéramos la guerra entre pueblos civilizados como libre siempre de todo apasionamiento, de modo que en conclusión no habría de ser necesaria la existencia física de los ejércitos, sino que bastarían las relaciones teóricas entre ellos o lo que habría de ser una especie de álgebra de la acción.

La teoría comenzaba a orientarse en esta dirección cuando los acontecimientos de las últimas guerras le imprimieron un nuevo curso. Si la guerra es un acto de violencia, las emociones están necesariamente involucradas en ella. Si las emociones no dan origen a la guerra, esta ejerce, sin embargo, acción mayor sobre ellas, y el grado de la reacción depende, no del estado de la civilización sino de la importancia y duración de los intereses hostiles.

Por lo tanto, si vemos que los pueblos civilizados no matan a los prisioneros, ni saquean las ciudades, ni arrasan los campos esto se debe a que la inteligencia desempeña u papel



importante en la conducción de la guerra y les ha enseñado a aplicar su fuerza recurriendo a medios más eficaces que los de esas brutales manifestaciones del instinto.

La invención de la pólvora y el constante perfeccionamiento de las armas de fuego muestran por sí mismos con suficiente claridad, que la necesidad inherente al concepto teórico de la guerra, la de destruir al enemigo, no ha sido en modo alguno debilitada o desviada por el avance de la civilización.

Repetimos por lo tanto nuestra afirmación: la guerra es un acto de violencia y no hay límite a la manifestación de esta violencia. Cada adversario impone su ley al otro y esto redunda en una acción recíproca que se nos presenta y el primer extremo.

(Primera acción recíproca).

4. El propósito es desarmar al enemigo

Hemos dicho que el desarme del enemigo es el propósito de la acción militar, y queremos mostrar que esto es necesariamente así, por lo menos en teoría.

Para que nuestro oponente se someta a nuestra voluntad debemos colocarlo en una posición más desventajosa que la que implica el sacrificio que le exigimos. Las desventajas de tal posición no habrán de ser naturalmente transitorias o al menos no habrán de parecerlo, ya que de lo contrario nuestro oponente habría de esperar un momento más favorable y se negaría a rendirse. Como resultado de la continuación, de la acción militar, todo cambio en su posición debe conducirlo, por lo menos teóricamente a posiciones aún menos ventajosas. La peor situación a que puede ser llevado un beligerante es la del desarme completo. Por lo tanto, si por medio de la acción militar obligamos a nuestro oponente a hacer nuestra voluntad, debemos, o bien desarmarlo de hecho, o bien colocarlo en tal condición que se sienta amenazado por la posibilidad de que lo logremos. De aquí se desprende que el desarmar o destruir al



enemigo (cualquiera sea la expresión que elijamos), debe ser siempre el propósito de la acción militar.

Pero la guerra no es la acción de una fuerza viva sobre una masa inerte (la no resistencia absoluta no sería guerra en forma alguna), sino que es siempre el choque entre dos fuerzas vivas, y damos por sentado que lo que hemos dicho sobre el propósito último de la acción militar se aplica a ambos bandos. Tenemos aquí, nuevamente, una acción recíproca. Mientras no haya derrotado a mi adversario debo temer que él pueda derrotarme. Yo no soy, pues, dueño de mí mismo ya que él me impone su ley al igual que yo impongo la mía. Esta es la segunda acción recíproca que conduce a un segundo extremo.

(Segunda acción recíproca)

5. Máximo despliegue de las fuerzas

Si queremos derrotar a nuestro adversario debemos regular nuestro esfuerzo de acuerdo con su fuerza de resistencia. Esta se manifiesta como producto de dos factores inseparables: *la magnitud de los medios a su disposición y la fuerza de su voluntad*. Es posible calcular la magnitud de los medios de que dispone ya que esta se basa en cifras (aunque no del todo), pero la fuerza de la voluntad solo puede ser medida, en forma aproximada, por la fuerza del motivo que la impulsa. Suponiendo que por este camino lográramos un cálculo razonablemente aproximado del poder de resistencia de nuestro oponente, podríamos regular nuestros esfuerzos de acuerdo con dicho cálculo e intensificarlos para obtener una ventaja o bien sacar de ellos el máximo posible, si nuestros medios no bastaran para asegurarnos esa ventaja. Pero nuestro adversario procede del mismo modo y surge así entre nosotros una nueva pujanza que desde el punto de vista de la teoría pura nos lleva una vez más a un punto extremo. Esta es la tercera acción recíproca que encontramos y el tercer extremo.

(Tercera acción recíproca)



6. Modificaciones en la práctica

En el dominio abstracto de las concepciones puras, el pensamiento reflexivo no descansa hasta alcanzar el punto extremo porque es con extremos con lo que tiene que enfrentarse, con un choque de fuerzas libradas a sí mismas y que no obedecen a más ley que la propia. Por lo tanto, si queremos deducir de la concepción puramente teórica de la guerra un propósito absoluto, preconcebido y los medios a emplear, estas acciones reciprocas continuas nos conducirán a extremos que no habrán de ser más que un juego de la imaginación producido por el encadenamiento apenas visible de sutilezas lógicas. Si, ciñéndonos estrechamente a lo absoluto, nos proponemos eludir con una simple afirmación todas las dificultades y con rigor lógico insistimos en que en cada ocasión hemos de estar preparados para ofrecer el máximo de resistencia y hacer frente al máximo de esfuerzo, esa afirmación será letra muerta y sin aplicación en el mundo real.

Si suponemos también que este máximo de esfuerzo es un absoluto, fácil de determinar, debemos admitir sin embargo que no es fácil que la mente humana se someta al gobierno de esas fantasías lógicas. En muchos casos, el resultado habría de ser un derroche inútil de fuerza que se vería restringido por otros principios del arte de gobernar. Esto requeriría un esfuerzo de voluntad desproporcionado en relación con el objetivo que nos proponemos e imposible de realizar. En efecto, la voluntad del hombre nunca extrae su fuerza de sutilezas lógicas.

Todo cambia de aspecto, sin embargo, si pasamos del mundo abstracto al de la realidad. En el primero todo debía quedar supeditado al optimismo, de modo de concebir ambos bandos no solo tendiendo a la perfección sino alcanzándola. ¿Sucederá esto siempre en la práctica? Las condiciones para ello serían las siguientes:

1) Que la guerra fuera un acto totalmente aislado; que surgiera súbitamente sin conexión con la vida anterior del estado;



2) Que consistiera en una decisión única o en varias decisiones simultáneas;
3) Que su decisión fuera definitiva y que la consiguiente situación política no fuera tenida en cuenta ni influyera sobre ella.

7. La guerra nunca es un acto aislado

Al referirnos al primero de estos tres puntos debemos recordar que ninguno de los dos oponentes es para el otro un ente abstracto, ni aun en lo que concierne al factor de la capacidad de resistencia que no depende de cosas de cosas externas, o sea, la voluntad. Esta voluntad no es algo totalmente desconocido; lo que ha sido hasta hoy nos indica lo que será mañana. La guerra nunca estalla súbitamente ni su propagación se produce en un Instante. De tal modo cada uno de los adversarios puede, en gran medida, formarse una opinión sobre el otro, por lo que este realmente es y hace, y no por lo que teóricamente debería ser y hacer. Sin embargo, por su imperfecta organización, el hombre se mantiene siempre por debajo del nivel de la perfección absoluta y así estas deficiencias, inherentes a ambos bandos se convierten en un principio moderador.

8. La guerra no consiste en un golpe sin duración

El segundo de estos tres puntos nos sugiere las siguientes observaciones:

Si el resultado de la guerra dependiera de una decisión única o de varias decisiones simultáneas, los preparativos para esa decisión o para estas decisiones diversas deberían llevarse hasta el último extremo. Nunca podría recuperarse una oportunidad perdida; la única norma que podría darnos el mundo real para los preparativos pertinentes, sería, en el mejor de los casos, la medida de los preparativos de nuestro adversario, por lo que de ellos llegáramos a conocer, y todo lo demás habría de quedar



nuevamente relegado al campo de la abstracción. Si la decisión consistiera en varios actos sucesivos, cada uno de estos, con sus circunstancias concomitantes, podría suministrar una norma para los siguientes y, de este modo el mundo real ocuparía también aquí el lugar del mundo abstracto, atenuando, de acuerdo con ello, la tendencia hacia el extremo.

> “La guerra nunca estalla súbitamente ni su propagación se produce en un Instante. De tal modo cada uno de los adversarios puede, en gran medida, formarse una opinión sobre el otro, por lo que este realmente es y hace, y no por lo que teóricamente debería ser y hacer.”

Sin embargo, toda guerra quedaría reducida necesariamente a una decisión única o a varias decisiones simultáneas, si los medios disponibles para la lucha fueran puestos en acción a un tiempo o pudieran ser puestos de este modo. Un resultado



adverso reduciría estos medios; y si hubieran sido empleados o agotados todos en la primera decisión, no habría base para pensar en una segunda decisión. Todas las acciones bélicas que pudieran producirse después, formarían en esencia parte de la primera, y solo constituirían su continuación.

Pero hemos visto que, ya en los preparativos para la guerra, el mundo real ha ocupado el lugar de la idea abstracta, y que una medida real ha ocupado el lugar de un extremo hipotético. Cada uno de los oponentes, aunque no fuera por otra razón, se detendrá por lo tanto en su acción recíproca lejos del esfuerzo máximo y no pondrá en juego al mismo tiempo la totalidad de sus recursos.

Pero la naturaleza misma de estos recursos y de su empleo, hace imposible la entrada en acción simultánea de los mismos. Estos recursos comprenden *las fuerzas militares propiamente dichas, el país* con su superficie y población y los *aliados.*

El país, con su superficie y población, no solo es la fuente de las fuerzas militares propiamente dichas, sino que, en sí mismo, es también una parte integral de los factores que actúan en la guerra, aunque solo sea la parte que suministra el teatro de operaciones o tiene-marcada influencia sobre él.

Ahora bien, todos los efectivos militares pueden ser movilizados simultáneamente, pero esto no se aplica a las fortalezas, los ríos, las montañas, los habitantes, etc., en una palabra, el país entero, a menos que sea tan pequeño que la, primera acción bélica lo envuelva totalmente. Además, la cooperación de los aliados no es, cosa que dependa de la voluntad de los beligerantes, y ocurre frecuentemente, por la misma naturaleza de las relaciones políticas, que no se hace efectiva sino más tarde, o se refuerza con el propósito de restablecer el equilibrio perdido.

Más adelante explicaremos con lujo de detalles que esta parte de los medios de resistencia que no puede ser puesta en acción a un tiempo es, en muchos casos, una parte del total mucho mayor de lo que podríamos poner a primera vista y



que, por lo tanto, es capaz de restablecer el equilibrio de fuerzas, aun cuando la primera decisión se haya producido con tal violencia que de ese modo haya alterado seriamente el equilibrio. Por ahora, bastará con dejar sentado que es contrario a la naturaleza de la guerra el qu*e todos nuestros recursos estén en juego al mismo tiempo.* Esto, en sí mismo, no habrá de motivar la disminución de la intensidad de nuestros esfuerzos en la decisión de las acciones iniciales, ya que un comienzo desfavorable es desventaja a la cual nadie se expondría de intento, dado que si bien la primera decisión es seguida por caras, mientras más decisiva sea, mayor será su influencia sobre las que la sigan. Pero el hombre trata de eludir el esfuerzo excesivo al amparo de la posibilidad de que se produzca una decisión subsiguiente y, por lo tanto, no concreta ni pone en tensión sus recursos para la primera decisión hasta donde hubiera podido hacerlo, de no mediar aquella circunstancia. Lo que uno de los adversarios no hace por debilidad, se convierte para el otro en base real y objetivo para aminorar sus propios esfuerzos y, de este modo, a través de esta acción recíproca, la tendencia hacia el extremo se reduce una vez más a un esfuerzo limitado.

9. El resultado de la guerra nunca es absoluto

Por último, la decisión final de una guerra total no siempre debe ser considerada como absoluta. El estado derrotado, a menudo ve en ella un mal transitorio para el que puede encontrarse un remedio en las circunstancias políticas venideras. Es evidente que esto atenúa en gran medida, la violencia de la tensión y la intensidad del esfuerzo.



10. Las probabilidades de la vida real ocupan el lugar de lo extremo y de lo absoluto conceptuales

De este modo, toda la acción de la guerra deja de estar sujeta, a la ley estricta de las fuerzas competidas hacia el punto extremo. Dado que no se evita ni se busca ya el extremo, se deja que la razón determine los límites del esfuerzo, y esto solo se puede hacer de acuerdo con la *ley de las probabilidades* por deducción de los datos suministrados por los fenómenos del mundo real. Si los dos adversarios no son ya abstracciones puras sino estados y gobiernos individuales; si el curso de los cimientos no es ya teórico, sino que está determinado de acuerdo con sus propias leyes, entonces la situación real suministra los datos para determinar lo que se espera, la incógnita que debe ser despejada.

De acuerdo con la ley de las probabilidades y por el carácter, las instituciones, la situación y las circunstancias del adversario, cada bando sacará sus conclusiones respecto a cuál será la acción del contrario y de acuerdo con ello determinará la suya propia.

11. El objetivo político aparece de nuevo en primer plano

Reclama ahora nuestra atención un tema que descartamos en el 2, o sea el del *objetivo político de la guerra*. Hasta ahora, esto había sido absorbido, podríamos decir, por la ley de los extremos, por la ley de los extremos, por la intención de desarmar y derrotar al enemigo. El objetivo político de la guerra vuelve nuevamente a primer plano a medida que esta ley pierde su vigor y se aleja la posibilidad de realización de aquella intención. Si lo que tenemos que considerar es un cálculo de probabilidades sobre la base de personas y circunstancias definidas, el objetivo político, como causa original, debe ser un factor esencial en este proceso. Cuanto más pequeño sea



el sacrificio que exijamos de nuestro adversario, tanto más débiles habrán de ser sus esfuerzos por negarse a hacer ese sacrificio. Sin embargo, mientras más débil sea su esfuerzo tanto más pequeño deberá ser el nuestro. Además, cuanto menos importante sea nuestro objetivo político, tanto menor será el valor que le asignaremos y tanto más pronto estaremos dispuestos a abandonarlo. Por esta razón, también nuestros propios esfuerzos serán más débiles.

De esta manera, el objetivo político, como causa original de la guerra, será norma, tanto para el propósito a alcanzarse mediante la acción militar, como para los esfuerzos necesarios para el cumplimiento de ese propósito. En sí misma no puede ser una norma absoluta, pero como estamos tratando de cosas reales y no de simples ideas, esa base constituirá la medida relativa para esos dos estados contrincantes. Un mismo objetivo político puede producir reacciones diferentes en diferentes naciones y aun en una misma nación, en diferentes épocas. Por lo tanto, es posible dejar que el objetivo político sirva como norma, siempre que tengamos presente su influencia sobre las masas que afecta. Es fácil comprobar que el resultado puede variar en gran medida, según que la acción se fortalezca o debilite por el sentimiento de las masas. Entre dos pueblos y estados, pueden existir tales tensiones y tal cúmulo de sentimientos hostiles que un motivo para la guerra, insignificante en sí mismo, puede llegar a producir, no obstante, un efecto totalmente desproporcionado, una verdadera explosión.

Esto resulta cierto tanto para los esfuerzos que el objetivo político pueda reclamar en los dos estados como para la finalidad que pueda asignarse a la acción militar. Algunas veces puede convertirse en esa finalidad, por ejemplo, si se trata de la conquista de cierto territorio. Otras veces, el objetivo político no se ajustará a la necesidad de proporcionar la finalidad de la acción militar y, en tales casos deberemos elegir una que sirva de equivalente y pueda ocupar su lugar para hacer la paz. Pero en



estos casos siempre se presupone que debe darse consideración debida al carácter de los estados interesados. Hay circunstancias en las cuales el equivalente debe tener mucha más importancia que el objetivo político, si es que este ha de ser logrado por su intermedio. Mientras mayor sea la indiferencia de las masas y menos seria sea la tensión que exista también en otros terrenos de los dos estados y de sus relaciones, mayor será el objetivo político, como norma y por su propio carácter decisivo. Hay casos en los cuales, casi por sí mismo, es el factor decisivo.

Si el fin de la acción militar es un equivalente del objetivo político, la acción militar disminuirá en general en la medida en que disminuya el objetivo político. Más evidente será esto mientras más evidentemente aparezca este objetivo. Esto explica la razón por la cual, sin que exista autocontradicción, puede haber guerras de todos los grados de importancia e intensidad, desde la guerra de exterminio al mero estado de vigilancia armada. Pero esto nos conduce a una cuestión de otro tipo, que aún debemos analizar y responder.

12. Una suspensión de acción militar no explicada aún por nada de lo dicho hasta ahora

¿Es posible que esta acción pueda ser suspendida aunque sea por un momento, sea cual fuere la insignificancia de las reclamaciones políticas hechas por cualquiera de los bandos, sea cual fuere la debilidad de medios empleados, o sea cual fuere la futileza del fin perseguido por la acción militar? Esta es una pregunta que va a la esencia misma del asunto.

Cada acción requiere para su realización cierto tiempo, que es lo que llamamos duración. Esta puede ser más larga o más corta, según que la persona actuante sea más o menos rápida en sus movimientos.

No vamos a preocuparnos aquí de esto. Cada cual hace las cosas a su manera pero la persona lenta no lo hace más lentamente porque quiera emplear más tiempo, sino porque



debido a su naturaleza, necesita más tiempo, y si hubiera de hacerlo con mayor rapidez no lo haría tan bien. Este tiempo depende en consecuencia de causas subjetivas e incumbe a la duración real de la acción.

Si a cada acción de la guerra le reconocemos una duración, debemos admitir, por lo menos a primera vista, que todo gasto de tiempo más allá de esa duración, o lo que es igual, cualquier suspensión de la acción militar, parece ser absurda. En relación con esto debemos recordar siempre que la cuestión no es la del progreso de uno u otro de los oponentes, sino la del progreso de la acción militar como un todo.

13. Hay solamente una causa que puede suspender la acción y esto aparece siempre como posible en un solo bando

Si dos bandos se han armado para el conflicto, debe de haber un motivo hostil que los haya impulsado a hacerlo. Así pues mientras se mantengan bajo las armas, esto es, mientras no hagan la paz, este motivo debe estar presente y solo podrá dejar de actuar en cualquiera de los dos oponentes por una sola razón, que es la de que *desea esperar un momento más para la acción.* Es obvio que esta razón solo puede hacerse presente en uno de los dos bandos, debido a que por su propia naturaleza la misma es opuesta a la del otro. Si a uno de los jefes le conviene actuar al otro le convendrá esperar.

Un equilibrio completo de fuerzas no puede producir nunca una interrupción de la acción, porque con tal suspensión retendría necesariamente la iniciativa el que tenga el propósito positivo, es decir el atacante. Pero si preferimos concebir un equilibrio en el que quien tiene la finalidad positiva y por lo tanto el motivo más poderoso, es al mismo tiempo quien dispone de menor número de fuerzas, de modo que la ecuación surgiría del producto de las fuerzas y de los motivos, aun así tendríamos que decir que si no se vislumbra



un cambio en este estado de equilibrio, ambos bandos deben hacer la paz. Pero si se vislumbrara un cambio, este sería a favor de uno de los bandos solamente y por la misma razón, el otro se vería obligado a actuar. Vemos, pues, que la idea de un equilibrio no puede justificar una suspensión de las hostilidades, pero sirve para explicar la espera de un momento más favorable. Supongamos, por ejemplo, que uno

> "Un equilibrio completo de fuerzas no puede producir nunca una interrupción de la acción, porque con tal suspensión retendría necesariamente la iniciativa el que tenga el propósito positivo, es decir el atacante"

de los dos estados tiene un propósito positivo, digamos, el de la conquista de un territorio del enemigo, que habría de ser usado como moneda en la negociación de la paz. Lograda esta conquista, ha alcanzado su objetivo político; la acción ya no es necesaria y puede tomarse un descanso. Si su adversario acepta este resultado debe hacer la paz; en caso contrario, debe actuar. Si en ese momento cree que en un

período de cuatro semanas habrá de encontrarse en mejores condiciones para hacerlo, entonces tiene razones suficientes para posponer su acción.

Pero, desde ese momento, la necesidad de actuar parece por lógica recaer en su oponente, a fin de no dejarle tiempo al vencido para que se prepare para la acción. Todo esto, por supuesto, si suponemos que ambos bandos tienen conocimiento completo de las circunstancias.

14. La acción militar estaría así dotada de una continuidad que nuevamente empujaría todo hacia una situación extrema

Si en la acción militar existiera realmente esta continuidad, todo sería llevado de nuevo hacia el extremo. Porque, además del hecho de que tal actividad ininterrumpida habría de enconar aún más los sentimientos e impartiría al todo un mayor apasionamiento y mayor grado de primitivismo, también habría de surgir en la continuidad de la acción, un, encadenamiento aún más inevitable de acontecimientos y una conexión causal más consecuente entre ellos. Cada acción llegaría en consecuencia a ser más importante y por lo tanto más peligrosa.

Pero sabemos que la acción militar tiene rara vez, o nunca tiene, esta continuidad y que hay muchas guerras en las que la acción ocupa la menor parte del tiempo, mientras que la inactividad se toma el resto. Esto quizá no es siempre una anomalía. La suspensión de la acción militar debe ser posible, es decir que no implica una contradicción. Que esto es así y por qué es así, lo demostraremos a continuación.



15. Surge aquí por lo tanto la evidencia de un principio de polaridad

Al suponer que los intereses de uno de los jefes son siempre diametralmente opuestos a los del otro, dejamos sentada la existencia de una *polaridad*. Nos proponemos dedicar más adelante todo un capítulo especial a este principio, pero por ahora hemos de hacer una observación con referencia al mismo.

El principio de polaridad solo es válido, si como tal es la cosa misma, en la cual lo positivo y su contrario, lo negativo, se destruyen mutuamente. En una batalla, cada uno de los bandos desea vencer; esta es una verdadera polaridad, porque la victoria del uno destruye la del otro. Pero si hablamos de dos cosas diferentes que tengan una relación común objetiva, no serán las cosas sino sus relaciones las que posean polaridad.

16. El ataque y la defensa son cosas de clase diferente y de fuerza desigual. Por eso la polaridad no les es aplicable

Si solo hubiera una forma de guerra, digamos la del ataque del enemigo, no habría defensa; en otras palabras, si al ataque hubiera de distinguírselo de la defensa solamente por el motivo positivo que él uno tiene y del que la otra carece, si los métodos de lucha fueran siempre invariablemente los mismos, en tal lucha, cualquier ventaja de un bando habría de ser una desventaja equivalente para el otro y existiría una verdadera polaridad.

Pero la actividad militar adopta dos formas distintas, ataque y defensa, que son muy diferentes y de fuerza desigual, como explicaremos más adelante en detalle. La polaridad reside, por lo tanto, en que ambos guardan una relación, como ser, la decisión, pero no en el ataque o en la defensa misma. Si uno de los comandantes deseara posponer la decisión, el



otro deberá desear acelerarla, pero por supuesto, solamente en la misma forma de conflicto. Si a A le interesara no atacar a su adversario inmediatamente sino cuatro semanas más tarde, está en el interés de B atacado por aquel inmediatamente y no cuatro semanas más He aquí una oposición directa; pero no se desprende necesariamente que a B le beneficie atacar a A inmediatamente. Esto es, evidentemente, algo muy distinto.

17. El efecto de la polaridad es destruido a menudo por la superioridad de la defensa sobre el ataque. Esto explica la suspensión de la acción militar

Si la forma de defensa es más fuerte que la de ataque, como vamos a demostrarlo, se plantea la cuestión de si la ventaja de una decisión diferida tan grande para un bando como la de la defensa lo es para el otro. Cuando no lo es, no puede mediante su contrario sobrepujar a este a influir de ese modo en el curso de la acción militar. Vemos por lo tanto, que la fuerza impulsiva que reside en la polaridad de intereses puede ser perdida en la diferencia entre la fuerza del ataque y la de la defensa, y dejar así de tener eficacia.

Por lo tanto, si el bando para el cual el momento presente es favorable, es demasiado débil para renunciar a la ventaja de la defensiva, debe resignarse a afrontar un futuro menos favorable. Porque aun, puede ser mejor librar un combate defensivo en el futuro desfavorable, que uno ofensivo en el momento presente o que hacer la paz. Estando convencidos de que la superioridad de la defensa (correctamente entendida) es muy grande, mucho más de lo que podría parecer a primera vista, se explica la gran proporción que ocupan en la guerra los períodos carentes de acción, sin que esto involucre necesariamente una contradicción. Cuanto más débiles sean los motivos para la acción, tanto más serán absorbidos y neutralizados por esta diferencia entre el ataque y la defensa. Por lo tanto, la acción





militar será llevada con tanta mayor frecuencia a pausas, que es en realidad lo que nos enseña la experiencia.

18. Una segunda causa reside en el conocimiento imperfecto de la situación

Hay aún otra causa que puede detener la acción militar y es la del conocimiento imperfecto de la situación. Un jefe solo tiene conocimiento personal exacto de su propia posición; conoce la de su adversario solamente por informes inciertos. Puede cometer errores al interpretarlos y, como consecuencia de los mismos, puede llegar a creer que la iniciativa corresponde a su adversario, cuando en realidad le corresponde a él mismo. Esta ausencia de conocimientos podría, es verdad, ocasionar tanto acciones inoportunas como inoportunas inacciones y contribuir por sí misma a causar tanto retardos como aceleramientos en la acción militar. Pero siempre debe ser considerada como una de las causas naturales que, sin que involucre una contradicción subjetiva, pueda conducir la acción militar a un estancamiento. Si consideramos, sin embargo, que siempre nos sentimos inclinados e inducidos a calcular que la fuerza de nuestro adversario es demasiado grande, más bien que demasiado pequeña, ya que el hacerlo es propio de la naturaleza humana, debemos admitir también que el conocimiento imperfecto de la situación habrá, en general, de contribuir sensiblemente a detener la acción militar y modificar los principios en que se basa su dirección.

La posibilidad de una pausa introduce una nueva modificación en la acción militar, diluyéndola, por así decirlo, en el factor tiempo, lo que detiene el avance del peligro y aumenta los medios de restablecer el perdido equilibrio de fuerzas. Mientras más grandes sean las tensiones que han determinado la guerra y cuanto mayor sea, en consecuencia, la energía que se imprime a la guerra, más breves serán estos períodos de inacción; mientras más débil sea el sentimiento



hostil, más larga será su duración. En efecto, los motivos más poderosos aumentan nuestra fuerza de voluntad y esta, como sabemos, es siempre un factor, un producto de nuestras fuerzas.

19. Los períodos frecuentes de inacción alejan a la guerra aún más del dominio de la teoría exacta y hacen que sea aún más un cálculo de probabilidades

Cuanto más lentamente se desarrolla la acción militar y cuanto más largos y frecuentes sean los períodos de inacción, tanto más fácilmente podrá enmendarse un error; el comandante en jefe se tornará así más osado en sus suposiciones y al mismo tiempo se mantendrá con mayor facilidad por debajo del punto extremo exigido por la teoría, y se basará para todo en la probabilidad y la conjetura. Por lo tanto, el curso más o menos pausado de la acción militar dejará más o menos tiempo para aquello que la naturaleza de la situación concreta reclame ya por sí misma, a saber, un *cálculo de probabilidades d*e acuerdo con las circunstancias dadas.

20. El azar es el único elemento que falta ahora para hacer de la guerra un juego, y de este elemento es del que menos carece

Por lo anterior hemos visto cómo la naturaleza objetiva de la guerra hace de ella un cálculo de probabilidades. Ahora solo hace falta un elemento más para que se convierta en un *juego,* y ese elemento no falta por cierto: es el *azar*. Ninguna actividad humana, tiene contacto más universal y constante con el azar que la guerra. El azar, juntamente con lo accidental y la buena suerte, desempeñan así un gran papel en la guerra.



21. Por su naturaleza subjetiva como por su naturaleza objetiva, la guerra se convierte en un juego

Si echamos ahora un vistazo a la naturaleza subjetiva de la guerra o sea las fuerzas necesarias para librarla, se nos presentará aún más como un juego. El elemento dentro del cual se realiza la acción bélica es el peligro; pero, ¿cuál es en el peligro la cualidad moral predominante? Es el valor. El valor, por cierto, es compatible con el cálculo prudente, pero sin embargo el valor y el cálculo difieren por naturaleza y pertenecen a partes distintas del espíritu. Por otra parte, la osadía, confianza en la buena suerte, la intrepidez y la temeridad son solo manifestaciones del valor, y todos estos esfuerzos del espíritu buscan lo accidental porque es su propio elemento.

Vemos por lo tanto que desde el principio. la facultad absoluta o teórica como se la llama, no encuentra en parte alguna base segura en los cálculos del arte de la guerra. Desde el comienzo existe un juego de posibilidades y de probabilidades, de buena y de mala suerte, que aparece en todos los hilos, grandes o pequeños de su trama y hace que de todas las ramas de la actividad humana, sea la guerra la que más se asemeje a un juego de naipes.

22. Cómo esto concuerda mejor, en general, con el espíritu humano

Aunque nuestra inteligencia se siente siempre inclinada hacia la certeza y la claridad, nuestro espíritu es atraído a menudo por la incertidumbre. En lugar de abrirse paso con la inteligencia por el estrecho sendero de la investigación filosófica y de la deducción lógica, prefiere moverse lentamente con la imaginación en el dominio del azar y de la suerte a fin de llegar, casi inconscientemente, a regiones donde se siente extraño y donde todos los objetos familiares parecen abandonarlo. En lugar de sentirse aprisionado, como en el primer caso,



por la necesidad elemental, goza aquí de toda una riqueza de posibilidades. Extasiados con ello, el valor toma alas y la osadía y el peligro se convierten en el elemento al que se precipita, del mismo modo que un nadador intrépido se arroja a la corriente.

¿La teoría debe abandonar aquí ese punto y seguir con satisfacción hasta formular reglas y conclusiones absolutas? En este caso no tiene aplicación práctica. La teoría debe tener en cuenta el elemento humano y conceder un lugar al valor, a la intrepidez y hasta a la temeridad. En el arte de la guerra hay que actuar con fuerzas vivas y morales, de donde resulta que lo absoluto y lo seguro no pueden ser alcanzados; siempre queda un margen para lo accidental, tanto en las grandes cosas como en las pequeñas. Así como por una parte aparece ese elemento accidental por la otra el valor y la confianza en sí mismo deben adelantarse y llenar la brecha. Mientras mayor sea el valor y la confianza en sí mismos, más grande será el margen que puede dejarse para lo accidental. Por lo tanto, el valor y la confianza en sí mismo son elementos absolutamente esenciales para la guerra.

En consecuencia, la teoría solo debe formular reglas que ofrezcan una libre esfera de acción para estas virtudes militares necesarias y nobilísimas, en todos sus grados y variaciones. Hasta en la osadía hay sabiduría y prudencia, pero esto es apreciado con una escala diferente de valores.

23. La guerra aún sigue siendo un medio serio para un objetivo serio. Más definiciones particulares sobre la misma

Tal es la guerra, tal el jefe que la dirige y tal la teoría que la rige. Pero la guerra no es un pasatiempo, ni es una simple pasión por la osadía y el triunfo ni el resultado de un entusiasmo sin trabas; es un medio serio para un fin serio. Todo ese encanto del azar que exhibe todos esos estremecimientos de pasión, valor, imaginación y entusiasmo que asimila, son solamente



propiedades particulares de este medio.

La guerra de una comunidad —guerra de naciones enteras y particularmente de naciones civilizadas— surge siempre de una circunstancia política, y se pone de manifiesto por un

> "Pero la guerra no es un pasatiempo, ni es una simple pasión por la osadía y el triunfo ni el resultado de un entusiasmo sin trabas; es un medio serio para un fin serio. Todo ese encanto del azar que exhibe todos esos estremecimientos de pasión, valor, imaginación y entusiasmo que asimila, son solamente propiedades particulares de este medio."

motivo político. Por lo tanto, es un acto político. Ahora bien, si en sí misma fuera un acto completo e inalterable, una manifestación absoluta de violencia, como tuvimos que deducir de su concepción pura, desde el momento en que se pone de manifiesto por la política, tomaría el lugar de la política y



como algo completamente independiente de ella la dejaría a un lado y solo se regiría por sus propias leyes; del mismo modo que cuando se dispara una mina, no es posible ya cambiar su rumbo hacia ninguna otra dirección fuera de la marcada en los ajustes previos. Hasta ahora, aun en la práctica, esto ha sido considerado así, siempre que la falta de armonía entre la política y la conducción de la guerra ha llevado a distinciones teóricas de esta naturaleza. Pero esta idea es fundamentalmente falsa. Como hemos visto, la guerra en el mundo real, no es un acto extremo que libera su tensión en una sola descarga; es la acción de fuerzas que no se desarrollan en todos los casos en la misma forma y en la misma proporción, pero que en un momento dado se elevan hasta un extremo suficiente como para vencer la resistencia que les oponen la inercia y la fricción, mientras que por el otro son demasiado débiles para producir efecto alguno. La guerra es, por así decirlo una pulsación regular de violencia de mayor o menor vehemencia, y que, en consecuencia, libera las tensiones y agota las fuerzas en una forma más o menos rápida o, en otras palabras, conduce a su objetivo con mayor o menor rapidez. Pero siempre tiene duración suficiente como para ejercer, durante su curso, una influencia sobre ese objetivo, de modo que su dirección puede cambiar en uno u otro sentido. En resumen puede durar lo suficiente como para estar sujeta a la voluntad de una inteligencia directora. Si pensamos que la guerra tiene su origen en un objetivo político, vemos que este primer motivo, que es el que la desata, es, naturalmente, la primera y más importante de las consideraciones que deben ser tenidas en cuenta en la conducción de la guerra. Pero el objeto político no es, por ello, regla despótica; debe adaptarse a la naturaleza de los medios a su disposición, y de tal modo cambiar a menudo completamente, pero se le debe considerar siempre en primer término. La política, por lo tanto, intervendrá en la acción total de la guerra y ejercerá una influencia continua sobre ella, hasta donde lo permita la naturaleza de las fuerzas explosivas que contiene.



24. La guerra es la mera continuación de la política por otros medios

Vemos, por lo tanto, que la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios. La que queda aún de peculiar a la guerra se refiere solamente al carácter peculiar de los medios que utiliza. El arte de la guerra en general y el jefe en cada caso particular, pueden exigir que las tendencias y los planes políticos no sean incompatibles con estos medios y esta no es insignificante, pero por más que reaccione poderosamente en casos particulares sobre los designios políticos, debe considerársela siempre solo como una modificación de los mismos: el propósito político es el objetivo, mientras que la guerra es el medio, y el medio no puede ser nunca considerado separadamente del objetivo.

25. Diversidad en la naturaleza de las guerras

Cuanto más grandes y poderosos sean los motivos de la guerra, tanto más afectarán la existencia total de las naciones envueltas en ella, y cuanto más violentas sean las tensiones que precedan a la guerra, más estrechamente concordará esta con su concepción abstracta. Cuanto más interesada se halle en la destrucción del enemigo, tanto más coincidirán el propósito militar y el objetivo político, y la guerra aparecerá más como una guerra puramente militar y menos como una guerra política. Pero cuanto más débiles sean los móviles y las tensiones la tendencia natural del elemento militar, la tendencia a la violencia, coincidirá menos con las directivas políticas; por lo tanto, cuanto más se aparte la guerra de su tendencia natural, mayor será la diferencia entre el objetivo político y el propósito de una guerra ideal, y la guerra tendrá mayores apariencias de guerra política.



Pero para que el lector no se forme ideas falsas, debemos hacer notar que por esa tendencia natural de la guerra entendemos solamente la tendencia filosófica, estrictamente lógica y de ningún modo la de las fuerzas que realmente intervienen en la lucha, hasta el punto de que, por ejemplo, deberíamos incluir todas las emociones y pasiones de los combatientes. Es verdad que estas pueden, en muchos casos, ser excitadas a tal extremo que solo con dificultad podrán mantenerse confinadas en el campo político; pero en la mayoría de los casos no surge esta contradicción, porque la existencia de emociones tan fuertes implica también la existencia de un gran plan en armonía con ellas. Si el plan está dirigido solo hacia un objetivo fútil, la agitación emotiva de las masas será tan débil, que necesitará siempre que se la aliente más bien que se la contenga.

26. Todas las guerras deben ser consideradas como actos políticos

Volviendo a nuestro asunto principal, vemos que aunque es verdad que en cierta clase de guerras la política parece haber desaparecido completamente mientras que en otra aparece en forma bien definida en primer plano, podemos afirmar, sin embargo, que una clase es tan política como la otra. En efecto, si consideramos la política como la inteligencia del estado personificado, entre las combinaciones de circunstancias que deben ser tenidas en cuenta en sus cálculos, debemos incluir aquella en que la naturaleza de todas las circunstancias determina una guerra del tipo de la primera clase. Pero si por el término política no entendemos un conocimiento amplio de la situación sino la idea convencional de un ardid cauteloso, astuto y hasta deshonesto, adverso a la violencia, es en este caso que el último tipo de guerra correspondería más que el primero a la política.

27. Consecuencias de este punto de vista para la comprensión de la historia militar y para los fundamentos de la teoría

En primer lugar, vemos, por lo tanto, que en todas las circunstancias debemos considerar a la guerra, no como algo independiente sino como un instrumento político. Solamente si adoptamos este punto de vista podremos evitar el caer en contradicción con toda la historia militar y podremos hacer una apreciación inteligente de su totalidad. En segundo lugar, este mismo punto de vista nos muestra cómo pueden variar las guerras de acuerdo con la naturaleza de los móviles y de las circunstancias de las cuales surgen.

El primer acto de discernimiento, el mayor y el más decisivo que ejecutan un estadista y un jefe militar es el de establecer correctamente la clase de guerra que están librando y no tomarla o hacer de ella algo diferente de lo que permita la naturaleza de las circunstancias. Este es, por lo tanto, el primero y más amplio de todos los problemas estratégicos. Más adelante, en el capítulo sobre el plan de la guerra, lo examinaremos con mayor detención.

Por ahora contentémonos con haber traído hasta aquí nuestro asunto y haber establecido, al hacerlo, el punto de vista principal desde el cual deben ser examinadas la guerra y su teoría.

28. Consecuencias para la teoría

La guerra, por lo tanto, no es solamente un verdadero camaleón, por el hecho de que en cada caso concreto cambia en algo su carácter, sino que es también una extraña trinidad, si se la considera como un todo, en relación con las tendencias que predominan en ella. Esta trinidad la constituyen el odio, la enemistad y la violencia primitiva de su esencia, que deben ser considerados como un ciego impulso natural, el



juego del azar y las probabilidades, que hacen de ella una libre actividad del espíritu, y el carácter subordinado de instrumento político, que hace que pertenezca al dominio de la inteligencia pura.

El primero de estos tres aspectos interesa especialmente al pueblo; el segundo al jefe y a su ejército y el tercero solamente al gobierno. Las pasiones que encienden la guerra deben preexistir en los pueblos afectados por ella; el alcance que lograrán el juego del talento y el valor en el dominio de las probabilidades del azar, dependerá del carácter del jefe y del ejército; los objetivos políticos, sin embargo, incumben solo al gobierno.

Estas tres tendencias, que se manifiestan con fuerza de leyes, reposan profundamente sobre la naturaleza del objeto y al mismo tiempo en magnitud. Una teoría que insistiera en no tomar en cuenta a una de ellas o en fijar una relación arbitraria entre las mismas, caería en tal contradicción con la realidad que, por lo mismo, debería ser desechada inmediatamente.

El problema consiste, por lo tanto, en mantener a la teoría en equilibrio entre estas tres tendencias, como si fueran tres centros de atracción.

En el libro que trata de la teoría de la guerra nos proponemos investigar la manera de resolver este problema del modo más satisfactorio. Pero esta definición de la concepción de la guerra se convierte para nosotros en el primer rayo de luz que ilumina los fundamentos de la teoría, que separará por primera vez sus rasgos principales y nos permitirá distinguirlos.



Capítulo II

Fin y medios en la guerra

Habiendo determinado en el capítulo anterior la naturaleza compleja y variable de la guerra consideraremos ahora qué influencia tiene esta sobre el fin y los medios de la guerra.

Si preguntamos, primeramente, cuál es el propósito hacia el cual debe dirigirse la guerra total, de modo que sea el medio adecuado para alcanzar el objetivo político, nos encontramos con que este es tan variable como lo son el objetivo político y las circunstancias particulares de la guerra.

Si comenzamos ateniéndonos estrictamente, una vez más, a la teoría pura, estamos obligados a decir que el objetivo político de la guerra está situado realmente fuera de la esfera de la guerra; en efecto, si la guerra es un acto de violencia para obligar al enemigo a hacer nuestra voluntad, entonces, en cada caso, todo dependería solo y necesariamente de derrotar al enemigo, es decir, de desarmarlo. Este objetivo que se deduce de la teoría pura, pero al que en realidad hay muchos casos que se le acercan, lo examinaremos ante todo a la luz de esta realidad.

Más adelante, cuando examinemos el plan de una guerra, consideraremos con mayor detención lo que significa desarmar a un estado, pero ahora deberemos diferenciar enseguida tres cosas que, como tres categorías generales, incluyen todo lo demás. Son las *fuerzas militares*, *el territorio* y la *voluntad del enemigo*.

Las *fuerzas militares* deben ser destruidas, es decir que deben ser colocadas en estado tal que no puedan continuar



la lucha. Aprovechamos la oportunidad para explicar que la expresión "destrucción de las fuerzas militares del enemigo" debe ser siempre interpretada solo en este sentido.

El *territorio* debe ser conquistado, porque del país pueden sacarse nuevas fuerzas militares.

Pero aunque se hayan logrado estas dos cosas, la guerra, es decir la tensión hostil y la actividad de las fuerzas hostiles, no pueden ser consideradas como terminadas hasta tanto la *voluntad* del enemigo no haya sido también sometida, es decir hasta que el gobierno y sus aliados sean inducidos a firmar la paz o hasta que el pueblo se someta. En efecto, aunque tengamos posesión completa del país, el conflicto, puede estallar nuevamente en el interior o mediante la ayuda de los aliados. Es indudable que puede suceder también después de firmada la paz, pero esto demuestra tan solo que no todas las guerras admiten una decisión y un arreglo completos. Pero aun en este caso, la firma de la paz extingue en todos los casos, por su sola presencia, una cantidad de focos que habrían continuado ocultamente encendidos, y las tensiones se aflojan porque la mente de los hombres que se sienten inclinados hacia la paz, de los cuales siempre hay un gran número en todas las naciones y en todas las circunstancias, se aparta completamente de la idea de resistencia. Como quiera que sea, debemos considerar siempre que el fin es alcanzado con la paz y que la guerra ha terminado.

De los tres puntos enumerados más arriba, las fuerzas militares están destinadas a la defensa del país. El orden natural es que estas deben ser destruidas primero, luego deberá conquistarse el territorio, y como resultado de estos dos éxitos y de la fuerza que poseeremos entonces, el enemigo será inducido a hacer la paz. Por lo general, la destrucción de las fuerzas militares del enemigo se produce gradualmente y es seguida inmediatamente por la conquista del país en una medida correspondiente. Por lo general, estos dos hechos reaccionan uno sobre el otro, puesto que la pérdida de,



territorio ayuda a debilitar a las fuerzas militares. Pero este orden no es de ningún modo indispensable y no siempre sucede así. Las fuerzas enemigas, aun antes de haberse debilitado notablemente, pueden retroceder al extremo opuesto del país o hasta penetrar en territorio extranjero. En estos casos, por lo tanto, una gran parte, o hasta todo el país es conquistado.

El desarme del enemigo; este objetivo de la guerra considerado abstractamente, este último medio de alcanzar el objetivo político, en el cual deben ser incluidos todos los otros, de ningún modo se produce siempre en la práctica, ni es condición necesaria para la paz. En ninguna forma, por lo tanto, se puede erigir teóricamente en ley. Existen innumerables ejemplos de tratados de paz. que han sido concluidos antes de que cualquiera de los dos bandos pudiera considerarse desarmado y aun antes de que el equilibrio de fuerzas hubiera sido alterado en forma más o menos evidente. Y lo que es más aún, si observamos los casos reales debemos admitir que en toda una categoría de ellos especialmente en los casos en que el enemigo es evidentemente más fuerte, su derrota sería un juego fútil de ideas.

La razón por la cual el objetivo de la guerra deducido de la teoría no siempre concuerda con la guerra real, reside en la diferencia entre las dos, de la cual nos hemos ocupado en el capítulo anterior. De acuerdo con la teoría pura, una guerra entre estados de fuerza desigual evidente, parecería ser un absurdo y en consecuencia sería imposible. La desigualdad en la fuerza física no tendría que ser mayor, a lo más, que lo que podría ser neutralizado por la fuerza moral, y esto no significaría mucho en Europa, en nuestro estado social actual. Por lo tanto, si hemos visto que ciertas guerras se producen entre estados de poderío desigual, esto se debe a que en la realidad la guerra se aparta mucho de su concepción teórica original.

Hay dos motivos para hacer la paz, que pueden, en la práctica, ocupar el lugar de la imposibilidad de ofrecer mayor



resistencia: el primero es lo improbable del éxito y el segundo el precio excesivo a pagar por él.

Como hemos visto en el capítulo anterior, la guerra debe liberarse, desde el principio hasta el fin, de la ley estricta de la necesidad interna y someterse a un cálculo de probabilidades. Esto será tanto más evidente, cuanto más se adapte a las circunstancias de que ha surgido, o sea mientras menores sean

> "Pero aunque se hayan
> logrado estas dos cosas,
> la guerra, es decir
> la tensión hostil
> y la actividad
> de las fuerzas hostiles,
> no pueden ser consideradas
> como terminadas hasta
> tanto la *voluntad*
> del enemigo no haya sido
> también sometida, es decir
> hasta que el gobierno
> y sus aliados sean
> inducidos a firmar la paz o
> hasta que el pueblo
> se someta."

los motivos de ello y de las tensiones existentes. Siendo así, es del todo concebible que hasta el motivo para hacer la paz puede surgir de este cálculo de probabilidades. En la guerra no es necesario, por lo tanto, luchar hasta que uno de los bandos sea derrotado, y podemos suponer que cuando los móviles y las tensiones son débiles, una leve probabilidad, apenas perceptible, es suficiente para hacer ceder al bando al cual le es desfavorable.

Ahora bien si el otro bando estuviera convencido de antemano de esto, es natural que se esforzaría solamente en obtener esta probabilidad a su favor, en lugar de preocuparse por intentar la derrota completa del enemigo.

La consideración del gasto de fuerza que ha sido hecho y del que se requerirá más adelante, tiene influencia todavía más general sobre la decisión de hacer la paz. Como la guerra no es un acto de pasión ciega sino que está dominada por el objetivo político, el valor de este objetivo determina la medida de los sacrificios que hay que realizar para obtenerlo. Esto se refiere, no solo al alcance de estos sacrificios sino también a su duración. En consecuencia, tan pronto como el gasto de fuerza sea tan grande que el objetivo político ya no sea equivalente, este objetivo deberá ser abandonado y el resultado será la paz.

Vemos, por lo tanto, que en las guerras en las que un bando no puede desarmar completamente al otro los motivos para la paz surgirán y desaparecerán, en ambos bandos de acuerdo con las probabilidades de futuros éxitos y del gasto de fuerza requerido. Si estos motivos a igualmente fuertes en ambos bandos, se harán presente en medio de sus diferencias políticas. Lo que ganarán en fuerza en un lado lo perderán en el otro. Mientras la suma de su adición sea suficiente dará por resultado la paz, pero, naturalmente, con ventaja para el bando que tenga los motivos más débiles.

A esta altura, pasamos de intento por alto la diferencia que necesariamente debe producir en la práctica el carácter *positivo* o *negativo* del objetivo político. Aunque esto es de la



mayor importancia como mostraremos más adelante, debemos aquí atenernos a un punto de vista más general, porque las intenciones políticas originales cambian mucho en el curso de la guerra y al final pueden volverse totalmente diferentes, *precisamente porque están determinadas en parte por los éxitos y por los resultados probables.*

Surge ahora el problema de cómo puede ejercerse influencia sobre la probabilidad de éxito. En primer lugar, se lo puede hacer, naturalmente, por los mismos medios empleados para derrotar al enemigo, es decir, la destrucción de sus fuerzas militares y la conquista de su territorio, si bien ninguno de estos sería igual a este respecto como cuando se lo utilizase con este objetivo. El atacar a las fuerzas enemigas será cosa muy diferente si tratamos de reforzar el primer golpe con una sucesión de otros hasta destruir todas las fuerzas o si nos contentamos con una victoria destinada a quebrantar el sentimiento de seguridad del enemigo, haciéndole sentir nuestra superioridad e infundiéndole así aprensión sobre el futuro. Siendo esta nuestra intención, llevaremos la destrucción de sus fuerzas armadas solamente hasta donde sea necesario para el logro de ese propósito. Análogamente, la conquista de territorio enemigo es una medida totalmente diferente, y el objetivo no es derrotar al enemigo. Si tal fuera nuestro objetivo, la destrucción de sus fuerzas sería una acción verdaderamente eficaz y la apropiación de los territorios solo sería una consecuencia. El apoderarse de esos territorios antes que sus fuerzas hayan sido despedazadas ha de ser siempre considerado como solo un mal necesario. Por otra parte, si nuestro propósito no es el de derrotar a las fuerzas enemigas y si estamos convencidos de que el enemigo no busca, sino que teme, llevar la lucha a un terreno sangriento, el hecho de apoderarse de una parte de territorio débil o completamente desguarnecida; constituye en sí mismo una ventaja, y si esta ventaja es suficientemente grande como para que el enemigo sienta aprensión sobre el resultado final, deberá ser considerada entonces como un camino más corto hacia la paz.



Nos encontramos ahora con otros medios especiales de influir sobre la probabilidad de éxito sin la derrota de las fuerzas armadas del enemigo, a saber, aquellas actividades que tienen efecto inmediato sobre la política. Si es posible realizar actos que sirvan para romper las alianzas del enemigo o hacerlas ineficaces, para atraernos nuevos aliados a nuestro lado, para estimular las actividades políticas en nuestro favor, etc., fácil será concebir, entonces, que tales actividades pueden aumentar las probabilidades de éxito y convertirse en un camino mucho más corto para el logro de nuestro objetivo que el de la derrota de las fuerzas armadas enemigas.

La segunda cuestión es cómo influir sobre el desgaste de fuerzas del enemigo, o sea, cómo hacer más costoso el precio de su buen éxito. El desgaste de las fuerzas del enemigo reside en la *merma de sus fuerzas* en consecuencia en su *destrucción* por nuestra parte y en la *pérdida de territorios,* por lo tanto en su *conquista* por nosotros.

Un examen más cuidadoso evidenciará de nuevo que el significado de cada uno de estos términos varía, y que cada operación difiere en su carácter de acuerdo con el objetivo que tenga en vista. Aunque estas diferencias sean por regla general muy pequeñas, esto no debe asombrarnos puesto que en la práctica cuando los motivos son débiles, resulta a menudo que los matices más tenues de diferencia son decisivos en favor de tal o cual método de aplicar la fuerza. Por ahora, solo nos interesa mostrar que bajo ciertas condiciones supuestas, hay otros caminos posibles para llegar hasta nuestro objetivo, y que los mismos no son contradictorios, ni absurdos, ni siquiera equivocados.

Además de estos dos medios, hay otras tres maneras especiales de acrecentar en forma directa el desgaste de fuerzas del enemigo. La primera es la *invasión*, es decir, *la ocupación del territorio enemigo, no con el propósito de quedarse con él sino para exigir contribuciones sobre él* o para devastarlo. El objetivo inmediato no es aquí ni la conquista del territorio



enemigo, ni la derrota de sus fuerzas armadas, sino solamente el de *causarle daño en un sentido general*. El segundo camino es el de dirigir nuestra acción preferentemente hacia puntos en que pueda causarse mayores daños al enemigo. No hay nada más fácil que concebir dos direcciones diferentes en las cuales pueden ser empleadas nuestras fuerzas, la primera de las cuales debe ser preferida si nuestro objetivo es la derrota del enemigo, mientras que la otra es más ventajosa si no se trata de derrotarlo. De acuerdo con nuestro acostumbrado modo de expresarnos, la primera sería considerada como la forma más militar, la segunda como la más política. Pero desde un punto más elevado ambas son igualmente militares y cada una es efectiva, si se adapta a las condiciones dadas. El tercer camino, que es con mucho el más importante, por el número de casos a los cuales se aplica, es el *desgaste* del enemigo. Elegimos esta expresión, no solo para dar una definición verbal, sino porque la representa exactamente y no es tan figurada como parece a primera vista. La idea de desgaste en una lucha implica un *agotamiento gradual de las fuerzas físicas y de la voluntad, por la prolongada continuación de la acción.*

Ahora bien, si queremos sobrevivir al enemigo en la continuación de la lucha debemos contentarnos con los más pequeños objetivos posibles, porque, naturalmente, un objetivo grande exige un gasto de fuerzas mayor que uno pequeño; pero el objetivo más pequeño que podemos proponernos es la resistencia pura, es decir, un combate sin ninguna intención positiva. En este caso, en consecuencia, nuestros medios serán utilizados casi al máximo y la seguridad de éxito será mayor. ¿Hasta dónde es posible llevar adelante este modo negativo de actuar? Evidentemente, no puede llegar hasta la pasividad absoluta, porque una mera continuación cesaría de ser un combate; pero la resistencia es algo activo y mediante ella es posible causar tanta destrucción como para lograr que el enemigo abandone su intento. Este es nuestro único propósito en cada, caso aislado, y en ello reside, precisa el carácter negativo de nuestra intención.



No cabe duda que la intención negativa, en su acción aislada, no tiene la eficacia que podría tener una acción positiva realizada en el mismo siempre, por cierto, que esta fuera victoriosa; pero existe precisamente esta diferencia en su favor, la de lograr éxito con mayor facilidad que la positiva y, en consecuencia, ofrece mayor seguridad. Lo que pierde en eficacia en su acto aislado, debe ser recobrado con el tiempo,

“Lo que pierde en eficacia en su acto aislado, debe ser recobrado con el tiempo, esto es con la duración de la lucha, y, en consecuencia, esta intención negativa, que constituye la esencia de la resistencia pura, es también el medio natural de sobrevivir al enemigo en la duración de la lucha, o sea, de rendirlo por cansancio.”

esto es con la duración de la lucha, y, en consecuencia, esta intención negativa, que constituye la esencia de la resistencia



pura, es también el medio natural de sobrevivir al enemigo en la duración de la lucha, o sea, de rendirlo por cansancio.

Aquí reside el origen de la diferencia entre *ofensiva y defensiva*, que domina todo el panorama de la guerra. No obstante, en el análisis de este tema no podemos ir más allá de la observación de que de esta intención negativa deben deducirse todas las ventajas y todas las formas más poderosas de combate que aparecen del lado de la defensiva, y en la cual se comprende esa ley filosófica-dinámica que establece una relación constante entre la magnitud y la seguridad del éxito. Más adelante resumiremos todas estas consideraciones.

En consecuencia, si la intención negativa, o sea, la concentración de todos los medios en la resistencia pura, permite una superioridad en el combate, y si esto es suficiente para equilibrar cualquier preponderancia que pueda tener el enemigo, entonces, la mera duración del combate será suficiente para hacer, en forma gradual, que la pérdida de fuerzas experimentadas por el enemigo lleguen a un punto en que el objetivo político no sea ya un equivalente adecuado, y en este punto, tendrá por ende que abandonar la lucha. Vemos pues, que este método de agotar al enemigo, caracteriza gran número de los casos en los que el más débil desea ofrecer resistencia al más fuerte.

Federico *el Grande* nunca habría estado en condiciones de derrotar a la monarquía austríaca, durante la Guerra de los Siete Años, y si hubiera tratado de hacerlo a la manera de Carlos XII habría sido llevado inevitablemente a la ruina, pero la forma hábil en que hizo inteligente economía de sus fuerzas durante esos siete años, mostró a las potencias aliadas contra él, que el gasto de fuerzas que estaban realizando, superaba en mucho lo que se habían imaginado al principio, e hicieron la paz. Vemos, entonces, que hay muchos caminos para alcanzar nuestros objetivos en la guerra; que no siempre está necesariamente involucrada la derrota del enemigo; que la destrucción de las fuerzas militares del enemigo, la conquista



de territorios enemigos, su mera ocupación, la simple invasión de ellos las acciones dirigidas directamente a las relaciones políticas y, finalmente la espera pasiva del ataque enemigo, son medios todos estos, cada uno en particular, utilizables para doblegar la voluntad del enemigo, de acuerdo con las circunstancias especiales que nos han conducido a esperar más de uno o del otro. A esto aún puede agregarse toda una clase de medios más breves de lograr nuestros propósitos, que podríamos llamar argumentos *ad hominem.* ¿En qué momento del curso del vivir humano dejan de aparecer estos destellos de personalidad, que sobrepasan a todas las circunstancias materiales? Y con seguridad que ante todo no pueden dejar de aparecer en la guerra, donde la personalidad de los combatientes desempeña un papel tan importante, tanto en el gabinete, como sobre el terreno. Solo nos limitamos a señalarlo, pues sería pedantería tratar de clasificarlo. Incluyendo estos, podemos decir que la cantidad de caminos posibles de alcanzar el objetivo deseado se eleva al infinito.

A fin de evitar la subestimación del valor de esos diversos caminos más cortos para el logro de nuestros fines ya sea que los consideremos simplemente como raras excepciones, ya sea que sostengamos que los cambios que producen en la dirección de la guerra son insignificantes, solo debemos tener en cuenta la diversidad de las causas políticas que pueden originar una guerra, o medir de una ojeada la distancia que separa a una lucha a muerte por la existencia política de una guerra en que una alianza forzada o vacilante la convierte en deber desagradable. En la práctica, entre las dos pueden producirse innumerables gradaciones. Si rechazamos una de estas gradaciones, con el mismo derecho podemos rechazarlas a todas, es decir que podemos perder de vista por completo al mundo real.

En general, esta es la sustancia del fin a perseguir en una guerra; volvamos ahora a los medios.

Existe solamente un medio: el *combate*. Sea cuales fueren



las diferencias que presente en su forma, aléjese cuanto se quiera de la explosión brusca de odio y animosidad del encuentro cuerpo a cuerpo, cualesquiera sean las cosas que se le agreguen y que no sean en realidad formas del combate mismo en la concepción de la guerra aparece siempre implícito que todos los efectos que en ella puedan ponerse de manifiesto, deben tener su origen en el combate.

El que esto habrá de ser siempre así, pese a las mayores diversidades y complicaciones de la realidad, es cosa que puede ser probada de muy sencillo. Todo cuanto ocurre en la guerra, ocurre mediante las fuerzas militares, pero allí donde se usen fuerzas militares, esto es, hombres armados, la idea del combate debe prevalecer necesariamente sobre todo.

En consecuencia, todo cuanto se relaciona con las fuerzas militares y, por ende, todo lo que se relaciona con su creación, mantenimiento y empleo, pertenece a la guerra.

La creación y el mantenimiento son, evidentemente, solo los medios, mientras que el empleo es el objetivo.

En la guerra el combate no es una lucha de individuos contra individuos, sino un todo organizado formado de muchas partes. En este conjunto, debemos diferenciar unidades de dos tipos: una determinada por el sujeto; la otra por el objeto. En un ejército, las masas de combatientes forman siempre un nuevo orden de unidades, las cuales, a su vez, forman miembros de jerarquía superior. El combate de cada uno de esos miembros da lugar, en consecuencia, a unidades más o menos diferenciadas. Además, el propósito del combate —y por su objetivo— hacen de él una unidad.

Ahora bien, damos el nombre de *encuentro* a cada una de estas unidades del combate.

Si la idea de combate reposa en el fundamento de todo empleo de las fuerzas armadas, entonces, el empleo en general de las fuerzas armadas no es otra cosa que la determinación y distribución de cierto número de encuentros.

Así pues, toda actividad militar se refiere necesariamente





a los encuentros, ya sea directa o indirectamente. Se recluta al soldado, se le viste, se le arma, se le adiestra se le hace dormir, comer, beber y marchar *solamente para combatir en el lugar indicado y en el momento oportuno.*

En consecuencia, si todos los hilos de la actividad militar terminan en el encuentro, podremos también asirlos, a todos cuando dispongamos los preparativos de los encuentros; los efectos provienen solamente de estos preparativos y de su ejecución, y nunca lo son en forma directa de las condiciones que les han precedido. Ahora bien, en el encuentro, toda actividad está dirigida a la destrucción del enemigo, o más bien, de su *capacidad de luchar*, ya que esto es inherente a la concepción de un encuentro. La destrucción de las fuerzas armadas del enemigo es siempre, en consecuencia, el medio de alcanzar el objetivo del encuentro.

Este objetivo puede ser también la mera destrucción de las fuerzas armadas del enemigo; pero esto no es, de ningún modo, necesario y puede también ser algo bastante diferente. Dado que, por ejemplo, como lo hemos señalado, la derrota del enemigo no es siempre el único medio de alcanzar el objetivo político, dado que hay Otras cosas que pueden ser buscadas a manera de objetivo de la guerra, se desprende de ello que esas cosas puedan pasar a ser objetivo de actos aislados de la guerra, y, en consecuencia, objetivos también de esos encuentros.

Pero ni siquiera esos encuentros que, como actos subordinados, están en el estricto sentido de la palabra, destinados a la derrota de las fuerzas armadas del enemigo, necesitan tener como objetivo inmediato el de la destrucción de aquellas.

Si pensamos en la compleja organización de una gran fuerza armada, en la cantidad de detalles que entran en acción cuando se la emplea, comprenderemos que el combate de tal fuerza debe tener también una organización y una composición complejas con partes subordinadas las unas a las otras y que actúan en correlación. Es posible que surjan, y deben surgir, cierto número de objetivos aislados que en sí mismos no constituyen



la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo y, aunque contribuyan sin duda a aumentar esa destrucción, solo lo harán indirectamente. Si se ordena a un batallón desalojar al enemigo de una altura o de un puente, por ejemplo, la ocupación de esa posición es, como regla, el objetivo real, y la destrucción del enemigo apostado en ella es solamente un medio, esto es una cuestión de orden secundario. El objetivo se obtiene de igual modo si el enemigo puede ser desalojado mediante una simple demostración, pero esa altura o puente serán ocupados únicamente con el propósito posterior de causar destrucción mayor a las fuerzas armadas del enemigo. Si tal es el caso en el campo de batalla, debe serlo aún mucho más en, todo el teatro de la guerra, donde no se trata solamente de la oposición de un ejército contra otro, sino de un estado, una nación o un país contra el otro. Aquí debe multiplicarse grandemente el número de relaciones posibles, y, consecuentemente, el de combinaciones; aumentará la diversidad de los preparativos y, por la graduación de los objetivos, cada uno subordinado al otro, el medio original se alejará aún más del objetivo final.

Es muy posible en consecuencia, que por muchas razones, el objetivo de un encuentro no sea el de la destrucción de las fuerzas enemigas o no sea el de las fuerzas que se nos oponen directamente, sino que esto se nos presente solo como un medio. En tales casos, no se tratará ya de lograr esa destrucción completa, puesto que el encuentro en tal caso no es otra cosa que una *prueba de fuerza.* La destrucción no tiene valor en sí misma, sino por sus resultados, es decir, por su decisión.

Mas en los casos en que las fuerzas son muy desiguales, puede medírselas por simple cálculo. En tales casos no habrá encuentro, pero la fuerza más débil se dará inmediatamente por vencida.

Si el objetivo de un encuentro no es siempre la destrucción de las fuerzas enemigas en combate y si es posible llegar a alcanzarlo sin que el encuentro se produzca por el simple cálculo de sus resultados y de las circunstancias en que podría



llegar a producirse, resulta posible comprender cómo pueden proseguirse activamente campañas enteras sin que en ellas desempeñe el encuentro un papel real muy notable.

La historia militar demuestra con cientos de ejemplos que puede ser así. Dejaremos sin resolver cuántos han sido los casos de decisión incruenta justificada, es decir que no implicaron una contradicción manifiesta, y veremos si algunas de las reputaciones allí cimentadas resistirían la crítica, ya que todo lo que nos interesa ahora es establecer la posibilidad de un tipo tal de desarrollo en la guerra.

En la guerra disponemos de un solo medio: el encuentro. Pero este medio, por la multiplicidad de los caminos en que puede ser empleado, nos conduce a esa diversidad de senderos que permite la multiplicidad de su objetivo, a tal punto que parecería que no hubiéramos logrado nada. Pero, no es este el caso, ya que de esta unidad de medios proviene un hilo que seguimos con la vista en su recorrido por toda la trama de la actividad militar y que es el que la mantiene realmente unida.

Pero hemos considerado la destrucción de las fuerzas del enemigo como uno de los objetivos posibles de buscar en la guerra y hemos dejado sin decidir cuál es la importancia que debe asignársela, en relación con los otros objetivos. En casos determinados esto dependerá de las circunstancias y como principio general, hemos dejado sin determinar su valor. Una vez más volvemos sobre el punto y deberemos aprender la forma de comprender el valor que necesariamente habremos de asignarle.

En la guerra, el encuentro es la única actividad efectiva; en el encuentro, la destrucción de las fuerzas enemigas que se nos oponen es el medio para el logro del fin. Esto es así, aunque en realidad no llegue a producirse el encuentro, ya que de cualquier modo, en la raíz de la decisión está el supuesto de que tal destrucción debe ser considerada sin lugar a duda. De este modo, la destrucción de las fuerzas del enemigo es la piedra fundamental de toda acción bélica, el soporte fundamental de



todas las combinaciones que descansan sobre ella al modo del arco que descansa sobre sus pilares. Consecuentemente todas las acciones se realizan sobre la base de que si la decisión por la fuerza de las armas se produjera en los hechos, habría de ser una decisión favorable. En la guerra, la decisión por las armas es en todas las operaciones grandes y pequeñas, lo que el pago al contado en las transacciones comerciales. Por más remotas que sean estas relaciones, por más que las liquidaciones rara vez se produzcan, al final deben realizarse.

Si la decisión por las armas está en la base de todas las combinaciones, resulta que nuestro oponente puede hacer impracticable cualquiera de ellas, mediante una decisión afortunada por medio de las armas, no solamente si se trata de la decisión sobre la cual descansa directamente nuestra combinación, sino también por medio de cualquier otra siempre que tenga suficiente importancia. Toda decisión armada de importancia, es decir, la destrucción de las fuerzas del enemigo, reacciona sobre todas las que la precedieron, ya que, como un líquido, tiene que alcanzar su nivel.

De esta manera la destrucción de las fuerzas enemigas aparece siempre como el medio superior y más eficaz, al que deben ceder su puesto todos los demás.

Sin embargo, solamente podemos asignar mayor eficacia a la destrucción de las fuerzas del enemigo, cuando exista una supuesta igualdad en todas las otras condiciones. Sería, por lo tanto, un gran error llegar a la conclusión de que un ataque ciego habría de imponerse invariablemente a la destreza prudente. Atacar sin habilidad, conduciría, no a la destrucción de las fuerzas enemigas, sino a la de las nuestras y por ende no puede ser este nuestro propósito. La eficacia mayor corresponde, no al *medio* sino al *fin*, y al decir esto, solamente comparamos el efecto de un fin realizado con otro.

Al referirnos a la destrucción de las fuerzas del enemigo debemos dejar expresamente señalado que no estamos obligados a limitar esta idea a la simple fuerza física. Por



el contrario, la fuerza moral aparece del mismo modo implícita necesariamente, debido a que, en efecto, ambas están entretejidas hasta en los menores detalles y en consecuencia, no pueden ser separadas. En relación con el efecto inevitable sobre las otras decisiones por las armas, a que nos hemos referido al mencionar un gran acto de destrucción —una gran victoria— es precisamente el elemento moral el que presenta mayor fluidez, si es que podemos usar esta expresión, y el que penetra con mayor facilidad en todas las demás partes. En oposición al valor superior que tiene la destrucción de las fuerzas enemigas sobre todos los demás medios, se presenta el gasto y el

> “Es razonable
> que los medios en cuestión
> deben ser los más costosos,
> ya que, si bien otras
> cosas le son iguales,
> el gasto de nuestras propias
> fuerzas es siempre mayor,
> mientras mayor sea nuestro
> propósito encaminado
> a la destrucción
> de las del enemigo.”

riesgo que envuelve y se emplearán otros métodos solo con el propósito de evitarlo.

Es razonable que los medios en cuestión deben ser los más costosos, ya que, si bien otras cosas le son iguales, el gasto de nuestras propias fuerzas es siempre mayor, mientras mayor sea nuestro propósito encaminado a la destrucción de las del enemigo. El riesgo de este medio reside en el hecho de que, mientras mayor sea la eficacia que busquemos si fracasamos se vuelve contra nosotros y nos conduce a las consecuencias más desastrosas. Otros medios son por lo tanto menos costosos cuando determinan un buen éxito y menos arriesgados cuando conducen a un fracaso; pero esto involucra necesariamente la condición de que deben estarles opuestos otros semejantes, es decir, que el enemigo emplee los mismos métodos; porque si el enemigo se resolviera por el método de una gran decisión por las armas, bastaría *ese solo hecho* para que debiéramos cambiar nuestro propio método, *contra nuestra voluntad*, por uno similar. Todo depende, entonces, del resultado del acto de destrucción; es evidente que, siendo otras cosas iguales, en este caso estaremos en desventaja en todos los aspectos, porque nuestras intenciones y métodos han debido ser dirigidos en parte hacia otras cosas, lo que no ha ocurrido con el enemigo. Dos objetivos diferentes, de los cuales uno no es parte del otro, se excluyen entre sí, y de ese modo, la fuerza aplicada a alcanzar uno de esos objetivos no pueden servir al mismo tiempo al otro. Por lo tanto, si uno de los beligerantes está decidido a tomar el camino de las grandes decisiones por las armas, tiene grandes probabilidades de buen éxito, tan pronto como tenga la certeza de que el otro no quiere tomar ese camino, sino que busca un objetivo diferente; y cualquiera que se decida por ese otro objetivo, solo podrá hacerlo razonablemente, en el supuesto de que su adversario tiene tan pocas intenciones como él mismo de ir en busca de grandes decisiones por las armas.

Pero cuanto hemos dicho aquí sobre otra dirección de las intenciones y las fuerzas, solo se refiere a otros *objetivos* positivos que, aparte del de la destrucción de las fuerzas del enemigo, pudiéramos proponernos en la guerra, y de ningún



modo, a la resistencia pura que puede ser adoptada con el fin de agotar las fuerzas del enemigo. En la resistencia pura, falta la intención positiva, y por lo tanto, en este caso, nuestras fuerzas no pueden ser dirigidas hacia otros objetivos sino que deben limitarse tan solo a hacer fracasar las intenciones del enemigo.

Ahora debemos considerar el lado negativo de la destrucción de las fuerzas del enemigo o sea, la preservación de las nuestras. Estos dos esfuerzos siempre van juntos, puesto que reaccionan une sobre el otro; son partes integrantes de idéntica intención y solo deberemos examinar los efectos determinados por el predominio de una o de la otra, esfuerzo destinado a destruir las fuerzas del enemigo tiene un objetivo positivo y conduce a resultados positivos, de los cuales el propósito final sería la derrota del enemigo. La preservación de nuestras propias fuerzas tiene un objetivo negativo, y conduce a desbaratar las intenciones del enemigo, es decir, a la resistencia pura, cuyo propósito último no puede ser otro que el de prolongar la duración de la contienda, para que el enemigo se agote en ella.

El esfuerzo con objetivo positivo da por resultado el acto de destrucción; el esfuerzo con objetivo negativo queda a su espera.

Cuando nos ocupemos de la teoría del ataque y de la defensa, en cuyo origen aún nos encontramos, consideraremos en mayor detalle cuál deberá ser la duración de esa espera y hasta dónde podrá hacérsela. Por ahora, debemos limitarnos con decir que la espera no debe ser mera subsistencia pasiva y que la acción ligada a ella en la destrucción de las fuerzas enemigas empeñadas en la lucha puede ser el propósito, al igual que cualquier otro. Sería un gran error en los principios fundamentales suponer que la consecuencia del esfuerzo negativo debe ser el que estemos impedidos de elegir como nuestro objetivo la destrucción de las fuerzas del enemigo, sino que debemos preferir una decisión incruenta. Es indudable que la preponderancia del esfuerzo negativo puede conducir a esto, pero, solamente a riesgo de que no sea el método más conveniente, cuestión esta que depende de condiciones



totalmente diferentes, que reposan no en nosotros mismos sino en nuestro oponente. Este otro camino, el incruento, no puede, por lo tanto, ser considerado de ningún modo como el medio natural de satisfacer la creciente ansiedad de conservar nuestras propias fuerzas. Por el contrario, en los casos en que ese camino no fuera el adecuado a las circunstancias, sería mucho más probable que condujera a una ruina total. Muchísimos generales han cometido este error y han sido llevados a la ruina por él. La demora en la decisión, es el único efecto que necesariamente resulta de la preponderancia del esfuerzo negativo, de modo que el defensor se refugia, por así decirlo en la espera del momento decisivo. Generalmente, esto tiene como consecuencia el *retardo de la acción* en el tiempo y en el espacio (hasta donde el espacio está relacionado con él) también en la medida en que lo permitan las circunstancias. Si ha llegado el momento en que ya no es posible seguir haciendo esto sin una abrumadora desventaja, debe considerarse que la ventaja del esfuerzo negativo ha terminado, y entonces surge inalterado el esfuerzo para la destrucción de las fuerzas del enemigo, reservado como contrapeso, pero que nunca fue descartado.

En las consideraciones anteriores hemos visto que en la guerra hay muchos caminos para obtener su propósito, es decir, para alcanzar el objetivo político; hemos visto que el encuentro es el único medio y que, en consecuencia, todo debe estar sometido a una ley suprema: la *decisión por las armas*; que cuando el enemigo exige esa decisión, su apelación no puede ser rechazada y que, por lo tanto, cuando un beligerante se propone tomar otro camino, debe estar seguro que su contrario no hará esa apelación, a riesgo de perder su caso ante aquel tribunal supremo; por lo tanto, vemos, en resumen, que la destrucción de las fuerzas enemigas aparece siempre como objetivo predominante sobre todos los otros que puedan buscarse en la guerra.



Más adelante y solo gradualmente, sabremos lo que es posible lograr en la guerra mediante combinaciones de otra naturaleza. Aquí nos limitaremos a reconocer, en general, su posibilidad como algo que señala la desviación de la práctica, de la teoría y la influencia de circunstancias particulares. Pero no podemos menos que señalar seguidamente que la *solución sangrienta* de la crisis, el esfuerzo para destruir la fuerza del enemigo, es el hijo primogénito de la guerra. Si los objetivos políticos tienen poca importancia, los móviles son débiles y es pequeña la tensión de las fuerzas, le es dable a un jefe prudente y hábil intentar toda clase de caminos por los cuales, sin grandes crisis, ni soluciones sangrientas, se puede virar hacia la paz, sobre la base de las debilidades características de su contrario, tanto en el gabinete, como en el campo de batalla. No tenemos derecho a culpar lo si sus suposiciones tienen buenos fundamentos y prometen alcanzar un buen éxito, pero debemos exigirle, sin embargo, que recuerde que pisa terreno resbaladizo, que el dios de la guerra puede sorprenderlo, y que debe vigilar constantemente al enemigo, a fin de no verse en el caso de tener que defenderse con un espadín, cuando el enemigo empuña una afilada espada.

Debemos observar y tener siempre presente en nuestras consideraciones futuras, las consecuencias de la naturaleza de la guerra, la forma como actúan en ella los medios y los fines, el modo como las desviaciones de la práctica hacen que la guerra se aparte, unas veces más, y otras menos, de su estricta concepción original, sus fluctuaciones hacia adelante y hacia atrás, a la par que su constante permanencia bajo esa concepción estricta, a la manera de ley suprema, si es que queremos tener una correcta comprensión de sus relaciones verdaderas y de su justa importancia, para no vernos envueltos constantemente en evidentes contradicciones con la realidad y en definitiva, con nosotros mismos.



Capítulo III
El genio guerrero

Toda actividad especial, para ser realizada con cierta perfección, exige cualidades especiales de inteligencia y de temperamento. Cuando estas poseen un alto grado de discernimiento y se manifiestan por realizaciones extraordinarias, se distingue la mente a la cual pertenecen con la palabra genio.

Sabemos muy bien que esta palabra tiene significados que varían grandemente, tanto en su aplicación, como en su naturaleza, y que es una tarea muy difícil distinguir la esencia del genio en muchos de estos significados. Pero como no pretendemos ser ni gramáticos, ni filósofos, nos atenemos al sentido usual en el lenguaje corriente, y entendemos por *genio* una capacidad mental muy superior para ciertas actividades.

Deseamos detenernos por un momento sobre este valor y esta aptitud de la mente humana, para señalar más cuidadosamente su justificación y llegar a conocer con más detalle el contenido de su concepto. Pero no podemos ocuparnos del genio que ha obtenido su título gracias a un talento muy superior, del *genio* propiamente dicho, porque este es un concepto que no tiene límites definidos. Lo que debemos hacer es considerar todas las tendencias combinadas de la mente y el alma hacia la actividad militar, y considerar entonces a estas como la *esencia del genio militar*. Hemos hablado de tendencias "combinadas", porque el genio militar no consiste solamente en una cualidad única para la guerra, por ejemplo, el valor, mientras que faltan otras cualidades de la mente y el espíritu o toman una dirección inútil para la guerra, sino que es una combinación armoniosa de fuerzas, en la cual puede predominar una u otra, pero ninguna debe estar en oposición.



Si se le exigiera a cada combatiente tener algún genio militar, nuestros ejércitos serían muy débiles, probablemente, puesto que, justamente porque el genio implica una tendencia *especial* de las fuerzas morales, rara vez puede encontrársela, cuando la fuerza espiritual de un pueblo es empleada y adiestrada en aspectos tan diversos. Pero cuanto menos actividades diferentes tenga un pueblo, y cuanto más predomine en él la actividad militar, tanto más predominante será en ese pueblo el genio militar. Esto, sin embargo, solo determina su preponderancia y de ningún modo su grado, pues este último depende del estado general del desarrollo mental y moral del pueblo. Si consideramos a un pueblo salvaje, belicoso, encontraremos que el espíritu bélico de sus individuos es mucho más común que entre los pueblos civilizados, pues en el primero casi todos los combatientes lo poseen, mientras que en los últimos hay toda una multitud de personas que han sido movilizadas solamente por la presión de la necesidad y de ninguna manera por propia inclinación. Entre los pueblos no civilizados, en realidad, no encontramos nunca a un gran general y muy rara vez lo que podríamos llamar un genio militar, porque esto exige un desarrollo de las fuerzas intelectuales que no puede poseer un pueblo no civilizado. Es evidente que los pueblos civilizados pueden tener también una tendencia y un desarrollo más o menos belicoso y, cuanto mayor sea este, con mayor frecuencia aparecerá el espíritu militar en los individuos que componen sus ejércitos. Como en este caso coincide con un grado más elevado de civilización, esos pueblos proporcionan siempre el ejemplo más brillante de realizaciones militares, como lo demostraron los romanos y los franceses. En estos y en todos los demás pueblos civilizados, los nombres de mayor fama en la guerra surgen siempre solo en épocas de elevada civilización.

De aquí podemos inferir enseguida la importancia de la participación que las fuerzas intelectuales tienen en el genio militar superior. Examinaremos esto, más detenidamente.



La guerra implica peligro, y en consecuencia el *valor* es, por sobre todas las cosas, la primera cualidad de un combatiente. El valor puede ser de dos clases: primero, el valor personal y segundo, el valor en presencia de la responsabilidad, ya sea ante una instancia externa o una instancia interna, que es la conciencia. Nos referimos aquí solamente a la primera clase.

El valor personal es también de dos clases: primero, puede ser indiferencia hacia el peligro, debida, ya sea a la forma en que está constituido el individuo, ya sea el desprecio a la muerte o al hábito; en cualquiera de estos casos debe considerársela como una condición permanente; segundo, el valor puede proceder de motivos positivos, como la ambición, el patriotismo, el entusiasmo de cualquier naturaleza; en este caso, el valor es más bien una emoción, un sentimiento, que una condición permanente.

Es comprensible que estas dos clases de valor actúen en forma diferente. La primera es más segura, pues, habiéndose transformado en una segunda naturaleza, nunca abandona al hombre; la segunda a menudo lo conduce más lejos. La firmeza pertenece más a la primera; la intrepidez a la segunda. La primera deja más en calma a la inteligencia; la segunda a veces aumenta su poder, pero también a menudo la deja perpleja. Las dos clases combinadas constituyen la forma más perfecta del valor.

La guerra implica esfuerzo físico y sufrimiento. Para no ser vencido por ellos, se necesita cierta fortaleza de cuerpo y de espíritu, la cual, ya sea natural o adquirida, produce indiferencia hacia ellos.

Con estas cualidades, guiados por el simple sentido común, el hombre es ya un buen instrumento para la guerra, y estas son las cualidades que se encuentran tan comúnmente entre los pueblos salvajes y los civilizados. Si vamos más allá en las exigencias que la guerra hace a sus adeptos, vemos que predominan las cualidades intelectuales. La guerra implica incertidumbre; tres cuartas partes de las cosas sobre las cuales



se basa la acción en la guerra, yacen ocultas en la bruma de una incertidumbre más o menos grande. En consecuencia, es necesaria aquí, antes que nada, una inteligencia fina y penetrante, que perciba la verdad con juicio instintivo.

Una inteligencia corriente puede ocasionalmente dar con esta verdad por casualidad; un valor extraordinario puede, en otras ocasiones, enmendar un error, pero en la mayoría de los casos el resultado corriente revelará siempre una inteligencia escasa.

La guerra implica azar; en ninguna otra esfera de la actividad humana se deja tanto margen para este intruso, porque ninguna está en contacto tan constante con él, en todos sus aspectos. El azar aumenta la incertidumbre de todas las circunstancias y trastorna el curso de los acontecimientos.

Debido a esta incertidumbre respecto a los informes y las suposiciones, y a estas continuas incursiones del azar, el individuo que actúa en la guerra encuentra siempre que las cosas son diferentes de lo que él esperaba que fueran. Esto ejerce, inevitablemente, influencia sobre su plan, o, en todo caso, sobre las esperanzas cifradas en ese plan. Si esta influencia es tan grande como para hacer completamente inútiles los planes prefijados, nuevos planes deberán sustituirlos, por regla general; pero en el momento a menudo se carece de los datos necesarios para hacerlo, porque en el curso de la acción, las circunstancias exigen una decisión inmediata y no dejan tiempo para una nueva mirada en derredor, y, a veces, ni siquiera para una consideración cuidadosa. Pero mucho más a menudo sucede que la corrección de nuestras premisas y el conocimiento de los elementos de azar que se han inmiscuido no son suficientes para derrumbar por completo nuestro plan, sino solo para hacerlo vacilar. Ha aumentado nuestro conocimiento de las circunstancias, pero nuestra incertidumbre no ha disminuido con ello sino que se ha intensificado. La razón de esto reside en que adquirimos todas estas experiencias simultáneamente, sino por grados, porque nuestras decisiones son atacadas incesantemente por ellas y nuestra mente debe



estar siempre "sobre las armas", si pudiéramos decirlo así.

Si queremos estar a salvo de este continuo conflicto con lo inesperado, son indispensables dos cualidades: en primer lugar, una inteligencia que aun en medio de la oscuridad más intensa, no deje de tener algunos vestigios de luz interior que conduzcan a la verdad y, en segundo lugar, el valor para seguir a esta tenue luz. A la primera se la conoce figuradamente por la expresión francesa *coup d'oeil*; la segunda es la *determinación*.

> "La guerra implica incertidumbre; tres cuartas partes de las cosas sobre las cuales se basa la acción en la guerra, yacen ocultas en la bruma de una incertidumbre más o menos grande. En consecuencia, es necesaria aquí, antes que nada, una inteligencia fina y penetrante, que perciba la verdad con juicio instintivo."

Como en la guerra los encuentros son el rasgo distintivo a los que se prestó atención principalmente y en primer lugar, y como en los encuentros el tiempo y el espacio son elementos



importantes y lo eran aún más en los períodos en que la caballería con sus decisiones rápidas era el arma principal la idea de una decisión correcta y rápida se originó desde el principio en el cálculo de estos dos elementos, y para denotar esta idea, se adoptó una expresión que se aplica solamente al correcto juicio visual. Muchos maestros del arte de la guerra le han dado también por ello ese sentido limitado. Pero es innegable que todas las decisiones justas tomadas en el momento de la ejecución, pronto llegan a ser sobrentendidas por esa expresión, como por ejemplo, reconociendo el punto justo para el ataque, etc. En consecuencia, lo que se entiende por *coup d'oeil* es, no solo el aspecto físico, sino con mayor frecuencia el mental. Es natural que esta expresión, al igual que el hecho en sí, esté siempre mejor colocada en el campo de la táctica, lo que no la excluye del de la estrategia, puesto que aquí son también necesarias a menudo las decisiones rápidas.

Si despojamos a esta concepción de los dos elementos figurados y limitados que se le adjudican con tal expresión, equivaldrá simplemente a dar con una verdad que para la mente común no es visible o solo aparece luego de largo examen y reflexión.

La determinación es un acto de valor en un caso particular, y si se trasforma en rasgo característico, un hábito mental. Pero aquí no nos referimos al valor para afrontar el peligro físico, sino al valor para hacer frente a las responsabilidades, o sea, en cierta medida, para encarar el peligro moral, A esto se le ha llamado a menudo *courage de l'esprit*, sobre la base de que surge del intelecto, pero no por ello es un acto del intelecto, sino del temperamento. La mera inteligencia no implica necesariamente valor, ya que a menudo comprobamos que la gente más clarividente carece de determinación. En consecuencia, la inteligencia debe despertar primero el sentimiento de valor que ella misma mantendrá y apoyará, porque en momentos de emergencia el hombre es dominado más por sus sentimientos que por sus pensamientos.



Hemos asignado a la decisión la tarea de eliminar los tormentos de la duda y los peligros de la indecisión, cuando se carece de la orientación suficiente. Es verdad que el lenguaje familiar no trepida en dar el nombre de determinación aun a la simple propensión a la osadía, la bravura, la intrepidez o la temeridad. Pero cuando un hombre tiene motivos suficientes, ya sean subjetivos u objetivos, verdaderos o falsos, no hay razón para hablar de su determinación, porque al hacerlo, nos colocaríamos en su lugar y arrojaríamos en el platillo de la balanza dudas de las que carece por completo.

Se trata aquí tan solo de una cuestión de fuerza y debilidad. No somos tan pedantes como para discutir el lenguaje familiar acerca del mal uso dado a esta palabra; nuestra observación tiene por objeto únicamente suprimir objeciones injustificadas.

Esta determinación que domina al estado de duda, solo puede ser puesta de manifiesto por la inteligencia, y de hecho por una dirección totalmente particular de la misma. Sostenemos que la simple unión de una inteligencia superior y de los sentimientos necesarios, no basta para formar la determinación. Hay personas que poseen percepción muy aguzada para los problemas más difíciles y que no carecen de valor para aceptar graves responsabilidades, y que, sin embargo, en casos difíciles, no pueden tomar una determinación. Su valor y su inteligencia permanecen apartadas, no se prestan ayuda mutua, y a causa de esto, no producen determinación. La determinación solo surge de un acto de la inteligencia, que hace consciente la necesidad de la audacia y por ende determina la voluntad. Esta dirección completamente particular de la inteligencia, que conquista todos los otros temores del hombre junto con el temor a la irresolución o a la vacilación, es la que origina la determinación en las mentalidades fuertes. En consecuencia, los hombres de escasa inteligencia no pueden ser nunca decididos de acuerdo con el sentido que damos a esa palabra. En situaciones difíciles pueden actuar sin vacilar, pero lo hacen entonces sin reflexión, y un hombre que actúa sin reflexionar no es atormentado por



duda alguna. Tal curso de la acción puede resultar correcto de vez en cuando, pero sostenemos, ahora lo mismo que antes, que el resultado medio es el que indica la existencia del genio militar. Si nuestra afirmación resultara extraña para cualquiera que conozca a muchos oficiales de húsares decididos, pero sin profundidad de pensamiento, debemos hacerle recordar que se trata aquí de una dirección particular de la inteligencia y no de una capacidad para la meditación profunda.

Creemos, en consecuencia, que la determinación debe su existencia a una dirección particular de la inteligencia una dirección que pertenece a una mentalidad fuerte, antes que a una brillante. Para corroborar esta genealogía de la determinación, podemos añadir que ha habido muchos ejemplos de hombres que han demostrado la mayor determinación en posiciones inferiores y la han perdido en posiciones más elevadas. Mientras por un lado ven la necesidad de llegar a una determinación, por el otro comprenden los peligros de una decisión errónea y, como no están familiarizados con las cosas que les interesan, su inteligencia pierde la fuerza original, y se vuelven tanto más tímidos, cuanto más conscientes son del peligro de la vacilación que los mantiene hechizados y cuanto mayor ha sido el hábito que antes tuvieron de actuar por impulsos momentáneos.

El *coup d'oeil* y la determinación nos llevan, naturalmente, a ocupar; nos de su cualidad hermana, *la presencia de ánimo*, que debe desempeñar un papel importante en la guerra, dominio de lo inesperado, porque, en efecto, no es otra cosa que ejemplo supremo de la conquista de lo inesperado.

Del mismo modo que admiramos la presencia de ánimo en una réplica notable a algo dicho inesperadamente, así también la admiramos en la rapidez para encontrar un recurso en un momento de peligro súbito. Ni la réplica ni el recurso necesitan ser extraordinarios en si mismos si vienen al caso, porque lo que como resultado de una reflexión madura no sería nada excepcional y nos impresionaría como insignificante, puede agradarnos como acto instantáneo de la inteligencia. La



expresión presencia de ánimo denota muy apropiadamente la rapidez y prontitud de la ayuda prestada por la inteligencia.

De la naturaleza del caso depende que esta noble cualidad de un hombre sea atribuida más a la calidad particular de su inteligencia o a la firmeza de su equilibrio emocional, aunque ninguna de las dos puede faltar por entero. Una réplica certera es más bien la obra de un ingenio pronto; un contragolpe notable en un peligro súbito, más que nada implica estabilidad del equilibrio emocional.

Si observamos en forma amplia los cuatro componentes de la atmósfera en que se desarrolla la guerra, *el peligro, el esfuerzo físico, la incertidumbre y el azar,* fácil será comprender que es necesaria gran fuerza moral y física para que avance con seguridad y éxito en este elemento desconcertante una fuerza que los historiadores y cronistas de sucesos militares describen como *energía, firmeza, constancia, fortaleza de espíritu y de carácter,* de acuerdo con las diferentes modificaciones producidas por las circunstancias. Todas estas manifestaciones de la naturaleza heroica podrían ser consideradas como la fuerza de voluntad y su equivalente, modificada de acuerdo con las circunstancias; pero por más relacionadas que estén una con la otra, no son, sin embargo, idénticas, y es conveniente para nosotros diferenciar por lo menos más detalladamente estas cualidades morales y sus relaciones mutuas.

En primer lugar, para aclarar nuestras ideas, es esencial observar que el peso, la carga, la resistencia o como quiera que se lo llame, por lo que se pone de manifiesto la fuerza espiritual de la persona actuante, solo es en una medida muy pequeña la actividad del enemigo, la resistencia del enemigo, la acción del enemigo. La actividad del enemigo solo afecta directamente al general, en primer lugar en relación con su persona, sin afectar su acción como comandante. Si el enemigo resiste cuatro horas en lugar de dos, el comandante estará en peligro durante cuatro horas en lugar de dos. Esta es una consideración que pierde evidentemente su importancia a medida que se eleva la



jerarquía del comandante. ¿Qué importancia tiene para el que ocupa la posición de general en jefe? Ninguna, evidentemente.

En segundo lugar, la resistencia del enemigo tiene un efecto directo sobre el jefe, debido a la pérdida de medios en que él incurre en una resistencia más prolongada y a la responsabilidad relacionada con esa pérdida. Es precisamente en este punto, debido a la ansiedad de sus consideraciones, donde se manifiesta y se pone a prueba su fuerza de voluntad. Afirmamos, sin embargo, que está lejos de ser la carga más pesada que debe soportar, pues es cosa que tiene que resolver consigo mismo, mientras que todos los otros efectos de la resistencia del enemigo actúan sobre los combatientes que están bajo su mando y reaccionan sobre él, a través de ellos.

Mientras los hombres estén henchidos de coraje y luchen con fervor y espíritu, su jefe rara vez tendrá oportunidad de hacer despliegue de gran fuerza de voluntad en la prosecución de su objetivo. Pero en cuanto surgen las dificultades, y esto nunca deja de suceder cuando deben ser alcanzados grandes resultados, las cosas ya no continúan funcionando como una máquina bien aceitada sino que la máquina misma comienza a ofrecer resistencia y, para vencerla, el jefe debe actuar con gran fuerza de voluntad. Pero esta resistencia no debe interpretarse precisamente como si se tratara de desobediencia y de contradicciones, aunque estas sean bastante frecuentes en los individuos; el jefe debe luchar dentro de sí mismo con la impresión general de la disolución de todas las fuerzas físicas y morales y el espectáculo angustioso del sacrificio sangriento, y luego con todos los otros que, directa o indirectamente, le trasmiten sus impresiones, sus sentimientos, ansiedades y esfuerzos. A medida que los individuos van agotando sus fuerzas, uno tras otro, y cuando su propia voluntad ya no basta para alentarlos y mantenerlos, la inercia de toda la masa comienza a descargar su peso sobre los hombres del comandante. Por la fuerza de su aliento, por la luz de su espíritu, por la firmeza de su propósito, la luz de la esperanza habrá de brillar de nuevo





en los otros. Solo en la medida en que sea capaz de hacerlo, dominará a las masas y seguirá siendo su jefe. Cuando esto deje de suceder, y su valor no tenga la fuerza suficiente como para hacer revivir el valor de los demás, las masas lo arrastrarán consigo hacia el abismo, hacia aquellas profundas regiones de la más baja animalidad, en que se huye del peligro y no se tiene conciencia de vergüenza alguna. Estas son las cargas que debe soportar un jefe militar si desea realizar grandes proezas. Esta carga aumenta con la medida de las masas que se hallan bajo su mando y en consecuencia, para que las fuerzas en cuestión continúen igualando el peso que recae sobre sus hombres, la carga deberá aumentar en proporción con la jerarquía.

La energía en acción expresa la fuerza del móvil por el cual la acción se pone de manifiesto, ya sea que el móvil tenga su origen en una convicción de la inteligencia o en su impulso sentimental. Este último difícilmente puede estar ausente cuando hay que hacer una gran demostración de fuerza. Debemos admitir que de todos los nobles sentimientos que llenan el corazón en el esfuerzo cruel de la lucha, no hay ninguno tan poderoso y constante como el de la sed de honores y fama, tratados estos tan injustamente por el idioma alemán, que se esfuerza en menospreciarlos con dos indignas asociaciones, *Ehrgeiz* (codicia de hombres) y *Ruhmsucht* (deseo de gloria). Sin duda alguna, el abuso de estas nobles aspiraciones del espíritu produjo, especialmente en la guerra, insoportables afrentas para la especie humana, pero por su origen estos sentimientos deben ser considerados entre los más nobles de la naturaleza humana y en la guerra constituyen el espíritu que anima a este cuerpo gigantesco. Aunque otros sentimientos pueden tener influencia más general y muchos de ellos, como ser el amor a la patria, la devoción hacia una idea, la venganza, el entusiasmo de cualquier naturaleza, etc., parecería que ocuparan posición más elevada la sed de honores y de fama continúa siendo indispensable. Esos otros sentimientos pueden animar en general a grandes masas, e inspirarles sentimientos



más elevados pero no producen en el jefe el deseo de sobresalir por sobre sus compañeros, lo que es requisito esencial de su posición, si es que en ella ha de lograr algo digno de mención. A diferencia de la ambición, estos sentimientos no hacen del acto militar individual, propiedad particular del jefe, quien luego se esfuerza en utilizarlos para mayor ventaja, arando trabajosamente y sembrando con cuidado, para poder recoger luego abundante cosecha. Estas aspiraciones, compartidas por todos los jefes, desde el más elevado hasta el menos importante, esta especie de energía, este espíritu de emulación, este aliciente, son los que multiplican, más que cualquier otra cosa, la eficiencia de un ejército y lo hacen triunfar. Y en cuanto a lo que concierne al jefe en particular, preguntamos: ¿ha habido alguna vez un gran jefe militar desprovisto de ambición o puede siquiera concebirse tal fenómeno?

La *firmeza* denota la capacidad de resistencia de la voluntad frente a la fuerza de un golpe aislado; la constancia se refiere a la resistencia con respecto a la *duración*. A pesar de la analogía que existe entre las dos, y a la frecuencia con que una es usada en lugar de la otra, hay sin embargo, una diferencia notable entre ellas, que no se presta a confusión, puesto que la firmeza frente a una impresión violenta, puede tener su raíz en la mera fuerza de un sentimiento, pero la constancia debe estar sostenida más bien por la inteligencia. En efecto, cuanto más dura una acción, más se reflexiona sobre ella y la constancia debe en cierto modo su fuerza a esta reflexión.

Debemos examinar ahora lo que entendemos por *fortaleza de espíritu y de carácter.*

Evidentemente no se trata de la violencia de las expresiones del sentimiento o de la propensión a la emotividad, porque esto sería contrario a todos los usos del idioma, sino del poder de escuchar a la razón, aun en medio de la excitación más intensa, en medio de la tormenta de las más violentas emociones. ¿Dependerá este poder solo de la fuerza de la inteligencia? Lo dudamos. El hecho de que haya hombres de



inteligencia descollante que no pueden controlarse a sí mismos, no prueba lo contrario, pues podemos decir que esto tal vez requiera que, aun en los momentos de excitación más violenta de los sentimientos, el poder para someterse al control de la inteligencia, que llamamos *dominio sobre sí mismo*, tiene sus raíces en el temperamento. Es en realidad otro sentimiento que, en los hombres de ánimo fuerte, equilibra la emotividad exacerbada, sin destruirla, y solo gracias a este equilibrio se asegura el dominio de la razón. Como contrapeso no hay otra cosa que el sentimiento de dignidad de hombre, ese orgullo nobilísimo, esa necesidad recóndita del alma, que actúa siempre como ser dotado de juicio y discernimiento. En consecuencia, podemos decir que un ánimo fuerte es el que no pierde su equilibrio ni aun a impulso de los estímulos más violentos.

Si dirigimos una mirada a la gran diversidad que existe entre los hombres desde el punto de vista del temperamento, encontramos: Primero, hay personas que tienen poca excitabilidad y se les llama flemáticas o indolentes.

Segundo, hay personas muy excitables, cuyes sentimientos, sin embargo, no pasan nunca de cierto límite y se les conoce como sensibles pero apacibles.

Tercero, las que se excitan con facilidad, cuyos sentimientos se inflaman con la rapidez y violencia de la pólvora, pero que no perduran. Cuarto y último, aquellas que no se conmueven por causas pequeñas y que entran en acción por lo general en forma gradual y no súbitamente pero cuyos sentimientos llegan a ser muy poderosos y mucho más duraderos; estos son hombres con pasiones fuertes, ocultas en lo profundo de su ser.

Esta diferencia entre los hombres con respecto a su constitución emocional confina con las fuerzas físicas que actúan en el organismo humano y pertenece a esa organización dual que llamamos sistema nervioso y que aparece como emparentado, por un lado con la materia y por el otro con el espíritu. Nuestra endeble filosofía no tiene nada más que buscar en, este oscuro terreno; pero es



importante para nosotros, dedicar un momento al estudio del efecto que estas diferencias de carácter producen sobre la acción en la guerra y hasta dónde puede esperarse de ellas una gran fortaleza de carácter.

Los hombres indolentes no pierden su equilibrio con facilidad, pero sin duda no podemos decir que existe fortaleza de carácter donde haya una ausencia total de toda manifestación de energía. Sin embargo, no podemos negar que tales hombres tienen cierta eficacia parcial en la guerra, justamente a causa de su equilibrio inmutable. Frecuentemente carecen de motivos positivos para la acción, o sea de la fuerza impulsora y en consecuencia de actividad, pero lo más probable es que no causen daños.

La peculiaridad del segundo tipo, es la de excitarse con facilidad frente a asuntos insignificantes, pero en cuestiones de importancia quedan fácilmente anonadados. Los hombres de este tipo muestran gran actividad para ayudar a un individuo en desgracia, pero la desgracia, de todo un pueblo solo los deprime, en lugar de animarlos para la acción.

En la guerra tales hombres no carecen de actividad ni de equilibrio, pero no realizarán nada grande, a menos que una inteligencia muy poderosa les suministre los motivos para ello. Pero muy raras veces tales temperamentos van unidos a una inteligencia muy fuerte e independiente.

Los temperamentos excitables e inflamables no se adaptan mucho para la vida práctica y, en consecuencia, no son muy apropiados para la guerra. Es cierto que tienen la ventaja de los impulsos fuertes, pero estos no duran. Sin embargo, si la excitabilidad de tales hombres toma el camino del valor y la ambición, pueden llegar a ser muy útiles si ocupan posiciones inferiores en la guerra, simplemente porque en la guerra la acción que controlan los jefes que ocupan posiciones inferiores es generalmente de mi corta duración. A veces será suficiente una decisión valerosa, una efusión de las fuerzas del espíritu. Un ataque valiente, una carga a fondo, son cosas de duración precaria, mientras que. la valerosa lucha del campo de batalla, dura todo un día, y una campaña, es tarea de todo un año.



Debido a la rápida evolución de sus sentimientos, es doblemente difícil para los hombres que hemos descrito, mantener su equilibrio emocional; en consecuencia, pierden la cabeza con frecuencia y este es el peor de sus defectos para la conducción de la guerra. Pero sería contrario a la experiencia el afirmar que los hombres de temperamento muy excitable no son nunca fuertes, es decir, que nunca son capaces de mantener su equilibrio bajo los estímulos más poderosos. ¿Por qué no

> “La energía en acción expresa la fuerza del móvil por el cual la acción se pone de manifiesto, ya sea que el móvil tenga su origen en una convicción de la inteligencia o en su impulso sentimental. Este último difícilmente puede estar ausente cuando hay que hacer una gran demostración de fuerza.”

existirá en ellos el sentimiento de su propia dignidad, ya que como regla tienen noble naturaleza? Este sentimiento rara vez falta en ellos, pero no tiene tiempo de llegar a manifestarse. En su mayoría, después de un arranque, son vencidos por

un sentimiento de humillación. Si gracias a la educación a la vigilancia de sus propios actos y a la experiencia, llegan tarde o temprano a aprender a defenderse de sí mismos, y en momentos de excitación desenfrenada alcanzan con rapidez a tener conciencia del choque de sus fuerzas interiores, pueden también llegar a ser capaces de gran fortaleza de espíritu.

Por último, encontramos a hombres difíciles de conmover, pero que por esa misma razón son fáciles de conmover profundamente; hombres que con respecto a los precedentes están en la misma relación que el rojo vivo respecto a la llama. Son los más indicados para mover, por medio de su fuerza titánica, masas gigantescas, mediante las cuales es posible representarse figuradamente las dificultades de acción en la guerra. El juego de sus sentimientos es como el movimiento de grandes masas, que, aunque más lento, es sin embargo más irresistible.

Aunque tales hombres no son sorprendidos súbitamente por sus sentimientos con tanta facilidad como los anteriores, ni son llevados por el entusiasmo al punto de sentirse después avergonzados de sí mismos, sería también contrario a la experiencia el creer que no pueden perder nunca su equilibrio o que nunca pueden ser dominados por la pasión ciega. Por el contrario, esto ocurrirá tan pronto como falte la noble virtud del dominio de sí mismos o cuando no tenga peso suficiente. Muy a menudo vemos ejemplos de esto en grandes hombres que pertenecen a pueblos no civilizados, donde el cultivo escaso de la inteligencia favorece siempre el predominio de la pasión. Pero aun entre las clases más elevadas de los pueblos civilizados, la vida está llena de este tipo de ejemplos, de hombres arrastrados por la violencia de sus pasiones, del mismo modo que el cazador furtivo de la Edad Media, atraído por el venado, se internaba en el bosque.

Por lo tanto, repetimos que un ánimo fuerte no es simplemente aquel capaz de emociones fuertes sino el que mantiene su equilibrio bajo el peso de las emociones más intensas, de modo que no obstante las tormentas que se libran en su interior, la



convicción y el juicio pueden actuar con perfecta libertad, como la aguja de la brújula en un barco sacudido por las tormentas que se libran en su interior, la convicción y el juicio pueden actuar con perfecta libertad, como la aguja de la brújula en un barco sacudido por la tormenta.

La expresión *fortaleza de carácter* o simplemente *carácter* significa tenacidad de convicción, ya sea que esta convicción sea el resultado de nuestro propio juicio o del de otros, ya sea que esté basada en principios, opiniones, inspiraciones momentáneas o cualquier otro producto de la inteligencia. Pero en verdad esta clase de firmeza no puede manifestarse, si los mismos juicios están sujetos a cambios frecuentes. Este cambio frecuente no necesita ser el resultado de alguna influencia exterior. Puede surgir de la actividad continua de nuestra propia inteligencia, pero en este caso, sin duda, indica inestabilidad peculiar a esa inteligencia. No diremos por cierto que un hombre tiene carácter si cambia sus opiniones a cada momento, por mucho que estos cambios puedan provenir de sí mismo. En consecuencia, solo diremos que poseen esa cualidad aquellos hombres de convicciones muy constantes, ya sea porque están arraigadas profundamente, poco expuestas por sí mismas a sufrir cambios, o bien porque hay falta de actividad mental como en el caso de las personas indolentes, y, por lo tanto, carencia de motivo para el cambio o, por último, porque un acto explícito de la voluntad, proveniente de un axioma imperioso de la inteligencia, rechaza hasta cierto punto cualquier cambio de opiniones.

En la guerra, más que en ninguna otra actividad humana, se producen acontecimientos que pueden desviar a un hombre del camino que ha elegido, haciéndolo dudar de sí mismo y de los demás, debido a las muchas y poderosas impresiones a que está expuesta la mente y a la incertidumbre del juicio y del conocimiento.

El espectáculo horripilante del peligro y el sufrimiento, conducen fácilmente a sentimientos que ganan ascendiente sobre la convicción intelectual, y en medio de las tinieblas



que oscurecen todas las cosas, la claridad de juicio profundo es tan difícil, que hace que el cambio sea más comprensible y perdonable. Tenemos que actuar siempre sobre la base de conjeturas y suposiciones. Por esta razón en ninguna otra parte son tan grandes como en la guerra las diferencias de opinión y nunca cesa de fluir la corriente de impresiones que actúa en contra de nuestras propias convicciones. Ni siquiera la impasibilidad intelectual más grande sirve contra ellas, porque las impresiones son demasiado fuertes y vividas y al mismo tiempo son siempre fruto de las emociones.

Cuando el juicio es claro y profundo, no puede haber otro resultado que el de principios generales y perspectivas de acción que lo gobiernan desde un punto de vista más elevado; y sobre ellos reposa, a manera de pivote, la opinión que se forma respecto al caso particular bajo consideración inmediata. Pero la dificultad reside precisamente en afirmarse en estos resultados de reflexión previa, en oposición a la corriente de opiniones y fenómenos que el presente trae consigo. Entre el caso particular y el principio, hay a menudo una larga distancia, que no siempre puede ser recorrida mediante una cadena visible de conclusiones, y donde es necesaria cierta confianza en uno mismo y es útil cierta proporción de escepticismo. A menudo poca ayuda encontraremos fuera de la máxima imperiosa que, independiente de la reflexión, la controla; la máxima en todos los casos dudosos, tiene que adherir a nuestra primera opinión y no abandonarla hasta que estemos claramente convencidos de la necesidad de hacerlo. Debemos estar firmemente convencidos de la verdad superior de máximas bien probadas y no permitir que el brillo de los fenómenos momentáneos nos haga olvidar que la verdad de estos es de cuño inferior. Nuestras acciones adquieren esa estabilidad y consistencia que llamamos carácter, por esta preferencia que damos, en casos dudosos, a nuestras convicciones previas y por la adhesión que les otorgamos.



Es fácil ver cómo un temperamento bien equilibrado estimula grandemente la fortaleza de carácter; es por eso, también, que hombres de gran fortaleza moral generalmente tienen mucho carácter.

La fortaleza de carácter nos conduce a una forma distinta de la misma: *la obstinación*.

En los casos concretos es a menudo muy difícil decir cuándo termina una y empieza la otra; en el terreno abstracto, por otra parte, no parece difícil determinar la diferencia entre ellas.

La obstinación no es un defecto de la inteligencia; usamos ese término para denotar la resistencia a nuestra capacidad de juicio, y esta no puede, sin implicar una contradicción, ser situada en el intelecto, que es precisamente la capacidad de juzgar. La obstinación es un *defecto del temperamento*. Esta inflexibilidad de la voluntad y esta intolerancia de la contradicción tienen su origen solamente en una clase particular de egoísmo, que pone por encima de cualquier otro placer el de gobernarse a sí mismo y a los demás, únicamente por su propio capricho. Podríamos llamar a esto una forma de vanidad, si no fuera, por supuesto, algo mejor; la vanidad se satisface con la apariencia pero la obstinación descansa sobre el goce de la cosa misma.

Decimos, en consecuencia, que la fortaleza de carácter se convierte en obstinación tan pronto como la resistencia a un juicio opuesto proviene de un sentimiento de oposición y no de una convicción mejor o de la confianza en un principio más elevado. Si bien esta definición, como ya lo hemos admitido, es de poca ayuda práctica, impedirá, sin embargo, que la obstinación sea considerada simplemente como la intensificación de la fuerza de carácter, puesto que es algo esencialmente diferente, algo que, si bien es cierto que se le acerca y linda con ella al mismo tiempo tiene tan poco de una forma más intensa de la misma, que hay hombres muy obstinados que, por falta de inteligencia, tienen poca fortaleza de carácter.

Al examinar estos altos atributos de un gran jefe militar



nos hemos familiarizado con aquellas cualidades en las cuales cooperan el intelecto y el temperamento; nos encontramos ahora con una peculiaridad de la actividad militar que puede considerarse tal vez como la más influyente aunque no es la más importante, y que solo exige capacidad mental sin hacer caso de las cualidades temperamentales. Se trata de la relación que existe entre la guerra y el terreno, es decir, el territorio o el suelo.

Esta relación, en primer lugar, está presente constantemente, de modo que es por completo imposible concebir que una acción bélica de parte de nuestro ejército organizado se produzca de otro modo que en un espacio definidos en segundo lugar, esta relación tiene una importancia muy decisiva porque modifica y a veces altera completamente la acción de todas las fuerzas, y en tercer lugar, mientras que por una parte puede alcanzar a los detalles más pequeños del la localidad, por la otra puede abarcar las más amplias extensiones de territorio.

De este modo, la relación que tiene la guerra con el territorio y el suelo, dará su acción un carácter muy particular. Si recordamos otras actividades humanas que tienen relación con aquellos (la horticultura, agricultura, construcción, trabajos hidráulicos, minería, caza y silvicultura) vemos que todas ellas están encerradas en espacios muy limitados que pueden ser explotados pronto con exactitud suficiente, Pero en la guerra el jefe debe circunscribir la tarea en que esté empeñado dentro de una extensión a la que está ligado, que sus ojos no pueden inspeccionar, que el celo más aguzado no puede explorar siempre y con la cual rara vez puede familiarizarse apropiadamente, debido a los cambios constantes que se producen. Es verdad que el enemigo se encuentra generalmente en la misma situación; no obstante, en primer lugar, la dificultad, aunque común a ambos, no deja de ser por eso uña dificultad, y el que la domine con el talento y el entrenamiento tendrá una gran ventaja de su parte; en segundo lugar, esta igualdad en las dificultades se produce solo en general y no necesariamente en un caso



particular, en el cual, como regla, uno de los dos combatientes (el defensor) conocí mucho más acerca del lugar que el otro.

Esta dificultad muy peculiar debe superarse por una clase especial de documental, llamado sentido del lugar, que es un término muy estrecho. Consiste en la capacidad para formarse rápidamente una representación geométrica correcta de cualquier porción de territorio y en consecuencia para encontrar en cualquier momento, correcta y fácilmente, una posición en él. Esto es, evidentemente, un acto de la imaginación. La percepción está formada, sin duda, en parte por la apreciación óptica y en parte por el intelecto, el cual por medio de juicios derivados del conocimiento y la experiencia, proporciona lo que falta y forma un todo con los fragmentos visibles para el ojo humano. Pero para que este todo se presente vívidamente a nuestra mente, se convierta en una imagen, en un mapa dibujado en el cerebro, para que esta imagen sea permanente y los detalles no se separen nuevamente, todo esto solo puede efectuarse por medio de la facultad mental llamada imaginación. Si algún gran poeta o pintor se sintiera herido porque atribuimos a su diosa una tarea semejante, si encoge sus hombros ante la idea de que a un hábil guardabosque se le debe reconocer, por ese motivo, una imaginación de primera clase, convenimos de buena gana en que nos referimos aquí solo a una aplicación muy limitada del término y a su empleo en una tarea verdaderamente inferior. Pero por más pequeño que sea su servicio, debe ser, sin embargo, la obra de ese don natural, porque si este don falta por completo sería difícil formarse una idea clara y coherente de las cosas, como si estuvieran delante de nuestros ojos. Admitimos fácilmente que la buena memoria es de gran ayuda en esto, pero debemos dejar sin decidir si la memoria debe ser considerada como una facultad independiente de la mente, o si es solamente una capacidad par formar imágenes que fijan mejor estas cosas en la mente; en efecto, resulta realmente difícil pensar en estas dos facultades mentales separadas una de la otra.



No negamos que la práctica y el juicio inteligente tienen mucho que ver con el sentido del lugar. Puysegur, el famoso Administrador Militar General, del famoso general Luxemburg, solía decir que al principio tenía poca confianza en sí mismo a este respecto, porque había notado que si tenía que dar el santo y seña a la distancia, siempre perdía el camino.

La esfera para la aplicación de este talento aumenta naturalmente con la jerarquía. Si el húsar o el riflero al mando de una patrulla debe ser capaz de localizar fácilmente su posición en carreteras y caminos desviados, y necesita para este propósito pocas señales y solo un don limitado de observación e imaginación, el general en jefe que debe llegar a tener un conocimiento de los caracteres geográficos generales de una región y de un país, habrá de tener siempre presente vívidamente ante sus ojos la dirección de los caminos, los ríos y las montañas, haciendo caso omiso, al mismo tiempo, del sentido limitado del lugar. Sin duda, en líneas generales, constituyen una gran ayuda para el jefe las informaciones de toda clase, mapas, libros y memorias, y para los detalles, la ayuda de un estado mayor; no obstante, es evidente que la posesión de un talento considerable para comprender rápida y claramente las características de un territorio presta a su acción un ritmo más fácil y más firme, lo libra de cierto desamparo mental y lo hace menos dependiente de los demás.

Si esta capacidad es atribuida entonces a la imaginación, al mismo tiempo es casi el único servicio que la actividad militar exige de esa diosa excéntrica, cuya influencia es más bien dañina que útil.

Creemos haber pasado revista a aquellas manifestaciones de las fuerzas de la mente y el espíritu que la actividad militar exige de la naturaleza humana. En todas partes la inteligencia aparece como una fuerza cooperativa esencial y podemos comprender así cómo la tarea de la guerra, aunque parece simple y sencilla, no puede ser nunca dirigida con éxito notable por personas que no posean fuerzas intelectuales sobresalientes.



Desde este punto de vista, no necesitamos ya considerar como el resultado de un gran esfuerzo mental algo tan natural como conseguir el cambio de una posición del enemigo lo cual ha sido realizado mil veces, y otras cien acciones como estas.

Es evidente que estamos acostumbrados a considerar al soldado simple y eficiente como lo opuesto a los hombres reflexivos, esos hombres cuyas cabezas están llenas de invenciones e ideas, esos espíritus brillantes que nos deslumbran con su frondosidad intelectual. Esta antítesis no está de ningún modo desprovista de realidad, pero no indica que la eficiencia del soldado consista simplemente en su valor ni que no exija también una cierta energía especial y una eficiencia cerebral para ser algo más de lo que se llama buen combatiente. Debemos continuar insistiendo en que no hay nada más común que el saber de la existencia de hombres que han perdido su energía al ser elevados a una posición superior para la cual sus facultades ya no eran iguales; pero debemos también recordar a nuestros lectores que estamos hablando de hazañas notables, que dan renombre a la rama de la profesión a que pertenecen. Cada grado de mando en la guerra crea por lo tanto su propio tipo de cualidades mentales necesarias y de honor y fama.

Existe un abismo inmenso entre un general en jefe, es decir, un general que tiene el mando supremo de toda una guerra o teatro de guerra y su segundo en el mando, por la simple razón de que este último está sujeto a una dirección y supervisión mucho más detallada y está confinado en consecuencia a una esfera mucho menor de actividad mental independiente. Es por eso que la opinión corriente no ve lugar para una actividad intelectual notable, excepto en las posiciones elevadas y piensa que la inteligencia ordinaria es apta solo para ocupar las inferiores; es por eso también que la gente se siente inclinada a descubrir un tanto de incapacidad en un general subalterno que ha encanecido en el servicio y cuyas actividades parciales han producido en él una evidente pobreza de espíritu, y, con todo el respeto hacia su valentía se ríen de su simplicidad. No



es nuestro objetivo conseguir para estos valientes hombres una mejor recompensa; esto no contribuiría en nada a su eficiencia y muy poco para su felicidad. Deseamos únicamente presentar las cosas como son y prevenir contra el error de suponer que un simple bravucón sin inteligencia puede prestar servicios notables en la guerra.

> "En la guerra, más que en ninguna otra actividad humana, se producen contecimientos que pueden desviar a un hombre del camino que ha elegido, haciéndolo dudar de sí mismo y de los demás, debido a las muchas y poderosas impresiones a que está expuesta la mente y a la incertidumbre del juicio y del conocimiento."

Si consideramos que, aun en las posiciones más humildes; el jefe llamado a sobresalir debe poseer cualidades notables y que cuanto más elevado sea su grado, más elevada habrá de



ser la cualidad de sus capacidades, resulta, naturalmente, que adoptamos una opinión por completo diferente sobre aquellos que ocupan debidamente la posición de segundos en el mando de un ejército; y la aparente simplicidad de sus caracteres, comparados con el de un genio universal, o el de un poderoso hombre de negocios con su pluma, o el de un estadista en una conferencia no debería engañarnos sobre su inteligencia práctica. Sucede a veces que los hombres llevan consigo a una posición más elevada la reputación que han ganado en una inferior, sin merecerla en la posición más alta, y si entonces no son muy utilizados y no corren por tanto el riesgo de ponerse de manifiesto, el juicio no distingue tan claramente qué clase de mérito se les debe reconocer. Tales hombres son a menudo la causa de que se formen opiniones pobres de una personalidad que en ciertas posiciones puede, sin embargo, ser brillante.

Se requiere un genio particular para cada grado, desde el más bajo hasta el más alto, para poder prestar servicios notables en la guerra.

Pero la historia y el juicio de la posteridad generalmente confieren el título de genio solo a aquellas mentes que con brillo mayor han desempeñado el cargo de general en jefe. La razón reside en que para ello, en efecto, es mucho mayor la demanda de cualidades mentales y morales. Dirigir la guerra o sus grandes acciones, llamadas campañas, hasta un fin brillante, requiere perspicacia aguzada para comprender la política del estado en sus relaciones más elevadas. Coinciden aquí la conducción de la guerra y la política del estado, y el general se convierte al mismo tiempo en estadista.

Se le niega a Carlos XII el título de genio porque no pudo lograr que el poder de su espada sirviera a un juicio superior, y la sabiduría no pudo alcanzar por su intermedio un objetivo glorioso. Se niega ese título a Enrique IV (de Francia), porque no vivió lo suficiente como para influir con sus proezas en las condiciones de varios estados y para adquirir experiencia en. ese campo superior, en el cual los sentimientos nobles y el carácter



caballeresco son menos eficaces para dominar a un enemigo que para vencer una disensión interna.

Para que el lector pueda apreciar todo lo que un general debe comprender y vaticinar correctamente de una ojeada nos remitimos al capítulo primero. Afirmamos que el general se convierte en estadista pero que no debe dejar de ser general. Por una parte, debe comprender de una mirada todas las condiciones políticas; por la otra, conocer exactamente lo que puede hacer con los medios de que dispone.

La diversidad y los límites indefinidos de todas las relaciones en la guerra, traen a consideración un gran número de factores. Muchos de estos factores pueden ser calculados solo de acuerdo con las leyes de la probabilidad y, en consecuencia, si la persona que actúa no adivinara todo con el fulgor de una mente que advierte intuitivamente la verdad en todas las circunstancias, surgiría una confusión de opiniones y consideraciones de cuyas resultas su juicio sería totalmente incapaz de encontrar su camino. En este sentido, Napoleón tenía completa razón cuando decía que muchas de las decisiones que tiene que tomar un general constituyen un problema de cálculo matemático, que no sería indigno del talento de un Newton o de un Euler.

De las fuerzas superiores de la mente, las que aquí se necesitan son el sentido de unidad y el juicio, elevado hasta un extremo maravilloso de visión mental, que en su esfera de actividad trate rápidamente y aparte miles de ideas confusas que una inteligencia ordinaria descubre solo con gran esfuerzo y con las cuales se agotaría ella misma. Pero esta actividad superior de la mente, este fulgor de genialidad, no se convierte en asunto de importancia histórica a menos que esté sostenido por esas cualidades de temperamento y carácter de las que nos hemos ocupado.

La verdad sola no es más que un motivo muy débil para la acción, y por esto hay siempre gran diferencia entre conocimiento y volición, entre saber qué hacer y ser capaz de hacerlo. El hombre adquiere siempre los estímulos más fuertes



para la acción a través de sus emociones y consigue su apoyo más poderoso, si se nos permite la expresión, de esas mezclas de temperamento e inteligencia que identificamos con los nombres de decisión, firmeza, constancia y fortaleza de carácter.

Sin embargo, si esta actividad exaltada del ánimo y del cerebro en el general, no se pusiera de manifiesto en el éxito final de su trabajo y fuera aceptada solamente de buena fe rara vez llegaría a ser asunto de importancia histórica.

"Dirigir la guerra o sus grandes acciones, llamadas campañas, hasta un fin brillante, requiere perspicacia aguzada para comprender la política del estado en sus relaciones más elevadas. Coinciden aquí la conducción de la guerra y la política del estado, y el general se convierte al mismo tiempo en estadista."

Todo cuanto llega a conocerse en la guerra sobre el curso de los acontecimientos es, por lo general, muy simple y tiene en apariencia gran uniformidad. Por la mera narración de estos

acontecimientos, nadie puede percibir todas las dificultades que se presentan y que son vencidas. Solamente de vez en cuando se descubre una parte de los muchos hilos que componen toda la trama, en las memorias de los generales o de aquellos que gozaban de su confianza o en ocasión de que se someta un acontecimiento a una investigación histórica especial. La mayoría de las deliberaciones y conflictos mentales que preceden a la ejecución de grandes planes son ocultados de intento, porque afectan a intereses políticos o porque su recuerdo te ha perdido accidentalmente, por considerárselo como simple andamiaje que debe ser retirado al terminarse el edificio.

Para concluir, si no nos aventuramos a dar una definición más ajustada de las fuerzas superiores del espíritu, debemos admitir, sin embargo, una distinción en la facultad intelectual misma de acuerdo con las ideas corrientes que han sido incorporadas al idioma, y si nos preguntamos qué clase de intelecto es el que está más íntimamente asociado con el genio militar, una ojeada sobre este asunto, lo mismo que la experiencia, nos enseña que en tiempo de guerra preferiríamos confiar al bienestar de nuestros hermanos e hijos y el honor y seguridad de nuestro país, más a las mentes investigadoras que a las creadoras, más a las mentes amplias que a las que persiguen una sola línea especial, más a las cabezas serenas que a las fogosas y vehementes.







Capítulo IV

Del peligro en la guerra

Generalmente antes de aprender lo que es realmente el peligro, nos formamos de él una idea que es más atractiva que repulsiva. En la embriaguez de entusiasmo que sentimos al caer sobre el enemigo en el ataque, ¿quién se preocupa de las balas y de los hombres que están cayendo? ¿Es posible que, con los ojos cerrados nos arrojemos por unos momentos en los fríos brazos de la muerte, sin saber si seremos nosotros u otros los que escaparán a ella, y todo esto próximos a la meta dorada de la victoria, próximos al fruto refrescante que ansía la ambición? Esto no será difícil y menos aún lo parecerá. Pero tales momentos que no son, sin embargo, el resultado de un impulso, como se podría suponer, sino algo así como las bebidas de los médicos, que deben ser diluidas y tomadas a intervalos de tiempo, tales momentos, repetimos, son los menos.

Acompañemos al bisoño al campo de batalla. A medida que nos acercamos, el tronar de los cañones se hace más evidente y es acompañado pronto por el ulular de los disparos, que atrae ahora la atención de los noveles. Las balas comienzan a chocar contra el suelo, cerca de nosotros, por delante y por detrás. Nos precipitamos hacia el cerro donde se encuentra el general y su numeroso estado mayor. Aquí, el golpeteo cercano de las balas de cañón y el estallido de las granadas son tan frecuentes que la seriedad de la vida se abre paso a través de la pintura juvenil de la imaginación. De pronto cae alguien que conocemos. Una granada explota entre la multitud y causa algunos movimientos involuntarios; empezamos a sentir que no estamos ya muy cómodos y tranquilos, y hasta el más valiente está aturdido por lo menos hasta cierto punto. Luego damos un paso más,



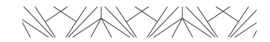
dentro de la batalla que se desarrolla ante nosotros, hacia el general de división más próximo, tal como si se tratase de una escena teatral. Aquí las balas siguen a las balas, y el tronar de nuestros propios cañones aumenta la confusión. Del general de división al brigadier. Este, hombre de conocida bravura, se mantiene cuidadosamente detrás de una loma, una casa o algunos árboles, signo seguro de peligro creciente. La metralla tabletea sobre los techos de las casas y sobre los campos; las balas de cañón zumban sobre nosotros, en todas direcciones y ya se siente un frecuente silbido de balas de mosquete. Otro paso más hacia las tropas, hacia esa vigorosa infantería que, con indescriptible firmeza, se ha mantenido durante horas bajo el fuego, aferrada a su terreno. Aquí el aire está lleno de silbidos de balas que al pasar a distancia de una pulgada del oído, la cabeza o el pecho, anuncian su proximidad con un ruido breve y seco. A todo esto se agrega la compasión que sacude a nuestros agitados corazones, la piedad que nos da la vista de los mutilados y los caídos.

El bisoño no habrá de avanzar por ninguna de estas etapas diferentes de peligro creciente sin tener la sensación de que la luz de la razón no se mueve aquí a través de los mismos medios, ni es reflejada en la misma forma que cuando está entregada al pensamiento. Más aún, deberá ser hombre muy extraordinario aquel que, bajo la presión de esas primeras impresiones, no pierda la capacidad de tomar decisiones rápidas. Es verdad que el hábito embota pronto esas impresiones; a la media hora comenzamos a ser más indiferentes, en mayor o menor grado, a todo lo que ocurre en torno a nosotros, pero el hombre común nunca alcanza una completa frialdad y una elasticidad mental natural. Verificamos en consecuencia, una vez más que no son suficientes las cualidades comunes, cosa que será cada vez más cierta, así que se amplíe la esfera de actividad que haya de ser cubierta. Deberá haber entusiasmo, estoicismo, valentía natural y ambición dominadora o una prolongada familiaridad con el peligro, si los efectos producidos en este medio desconcertante



no han de resultar escasos en demasía con relación a lo que en el estudio puede aparecer solamente como la medida común.

El peligro pertenece en la guerra a su fricción. Para tener una verdadera comprensión del mismo, es necesario una apreciación correcta, y es por esta razón por lo que lo hemos mencionado aquí.



Capítulo V
Del esfuerzo físico en la guerra

Si no se permitiera a nadie dar una opinión sobre los acontecimientos de la guerra, excepto en el momento en que se encontrara entumecido por la helada, sofocado por el calor y la sed o dominado por el hambre y la fatiga, sin duda tendríamos muy pocos juicios correctos objetivamente, pero lo serían por lo menos subjetivamente, es decir, contendrían la relación exacta entre la persona que juzga y el objeto. Percibimos esto muy bien cuando vemos cuan despreciativo, pobre y falso de espíritu es el juicio que, sobre los resultados de sucesos enojosos, se forman los que han sido testigos oculares de los mismos, especialmente mientras han estado mezclados en ellos. En nuestra opinión, esto es un índice de la influencia que ejerce el esfuerzo físico y de la importancia que debe dársele al emitir un juicio.

El esfuerzo físico debe ante todo ser incluido en la guerra, entre las muchas cosas de cuyo valor no puede establecerse una medida objetiva. Es un factor en la eficacia de todas las fuerzas a condición de que no se lo malgaste, y nadie puede decir con precisión hasta dónde puede ser llevado. Pero la cuestión más interesante es que solo de un espíritu fuerte puede esperarse que exija el máximo posible de las fuerzas de su ejército, del mismo modo que solamente un brazo fuerte permite al arquero estirar al máximo la cuerda de su arco. Una cosa es que un ejército, a consecuencia de grandes infortunios, acosado por el peligro, se disgregue como se derrumba una pared, y que solamente puede encontrar su seguridad en el esfuerzo máximo de su fortaleza física, y otra cosa completamente diferente es un ejército victorioso, llevado solamente por sentimientos de orgullo, conducido por su jefe exactamente allí donde él



desee que lo conduzca. El mismo esfuerzo, que en el primer caso cuanto más podría excitar nuestra piedad, en el último no puedo dejar de llenarnos de admiración porque es tanto más difícil de realizar.

"Aunque aquí el asunto se refiere estrictamente al esfuerzo que un general exige de su ejército, que un jefe exige de sus subordinados y se refiere, por lo tanto, al valor para exigir este esfuerzo y al arte para mantenerlo, no debemos sin embargo pasar por alto el esfuerzo físico del jefe y del mismo general."

Para el ojo inexperto, esto arroja luz sobre una de las cosas que encadenan en la oscuridad, por decirlo así, los movimientos del pensamiento y agotan secretamente las fuerzas del alma.

Aunque aquí el asunto se refiere estrictamente al esfuerzo que un general exige de su ejército, que un jefe exige de sus

subordinados y se refiere, por lo tanto, al valor para exigir este esfuerzo y al arte para mantenerlo, no debemos sin embargo pasar por alto el esfuerzo físico del jefe y del mismo general. Habiendo llevado escrupulosamente hasta este punto el análisis de la guerra, debemos tener en cuenta también la importancia de este sedimento restante.

Nos hemos referido aquí al esfuerzo físico principalmente porque, lo mismo que el peligro, pertenece a las causas fundamentales de la fricción, y porque su cantidad indefinida lo hace cuerpo elástico, cuya fricción es, evidentemente, difícil de calcular.

Para impedir el mal uso de estas consideraciones y de este examen de las condiciones que agravan las dificultades de la guerra, la naturaleza nos ha dado, con nuestros sentimientos, una guía segura para el juicio. Del mismo modo que un individuo no puede aludir con facilidad a sus imperfecciones personales si es insultado y maltratado, pero puede hacerlo perfectamente si ha impedido el insulto con buen éxito o se ha vengado de él brillantemente, del mismo modo ningún general ni ningún ejército mejorarán una derrota vergonzosa describiendo el peligro, la angustia y el esfuerzo, que acrecentarían inmensamente la gloria del victorioso. De este modo, nuestro sentimiento, que es después de todo una forma superior de juicio, nos prohíbe hacer lo que parece un acto de justicia hacia el que se sentiría inclinado nuestro juicio.



Capítulo VI

La información de la guerra

Con la palabra "información" señalamos todo el conocimiento que poseemos sobre el enemigo y su territorio; de hecho, es, por lo tanto, el fundamento de todos nuestros planes y acciones. Consideremos la naturaleza de este fundamento, su incertidumbre y la característica que presenta de ser indigno de toda confianza y nos daremos cuenta bien pronto de que la guerra es un edificio peligroso, que puede disgregarse fácilmente y sepultarnos entre sus escombros. Aunque hay una máxima, la que se encuentra en todos los libros, de que solo debemos confiar en la información segura y que siempre debemos ser desconfiados, esto es solo despreciable consuelo escrito, perteneciente a esa filosofía en la que se refugian los escritorcillos de sistemas y compendios por falta de algo mejor que decir.

Una parte de la información obtenida en la guerra es contradictoria, otra parte todavía más grande es falsa, y la parte mayor es, con mucho, un tanto dudosa. Lo que en este caso se exige de un oficial es cierto poder de discriminación que solo puede obtenerse gracias al juicio justo y al conocimiento de los hombres y de las cosas. La ley de la probabilidad debe ser su guía. Esta no es una dificultad insignificante, ni siquiera con referencia a los primeros planes, aquellos que se preparan en el gabinete y que están todavía fuera de la esfera real de la guerra, pero aumenta enormemente cuando en el tumulto de la guerra un informe sigue al otro. Es afortunado si estos informes, al contradecirse unos a los otros, producen una especie de equilibrio y despiertan por sí mismos el juicio crítico. Para el hombre inexperto es mucho peor cuando la suerte no le presta este servicio, sino que un informe sostiene al otro,



lo confirma, lo magnifica, pinta continuamente el cuadro con nuevos colores, hasta que la necesidad, con urgente prisa, nos obliga a tomar una decisión que bien pronto nos descubrirá que es una locura, dado que todos esos informes no eran más que falsedades, exageraciones, errores, etc. En pocas palabras, la mayoría de los informes son falsos y la timidez de los hombres da fuerza nueva a las mentiras y falsedades. Como regla general, todo el mundo se siente más inclinado a creer lo malo que lo bueno. Todos se sienten inclinados a magnificar lo malo en cierta medida, y aunque los peligros así propalados se apacigüen como las olas del mar, lo mismo que estas pueden levantarse nuevamente sin ninguna causa aparente. El jefe confiado en sus convicciones mejores, debe mantenerse firme y no ceder, como la roca contra la cual se rompe la ola. El papel no es fácil; aquel que por naturaleza carece de buena disposición o cuyo juicio no ha sido adiestrado ni fortalecido por la experiencia en la guerra, puede dejar que la violencia gobierne sus íntimas convicciones y puede inclinarse del miedo a la esperanza. Solo así será capaz de mantener un equilibrio verdadero. La dificultad de ver las cosas correctamente, que es una de las fuentes mayores de fricción en la guerra, hace que las cosas parezcan completamente diferentes de lo que se esperaba. La impresión de los sentidos es más poderosa que la fuerza de las ideas provenientes de un cálculo deliberado, y esto es tan válido que probablemente no se ha ejecutado nunca plan de alguna importancia sin que el jefe, en los primeros momentos de su ejecución, no haya tenido que dominar las nuevas dudas surgidas en su pensamiento. En consecuencia, los hombres comunes, que siguen las sugestiones de los demás, generalmente se vuelven indecisos en el campo de la acción; creen que las circunstancias que encuentran son diferentes de las que habían esperado, y tanto más cuanto que aquí nuevamente ceden ante las sugestiones de los otros. Pero aun el hombre que ha hecho sus planes, pierde fácilmente la fe en su primera opinión, cuando llega a ver las cosas con sus



propios ojos. La firme confianza en sí mismo debe hacerlo impenetrable a la presión aparente del momento; su primera convicción se comprobará al final que es exacta, cuando el horizonte se amplía y es dejado a un lado el primer plano de las decoraciones, con sus formas exageradas de peligro, que el destino empuja e introduce en el escenario de la guerra. Este es uno de los grandes abismos que separa la *concepción* de la *ejecución*.



Capítulo VII

La fricción en la guerra

Mientras no tengamos un conocimiento personal de la guerra no podremos concebir dónde residen las dificultades del asunto, ni lo que realmente tienen que hacer el genio y las extraordinarias cualidades mentales y morales exigidas a un jefe. Todo parece tan simple, parecen tan sencillas todas las formas de conocimiento que se necesitan, y tan insignificantes todas las combinaciones que, en comparación con ellas, el problema más simple de matemática superior nos impresiona con dignidad científica evidente. Pero si conocemos la guerra, todo se vuelve inteligible. Sin embargo, es extraordinariamente difícil describir qué es lo que causa este cambio y poner un nombre a este factor invisible y universalmente operativo.

Todo es muy simple en la guerra, pero hasta lo más simple es difícil. Estas dificultades se acumulan y producen una fricción de la cual nadie que no haya visto la guerra puede formarse una idea correcta. Supongamos a un viajero, que, al final de una jornada, piensa realizar dos etapas más una simple cuestión de cuatro o cinco horas por una carretera, con caballos de posta. Llega, ahora a la penúltima etapa, no encuentra caballos o los encuentra malos, luego un terreno montañoso, caminos en mal estado; oscurece como boca de lobo, y el viajero, después de muchas dificultades, se alegra de llegar a la próxima parada y encontrar allí alguna comodidad, por precaria que sea. Del mismo modo en la guerra, gracias a la influencia de innumerables circunstancias insignificantes que no es posible tomar en cuenta sobre el papel, todo nos deprime y estamos lejos de nuestro propósito. Una poderosa voluntad de hierro, vence esta fricción, aplasta los obstáculos



pero al mismo tiempo aplasta junto con ellos a la máquina. Nos encontraremos a menudo con este resultado. Como un obelisco hacia el cual convergen las principales calles de una ciudad, del mismo modo la voluntad orgullosa de un espíritu fuerte se yergue dominante en medio del arte de la guerra.

La fricción es la única concepción que de un modo bastante general corresponde a lo que distingue la guerra real de la guerra sobre el papel. La máquina militar, el ejército y todo lo que a él le corresponde, es fundamentalmente simple, y por esa razón parece fácil de manejar. Pero debemos tener presente que no hay ninguna parte de esa máquina que se componga de una sola pieza sino que está compuesta de piezas, cada una de las cuales tiene su propia fricción en todas direcciones. Teóricamente, esto parece correcto: el jefe de un batallón es responsable de la ejecución de la orden dada, y como el batallón, por su disciplina, está fundido en una sola pieza y el jefe debe ser un hombre de reconocido celo, la palanca gira sobre su soporte de hierro, con poca fricción.

Pero esto no es así en la realidad, y todo lo que hay de exagerado y falso en la concepción, se pone de manifiesto inmediatamente en la guerra. El batallón está siempre compuesto de un número de hombres, y si el azar lo quiere, el más insignificante de ellos es capaz de causar una demora o alguna irregularidad. El peligro que la guerra trae consigo, los esfuerzos físicos que exige, intensifican en tal forma los padecimientos, que estos deben ser considerados como sus causas más importantes.

Esta enorme fricción, que no está concentrada en unos pocos puntos, como en la mecánica, aparece por lo tanto en todas partes, en contacto con el azar y produce así incidentes casi imposibles de prever, justamente porque corresponden en gran medida al azar. Un ejemplo de ese azar lo constituye el tiempo. Aquí la niebla impide que el enemigo sea descubierto a tiempo, que un fusil haga fuego en el momento oportuno o que un informe llegue al general; allí, la lluvia impide la llegada



de un batallón y hace que otro no aparezca en el momento oportuno, porque tal vez ha tenido que marchar ocho horas en lugar de tres, o impide que la caballería ataque eficazmente, porque el terreno pesado la ata al suelo.

Estos pocos detalles son solo a modo de ejemplo y para que el lector sea capaz de seguir al autor en este asunto, pues de otro modo deberían escribirse volúmenes enteros sobre

> “Además de esto, toda guerra es rica en fenómenos individuales. En consecuencia, es un mar inexplorado, lleno de rocas que la mente del general puede presentir intuitivamente aunque nunca las haya visto con sus ojos, un extenso mar que debe surcar en medio de las tinieblas de la noche.”

estas dificultades, para dar una idea clara de la multitud de pequeñas dificultades a las que hay que hacer frente en la guerra, podríamos agotarnos con ejemplos. Bastarán los pocos que hemos dado para evitar el riesgo de ser tediosos. Y a los



lectores que nos han comprendido desde el principio, pedimos excusas por la prolijidad de los ejemplos.

La acción en la guerra es movimiento en un medio resistente. Del mismo modo que un hombre sumergido en el agua es incapaz de ejecutar con regularidad y facilidad aun el más simple y natural de los movimientos, el de caminar, del mismo modo en la guerra, mediante el uso de las fuerzas comunes no podemos mantenernos ni siquiera en la línea de la mediocridad. Esta es la razón por la cual el teórico correcto es como el maestro de natación que enseña en tierra firme los movimientos que serán necesarios en el agua, lo que puede parecer ridículo y exagerado a aquellos que se olvidan del agua. Esta es también la razón por la cual los teóricos que nunca se han sumergido o que no pueden deducir ninguna generalización de sus experiencias, son faltos de práctica y hasta absurdos, porque solamente enseñan algo que todos conocen, saber caminar.

Además de esto, toda guerra es rica en fenómenos individuales. En consecuencia, es un mar inexplorado, lleno de rocas que la mente del general puede presentir intuitivamente aunque nunca las haya visto con sus ojos, un extenso mar que debe surcar en medio de las tinieblas de la noche. Si se desencadena viento adverso, o sea, si se produce accidentalmente en contra de él un gran acontecimiento, deberá realizar grandes esfuerzos, tener presencia de ánimo y la habilidad más consumada para hacerle frente, en tanto que para un observador distante todo parecerá marchar como el movimiento de un reloj. El conocimiento de esta fricción es parte principal de esa experiencia de la guerra, de la que tanto se alardea y que debe poseer todo buen general. Es verdad que la calidad del general no se mide por el espacio que este conocimiento ocupe en su mente, ni por el temor que sienta por él (este es el tipo de generales ansiosos en exceso, abundante entre los generales experimentados); pero el general debe estar al tanto de la existencia de este conocimiento, para poder



vencerlo hasta donde le sea posible, y a fin de no confiar en que sus acciones habrán de poseer un grado tal de precisión como el que es imposible obtener precisamente por la existencia de esta fricción. Además, nunca se llegará a ello por la vía teórica, y si ello fuera posible, faltaría siempre ese juicio práctico que llamamos instinto y cuya necesidad es mayor en ese campo lleno de minucias diversas que en las situaciones mayores y decisivas, en las cuales deliberamos con nosotros mismos y con los demás. Del mismo modo que el juicio instintivo que se convierto casi en hábito hace que el hombre mundano hable, actúe y se mueva solo en la forma que corresponde a la ocasión, así también será solo el oficial experimentado en la guerra quien decida y actúe siempre en forma adecuada a la ocasión, frente a asuntos grandes y pequeños, en cada situación que se presente en la guerra. De esta experiencia y de esta práctica surge en su mente el pensamiento siguiente: esto es justo; aquello no lo es. Y de este modo evitará caer con facilidad en posiciones que le hagan mostrar debilidad, ya que si esto ocurriera a menudo en la guerra, se conmovería toda la base sustentadora de la confianza y sobrevendrían situaciones peligrosas en extremo.

En consecuencia, la fricción, o lo que aquí hemos dado en llamar con ese nombre, es lo que en la realidad hace que sea difícil aquello que parece fácil. A medida que adelantamos nos encontraremos a menudo con este tema, y ha de ser evidente que, además de la experiencia y la fuerza de voluntad, se requieren muchas otras extrañas cualidades de la mente para hacer un general distinguido.



Capítulo VIII

Observaciones finales sobre el libro I

Hemos designado con el nombre de peligro, esfuerzo físico, información y fricción a aquellas cosas que entran como elementos en la atmósfera de la guerra y hacen de ella un medio resistente para todas las actividades. En consecuencia, por sus efectos obstructores, pueden ser incluidos nuevamente dentro de la idea colectiva de fricción general. ¿No hay entonces ningún lubricante capaz de disminuir esta fricción? Existe solo uno que no siempre está a disposición de la voluntad del jefe o de su ejército: es el hábito del ejército para la guerra.

El hábito da fuerza al cuerpo en los esfuerzos grandes, da fuerza al pensamiento en el peligro, da fuerza al juicio contra las primeras impresiones. Por su intermedio, se adquiere una valiosa serenidad en todas las jerarquías, desde el húsar y el riflero hasta el general de división, lo que facilita la tarea del general en jefe.

Así como en una habitación oscura el ojo humano dilata su pupila, capta la escasa luz existente, distingue los objetos en forma gradual e imperfecta y al final los ve con bastante exactitud, lo mismo ocurre en la guerra con el soldado experimentado, mientras el novicio solo se encuentra en una noche oscura como boca de lobo.

No hay general que pueda proporcionar a su ejército el hábito para la guerra, y las maniobras (ejercicios de paz) solo suministran un débil sustituto para el mismo, débil en comparación con la experiencia real de la guerra, pero no en relación con otros ejércitos en los que aun estas maniobras están restringidas a simples ejercicios mecánicos de rutina. Por lo tanto, preparar las maniobras en tiempo de paz de modo



de incluir algunas de estas causas de fricción para que el juicio, la prudencia y hasta la decisión de los distintos jefes puedan ser ejercitados, tiene un valor mucho más grande de lo que creen los que no conocen la cuestión por experiencia. Es de enorme importancia que el soldado, cualquiera sea su rango, superior o inferior, no vea por primera vez en la guerra esos fenómenos que, al ser vistos con nuevos ojos, asombran y confunden. Si se encuentra antes con ellos, aunque solo fuera una vez, se sentirá ya algo familiarizado con los mismos. Esto se aplica aun a los esfuerzos físicos, que deben ser practicados, no tanto para acostumbrar el cuerpo a ellos, sino la mente. En la guerra, el soldado joven es muy propenso a considerar los esfuerzos desacostumbrados como una consecuencia de faltas serias, errores y dificultades en la conducción del conjunto, y por esa razón se siente doblemente deprimido y abatido. Esto no sucederá si ha sido preparado de antemano para ello en las maniobras de paz. Otro medio menos amplio, pero sin embargo muy importante de habituarse a la guerra en tiempo de paz, es el de invitar a que se incorporen al ejército a oficiales de ejércitos extranjeros que han tenido experiencia en la guerra. La paz reina rara vez sobre toda Europa y nunca en todas las partes del mundo. Un estado que gozó de la paz durante largo tiempo tratará siempre, por lo tanto, de asegurarse algunos oficiales que hayan actuado en esos teatros de guerra, pero, por supuesto, solo los que hayan tenido buen desempeño, o bien enviará allí a algunos de sus propios oficiales, para que puedan aprender las lecciones de la guerra.

Por más que parezca pequeño el número de oficiales de este tipo, en proporción a la masa de un ejército, sin embargo, su influencia se hará sentir con toda claridad. Su experiencia, su manera de ser; el desarrollo de su carácter influyen sobre sus subordinados y camaradas; además, aunque no sean colocados en posiciones de mando superior, siempre pueden ser considerados como hombres familiarizados con el terreno, a los que puede consultarse en muchos casos especiales.





K A N A D A
Hudson Bay
LABRADOR
Labradorsee
Irmingersee
Neufundland
St. John's
ST. PIERRE UND MIQUELON (FR.)
Edmonton
Minneapolis
Chicago
Detroit
Toronto
Ottawa
Montreal
Boston
New York
Philadelphia
Washington, D.C.
St. Louis
Atlanta
Dallas
Houston
New Orleans
Tampa
Miami
Golf von Mexiko
Havanna
KUBA
BAHAMAS
HAITI
DOMINIKANISCHE REPUBLIK
Santo Domingo
Port-au-Prince
Kingston
Karibisches Meer
HONDURAS
NICARAGUA
GUATEMALA
BELIZE
PANAMA
Caracas
Maracaibo
Barranquilla
Cartagena
Medellín
Bogotá
Cali
Quito
ECUADOR
Guayaquil
KOLUMBIEN
VENEZUELA
GUYANA
SURINAME
FRANZÖSISCH-GUAYANA (FR.)
Georgetown
Paramaribo
Cayenne
BRASILIEN
Amazonasbecken
Manaus
Belém
São Luís
Fortaleza
Natal
Recife
Maceió
Salvador
Brasília
Goiânia
Vila Velha
Rio de Janeiro
São Paulo
Curitiba
Florianópolis
PARAGUAY
Asunción
BOLIVIEN
Lima
NORD-
ATLANTIK
Nordamerikanisches Becken
BERMUDA (U.K.)
Sargassosee
Azoren (Port.)
Madeira (Port.)
KAP VERDE
Dakar
Brasilianisches Becken
Reykjavík



ISLAND
FINNLAND
R U S S
St. Petersburg
Stockholm
Nordsee
Moskau
Osteuropäische Ebene
IRLAND
London
Warschau
UKRAINE
Pontisch-Kaspische Steppe
Kasachische Steppe
KASACHSTAN
FRANKREICH
Budapest
RUMÄNIEN
Schwarzes Meer
SPANIEN
Madrid
Barcelona
Rom
Neapel
Lissabon
PORTUGAL
TÜRKEI
Ankara
Athen
TURKMENISTAN
Taschkent
Algier
TUNESIEN
Tripolis
Casablanca
Rabat
MAROKKO
Atlasgebirge
SYRIEN
IRAN
AFGHANISTAN
Bagdad
Teheran
Damaskus
Tel Aviv-Jaffa
Alexandria
Kairo
ALGERIEN
LIBYEN
ÄGYPTEN
SAUDI-ARABIEN
Riad
Dubai
KATAR
KUWAIT
VEREINIGTE ARABISCHE EMIRATE
OMAN
WEST SAHARA
S A H A R A
Ahaggar
Tamanrasset
Tibesti
Libysche Wüste
Mekka
Dschidda
MAURETANIEN
MALI
NIGER
TSCHAD
SUDAN
JEMEN
Sanaa
ERITREA
Asmara
Khartum
Timbuktu
S a h e l z o n e
BURKINA FASO
Ouagadougou
Niamey
Bamako
GUINEA
SIERRA LEONE
LIBERIA
Monrovia
CÔTE D'IVOIRE
GHANA
TOGO
BENIN
NIGERIA
Abuja
Lagos
Accra
Abidjan
Golf von Aden
Addis Abeba
ÄTHIOPIEN
SOMALIA
Mogadischu
ZENTRALAFRIKANISCHE REPUBLIK
SÜDSUDAN
KAMERUN
Golf von Guinea
UGANDA
KENIA
Nairobi
Ä q u a t o r
GABUN
KONGO
DEM. REP. KONGO
Kinshasa
Brazzaville
Kongobecken
TANSANIA
Daressalam
Mombasa
ASCENSION (U.K.)
Luanda
ANGOLA
SAMBIA
Lubumbashi
ST. HELENA (U.K.)
MOSAMBIK
Beira
Harare
SIMBABWE
BOTSWANA
NAMIBIA
Windhoek
Gaborone
Johannesburg
Maputo
MADAGASKAR
Straße von Mosambik
Benguelastrom
W e n d e k r e i s
S Ü D -
A N T I K



Libro II

La teoría de la guerra

Capítulo I

Ramas del arte de la guerra

Guerra en sentido literal significa combate, porque solo el combate es el principio eficaz en la actividad múltiple que en sentido amplio llamamos guerra. Pero el combate es una prueba de la fortaleza de las fuerzas espirituales y físicas, por medio de este. Es evidente por sí mismo que la parte espiritual no puede ser omitida, porque el estado de ánimo tiene la más decisiva de las influencias sobre las fuerzas empleadas en la guerra.

Las necesidades del combate conducen muy pronto a los hombres a invenciones especiales para volcar en su favor las ventajas existentes en él. Como consecuencia de estos inventos, el combate ha sufrido grandes cambios, pero cualquiera sea el camino por el que se lo dirija, su concepto permanece inalterado: combate significa guerra.

Los inventos consisten, en primer lugar, en armas y equipos para los combatientes individuales. Deben ser suministrados y su uso aprendido antes de que comience la guerra. Se los crea de acuerdo con la naturaleza del combate y por lo tanto son gobernados por él; pero, evidentemente, su invención es cosa diferente del combate mismo; es solo la preparación para el combate y no la dirección del mismo. Es evidente que las armas y equipos no son parte esencial del concepto de combate, porque la simple lucha es también combate.

El combate ha determinado todo lo relacionado con las armas y equipos, y estos a su vez modifican el combate. En consecuencia, existe una relación recíproca entre ambos.

No obstante, el combate sigue siendo una forma bastante especial de actividad, tanto más cuanto que se mueve dentro de un elemento muy específico, el elemento del peligro.



Por lo tanto, si en alguna parte existe la necesidad de trazar una línea entre dos actividades diferentes, ese lugar está aquí, y para ver claramente la importancia práctica de esta idea, bastará con recordar cuan a menudo la idoneidad personal que da buenos resultados en un terreno, no se expresa en otros, por grande que sea, sino en la forma de pedantería inútil.

Tampoco es difícil en modo alguno el hacer distingo en su trato entre una actividad y otra, si consideramos a las

---

> "Por ahora, debemos limitarnos a decir que, en relación con el espacio, esto es, en el caso de encuentros simultáneos, la unidad se extiende solo hasta el comando personal, pero en relación con el tiempo, o sea en el caso de encuentros sucesivos, se prolonga hasta que haya terminado por completo la crisis que se produce en todo encuentro."

---

fuerzas armadas y equipadas como medios dados. Para el uso provechoso de esas fuerzas no necesitamos conocer otra cosa que sus resultados principales.

En consecuencia, el arte de la guerra, en su verdadero sentido, es el arte de hacer uso en combate de los medios dados, y a esto no podemos darle nombre mejor que el de *la conducción de la guerra*. Por otra parte, en el más amplio de los sentidos, todas aquellas actividades que existen, por supuesto, para la guerra —todo el proceso de creación de las fuerzas armadas, es decir, el reclutamiento, armamento, equipo y adiestramiento de las mismas— pertenecen al arte de la guerra.

Para formular una teoría justa es fundamental separar esas dos actividades, ya que es fácil advertir que si todo el arte de la guerra consistiera en comenzar con la organización y el adiestramiento de las fuerzas armadas para la conducción de la guerra, de acuerdo con las exigencias d esta, solamente sería posible su aplicación en la práctica a los pocos casos en que las fuerzas realmente existentes fueran exactamente ajustables a esas exigencias. Si, por otra parte, deseamos poseer una teoría que se ajuste a la mayoría de los casos y que sea aplicable a todos, debe tener por fundamento la gran mayoría de los medios comunes en uso de hacer la guerra, y con respecto a esos medios, basarse solo en sus resultados más importantes.

La dirección de la guerra es, por lo tanto, la preparación y conducción del combate. Si este combate fuera un acto único, no habría necesidad de ninguna otra subdivisión. Pero el combate está compuesto de un número más o menos grande de actos aislados, cada uno completo en sí mismo, que llamamos encuentros (como hemos señalados en el Lib. I, cap. I) y que forman nuevas unidades. Surgen de aquí dos actividades diferentes: *preparar y conducir* individualmente estos encuentros aislados y *combinarlos* unos con otros para alcanzar el objetivo de la guerra. La primera es llamada *táctica*, la segunda, *estrategia*.



Esta división en táctica y estrategia se usa ahora en forma bastante general, y todos saben medianamente bien en qué división colocar cualquier hecho aislado, sin necesidad de conocer claramente sobre qué bases se hizo esa división. Pero para que esas divisiones sean adoptadas ciegamente en la práctica, debe haber una razón profunda para ello. Hemos buscado la razón de esto y podemos decir que es solo el uso de la mayoría el que ha hecho que la conozcamos, Por otra parte, debemos considerar como inexistente en el uso corriente aquellas definiciones arbitrarias y fuera de lugar surgidas de la búsqueda hecha por algunos escritores.

Por lo tanto, de acuerdo con nuestra clasificación, la táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra.

De cómo la idea del encuentro aislado e independiente es más concretamente definida y sobre qué condiciones reposa esta unidad, será cosa difícil de aclarar, hasta tanto no examinemos más de cerca el encuentro. Por ahora, debemos limitarnos a decir que, en relación con el espacio, esto es, en el caso de encuentros simultáneos, la unidad se extiende solo hasta el *comando personal*, pero en relación con el tiempo, o sea en el caso de encuentros sucesivos, se prolonga hasta que haya terminado por completo la crisis que se produce en todo encuentro.

El hecho de que puedan producirse casos dudosos, casos en los cuales varios encuentros también pueden ser considerados como uno, no bastará para echar abajo el principio de clasificación que hemos adoptado, porque comparte esa peculiaridad con todos los principios de clasificación cuando se los aplica a las cosas reales que, aunque diferentes, siempre pasan de uno a otro tipo por transiciones graduales. En esta forma podrá haber, por supuesto, casos particulares de acción que puedan también ser considerados, sin que ello implique cambio alguno en nuestro punto de vista, como pertenecientes tanto a la táctica como



a la estrategia, posiciones muy extendidas, por ejemplo, que se asemejan a cadenas de puestos, a la disposición hecha para ciertos cruces de ríos y casos similares.

Nuestra clasificación se refiere y comprende solamente el *uso de las fuerzas armadas*. Pero existe en la guerra cierto número de actividades, subordinadas a ese uso, pero sin embargo diferentes del mismo, que están emocionadas con él más o menos estrechamente. Todas estas actividades se refieren al *mantenimiento de las fuerzas armadas*. Así como la creación y adiestramiento de estas fuerzas precede a su uso, así como su mantenimiento es inseparable de ese uso y es condición necesaria para él. Pero en sentido estricto, todas esas actividades relacionadas entre sí deben ser consideradas siempre como preparativos para el combate. Por supuesto, estas actividades, por estar relacionadas muy estrechamente con la acción, recorren toda la trama de la guerra y aparecen alternativamente durante el uso de las fuerzas. En consecuencia, tenemos el derecho de excluirlas, lo mismo que a otras actividades preparatorias, del arte de la guerra en su sentido restringido, es decir, de la conducción de la guerra propiamente dicha, y debemos, proceder así si queremos cumplir con el principio original de toda teoría: la separación de las cosas que son distintas. ¿Quién incluiría en la conducción misma de la guerra a toda esa serie de cosas tales como la manutención y la administración? Es verdad que están en constante relación recíproca con el uso de las tropas, pero difieren esencialmente de él.

Hemos dicho en el Lib. I, cap. II, que mientras se defina al combate o al encuentro como la única actividad directamente eficaz, los hilos de todas las otras estarán incluidas en él, porque en él terminan. Con esto queremos indicar que de este modo se fija a todas las otras el objetivo, y estas tratan entonces de alcanzarlo de acuerdo con las leyes que les son peculiares. En este punto deberemos dar una explicación más detallada.



Los temas de las actividades restantes, excluyendo el encuentro, son de naturaleza muy variada.

En un aspecto, una parte todavía pertenece al combate mismo, es idéntica a él, mientras que en otro aspecto sirve para el mantenimiento de las fuerzas armadas. La otra parte pertenece exclusivamente al mantenimiento y, como consecuencia de su acción recíproca, solo tiene influencia condicionante sobre el combate por medio de sus resultados.

Aquellos que en un aspecto pertenecen al encuentro son las marchas, los campamentos y los alojamientos, porque los tres implican situaciones diferentes en que pueden encontrarse las tropas, y al referirnos a las tropas, siempre debemos tener presente la idea de un encuentro. Las otras cuestiones que solo pertenecen al mantenimiento son: *abastecimiento, cuidado de los enfermos y suministro y reparación de las armas y equipos.*

Las marchas son por completo idénticas al uso de las tropas. La acción de marcha en el encuentro, llamada generalmente maniobra, no equivale en verdad al uso real de las armas, pero está relacionada con él en forma tan estrecha y necesaria, que forma parte integral de lo que llamamos encuentro. Pero fuera del encuentro, la marcha no es otra cosa que la ejecución de un plan estratégico. Por medio de este plan, se establece *cuándo, dónde y con qué fuerzas* se librará la batalla, y la marcha es el único medio por el cual esto puede llevarse a cabo.

En consecuencia, la marcha es, fuera del encuentro, un instrumento de la estrategia, pero por esa razón no es solo asunto de estrategia, sino que su realización también está gobernada tanto por leyes tácticas como por leyes estratégicas, porque la fuerza que lleva a cabo la marcha implica en todo momento un encuentro posible. Si ordenamos a una columna que siga el camino que queda de este lado de un río o de una cadena de montañas, esta será una medida estratégica, porque contiene la intención de presentar batalla al enemigo en este lado más bien que en el otro, si durante la marcha llegara a ser necesario un encuentro.



Pero si una columna, en lugar de seguir el camino a través del valle, avanza a lo largo de las alturas paralelas al mismo, o por conveniencia de la marcha se divide en Varias columnas, entonces estas serán medidas tácticas, porque se relacionan con la forma como deseamos usar nuestras fuerzas si se produjera un encuentro.

La orden particular de marcha está en relación constante con la disposición para el encuentro, y por lo tanto es de naturaleza táctica, porque no es más que la primera disposición preliminar que puede producirse para el encuentro.

Como la marcha es el instrumento mediante el cual la estrategia dispone sus elementos eficaces, los encuentros, y estos suelen valer solo por sus resultados y no por el curso real que toman, ocurre a menudo que al considerar los encuentros, el instrumento es colocado en lugar del elemento efectivo. Hablamos así de una marcha decisiva, hábilmente concebida, y queremos significar la forma en que fue librado el encuentro al cual condujo esa marcha. Esta sustitución de una idea por otra es demasiado natural y el laconismo de la expresión demasiado conveniente para ser rechazado, pero se trata siempre solo de un encadenamiento condensado de ideas, y al usarlo no debemos dejar de tener presente su significado correcto si no queremos caer en un error.

Tal error consiste en atribuir a las combinaciones estratégicas un poder independiente de los resultados tácticos. Se combinan las marchas y maniobras, el objetivo es alcanzado y sin embargo no se trata de ningún encuentro; la conclusión que extraemos es que existen medios para vencer al enemigo sin que se produzca un encuentro. Solo más adelante podremos mostrar toda la magnitud de este error, tan prolífico en consecuencias.

Pero aunque una marcha pueda ser considerada terminantemente como parte integral del combate, existen sin embargo ciertas cuestiones relacionadas con ella que no pertenecen al combate y que, en consecuencia, no son ni táctica ni estratégica. Estas comprenden todos los preparativos



concernientes simplemente a la comodidad de las tropas, a la construcción de puentes y caminos, etc. Estos son solo requisitos previos; en numerosos casos pueden asemejarse mucho al uso de las tropas y llegar casi a ser idénticos a él, como en la construcción de un puente a la vista del enemigo, pero en sí mismos siempre son actividades extrañas, cuya teoría no forma parte de la teoría de la conducción de la guerra.

Los campamentos, que implican toda disposición de las tropas en concentración, o sea, listas para luchar, son, a diferencia de los alojamientos, lugares donde las tropas descansan y se reponen. Al mismo tiempo implican también la decisión estratégica de presentar batalla en el mismo lugar donde están situados, mientras que la forma en que se los levanta indica ya el plan general del encuentro, condición esta de la cual parte todo encuentro defensivo. Los campamentos son, por lo tanto, partes esenciales de la estrategia y la táctica.

Los alojamientos remplazan a los campamentos para que las tropas puedan recobrarse mejor. Como los campamentos, estos corresponden a la estrategia con respecto a su posición y extensión, y a la táctica con respecto a su organización interna, cuyo propósito es el alistamiento para la batalla.

Los campamentos y alojamientos, además de contribuir a la recuperación de las tropas, tienen generalmente otro objetivo: por ejemplo, la atención de una parte del territorio o el mantenimiento de una posición, Pero también pueden tener solo ese primer objetivo. No debemos olvidar que los objetivos que persigue la estrategia pueden ser extremadamente variados, porque todo lo que parece ser una ventaja puede ser el objetivo de un encuentro, y la conservación del instrumento con el cual se conduce la guerra debe convertirse, muy a menudo, en el objetivo de combinaciones estratégicas particulares.

Por lo tanto, si en un caso así la estrategia provee solamente a la conservación de las tropas, no nos encontraremos por esa razón en un país extraño, por así decir, porque estemos tratando todavía con el uso de la fuerza armada, puesto



que este uso implica toda disposición de aquella fuerza sobre cualquier punto del teatro de la guerra.

Pero si el mantenimiento de las tropas en campamentos y alojamientos pone de manifiesto actividades que no son el uso de las fuerzas armadas propiamente dichas, como la

> "La clase de conocimientos y habilidades comprendidos en los preparativos para la guerra, tendrán que ver con la creación, adiestramiento y mantenimiento de todas las fuerzas armadas... Pero la teoría de la guerra en sí misma no se ocupa del perfeccionamiento de esos elementos sino de su uso para el objeto de la guerra."

construcción de barracas, levantamiento de tiendas, servicios de subsistencias y sanidad en campamentos o alojamientos, esto no forma parte ni de la táctica ni de la estrategia.



Hasta las mismas trincheras, cuya situación y preparación evidentemente forman parte del orden de batalla y son, por lo tanto, cuestión de táctica, no pertenecen a la teoría de la conducción de la guerra con respecto a la *realización de su construcción.* El conocimiento y habilidad necesarios para ese trabajo deben existir de antemano en una fuerza adiestrada. La técnica del encuentro lo da por sentado.

Entre las cuestiones que pertenecen al simple mantenimiento de las fuerzas armadas, porque ninguna parte de ellas es idéntica al encuentro, la que está, sin embargo más próxima a él, es la subsistencia de las tropas porque esta debe funcionar diariamente y para cada individuo. De ese modo es como afecta por completo a la acción militar en las partes que constituyen la estrategia y decirnos "que constituyen la estrategia" porque en un encuentro particular, la alimentación de las tropas muy rara vez tendrá influencia suficientemente fuerte como para modificar el plan del mismo, aunque esto sea bastante concebible. El cuidado por la subsistencia de las fuerzas entrará por lo tanto en acción recíproca principalmente con la estrategia, y en los principales planes generales estratégicos de una campaña o de una guerra, no hay nada más corriente que proyectarlos tomando en consideración esta subsistencia. Pero por más que esta consideración sea tenida en cuenta con frecuencia y por más importante que ella sea, sin embargo, la provisión de subsistencia para las tropas sigue siendo una actividad esencialmente diferente del uso de las tropas, y aquella solo influye en esta por sus resultados.

Las otras ramas de la actividad administrativa que hemos mencionado están mucho más alejadas del uso de las tropas. El cuidado de los enfermos y heridos, a pesar de ser sumamente importante para el bienestar de un ejército, lo afecta en forma directa solo en una pequeña porción de los individuos que lo componen y, en consecuencia, solo tiene influencia débil e indirecta sobre el uso del resto. La renovación y reparación de las armas y equipos, que excepto en lo que se refiere a



la organización de las fuerzas, es una actividad continua inherente a ellas, se produce solo periódicamente y, por lo tanto, muy rara vez afecta los planes estratégicos.

Debemos aquí, sin embargo, cuidarnos de un malentendido. En casos individuales estos asuntos pueden ser realmente de importancia decisiva. La distancia a hospitales y depósitos de municiones puede ser considerada fácilmente como la única base para decisiones estratégicas muy importantes. No queremos discutir este punto ni subestimar su importancia. Pero en este momento nos estamos ocupando no de los hechos concretos de un caso particular, sino de la teoría abstracta. En consecuencia, sostenemos que tal influencia es por demás rara como para darle a la teoría de las medidas sanitarias y del aprovisionamiento de municiones y armas una importancia tal en la teoría sobre la dirección de la guerra, de modo que valga la pena incluir los diferentes métodos y sistemas que puedan proporcionar las teorías mencionadas más arriba, juntamente con sus resultados, como también es ciertamente necesario hacerlo con respecto a la subsistencia de las tropas.

Si revisamos una vez más los resultados de nuestras reflexiones, veremos que las actividades correspondientes a la guerra están divididas en dos clases principales: aquellas que solo constituyen *preparativos para la guerra* y aquellas que son *la guerra misma*. Esta división, en consecuencia, también debe ser hecha en teoría.

La clase de conocimientos y habilidades comprendidos en los preparativos para la guerra, tendrán que ver con la creación, adiestramiento y mantenimiento de todas las fuerzas armadas. Dejamos abierta la cuestión del nombre general que deba dárseles, pero es evidente que entre ellas están incluidas la artillería, la fortificación, las llamadas tácticas elementales y toda la organización y administración de las fuerzas armadas y materias similares. Pero la teoría de la guerra en sí misma no se ocupa del perfeccionamiento de esos elementos sino de su uso para el objeto de la guerra.



Necesita solamente sus resultados, esto es, lo que podríamos llamar el conocimiento de las propiedades principales de los elementos de que se ha apoderado. En sentido limitado, a esto le llamamos "Arte de la guerra" o "Teoría de la dirección de la guerra" o "Teoría del uso de las fuerzas, armadas", todo lo cual significa lo mismo para nosotros.

Esta teoría tratará en consecuencia de los encuentros, como si tuvieran carácter de combate real, y de las marchas, campamentos y alojamientos, como materias más o menos identificadas con ellos. El mantenimiento de las tropas será tenido en consideración únicamente como otras circunstancias dadas en relación con sus resultados y no como actividad perteneciente a la teoría propiamente dicha.

A este arte de la guerra, en su sentido más limitado, se le divide a su vez en táctica y estrategia. La primera está dedicada a la forma de los encuentros aislados y la segunda a sus usos. Ambas tienen que ver con las circunstancias de marchas, campamentos y alojamientos solo en relación con los encuentros, y estas serán tácticas o estratégicas según sea la relación con la forma o con el significado del encuentro.

No cabe duda que habrá muchos lectores que considerarán superflua esta cuidadosa separación de dos cosas que están tan cerca la una de la otra, como son la táctica y la estrategia, porque ello no afecta directamente a la dirección de la guerra en si. Habría que ser en realidad muy pedante para esperar que puedan encontrarse en el campo de batalla efectos directos de una distinción teórica.

Pero la primera tarea de cada teoría es la de aclarar conceptos y puntos de vista que hayan sido confundidos o, podríamos decir, muy embarullados y mezclados. Solamente cuando hayamos llegado a una comprensión respecto a términos y concepciones podremos abrigar la esperanza de avanzar con claridad y con facilidad en el terreno de la discusión de las cosas a que se refieren, y tener la seguridad de que tanto el autor como el lector verán siempre las cosas desde el mismo



punto de vista. La táctica y la estrategia son dos actividades que se penetran mutuamente en el tiempo y en el espacio, pero son también actividades esencialmente diferentes, y a menos que se establezca el concepto claro de la naturaleza de cada una de esas actividades, sus leyes inherentes y sus relaciones mutuas no serán inteligibles para el pensamiento.

Aquel para quien todo esto no signifique nada, deberá repudiar todas las consideraciones teóricas o no preocuparse nunca por estas ideas confusas y su confusión inherente, manteniendo puntos de vista fluctuantes y conducentes a resultados no satisfactorios, a veces oscuros, a veces fantásticos, flotando a veces en hueras generalidades como los que a menudo nos toca escuchar o leer respecto a cómo ha de conducirse la guerra en forma adecuada, debido a que hasta ahora el espíritu de investigación científica apenas si se ha ocupado del tema.



Capítulo II

De la teoría de la guerra

1. Al principio se entendía por “arte de la guerra” solamente la preparación de las fuerzas armadas

Antiguamente se entendía por la expresión “arte de guerra” o “ciencia de la guerra” solo la totalidad de aquellas ramas del conocimiento y la habilidad que conciernen a las cosas materiales. La invención, preparación y empleo de las armas, la construcción de fortificaciones y trincheras, la organización del ejército y el mecanismo de sus movimientos, eran el tema del conocimiento, y la habilidad y el objeto de todas ellas era descrito como una fuerza armada adecuada para la guerra.

Aquí uno tenía que vérselas con cosas concretas y con actividades unilaterales que, en el fondo, no eran otra cosa que actividades que se elevaban gradualmente del trabajo manual hasta el refinado arte mecánico. La relación de todo esto con el combate recordaba mucho más a la que existe entre el arte de forjar espadas y el de esgrimirlas. Hasta ese entonces no se hacía cuestión del empleo del combate en un momento de peligro o en un estado constante de acción recíproca, o de los movimientos reales del pensamiento y del valor en la dirección que se les señalaba.

2. La guerra aparece primero en el arte del asedio

En el arte del asedio es donde, por vez primera, se vio algo respecto de la conducción de la guerra en sí, algo sobre los movimientos del pensamiento a los que eran confiadas esas cuestiones materiales, pero en líneas generales se



evidenció como tal por sus resultados en la medida, en que el pensamiento incorporaba con rapidez esos nuevos objetos materiales, como ser los ataques, trincheras, contraataques, baterías, etc. Lo único que hacía falta era el hilo que enhebrara todas estas creaciones materiales aisladas. Dado que en esta clase de guerra la mente encuentra su expresión casi solamente en esas cosas, la forma de encararlas fue, en consecuencia, más o menos adecuada.

3. Entonces la táctica trató de encontrar su camino en la misma dirección

Más tarde la táctica trató de imponer al mecanismo de sus combinaciones el carácter de un orden universalmente válido y fundado en las propiedades peculiares del instrumento. Sin duda, esto conduce al campo de batalla, pero no a una libre actividad mental. Por el contrario, con un ejército reducido a ser un autómata debido a la formación y el orden de batalla rígido y que se ponía en movimiento solo gracias a la voz de mando se entendía que su actividad debía ser como la del movimiento del reloj.

> “Se aferran a cantidades determinadas, mientras que en la guerra todo es indeterminado, y los cálculos deben ser hechos con cantidades totalmente variables.



Dirigen su atención solo a cantidades materiales, mientras que la acción militar está completamente impregnada de fuerzas y efectos inmateriales. ”

4. La conducción real de la guerra hizo su aparición tan soo en forma incidental y de incógnito

La conducción de la guerra propiamente dicha, el libre uso de medios disponibles, preparados con anterioridad —y decimos libre en el sentido de su adaptabilidad a las necesidades más específicas— se pensó que no podía ser materia de teoría sino que debía ser dejada solamente al talento natural. Gradualmente, así como se pasó de la guerra de los encuentros cuerpo a cuerpo de la Edad Media a una forma más regular y compuesta, las reflexiones erróneas sobre esta materia, es cierto, también se impusieron en la mente de los hombres, pero en la mayor parte de los casos, solamente aparecieron en memorias y narraciones, en forma incidental y, por así decirlo, de incógnito.

5. Las reflexiones sobre acontecimientos militares hicieron sentir la necesidad de una teoría

A la vez que esas reflexiones se hicieron más numerosas y la historia adquirió carácter cada vez más crítico, surgió la necesidad urgente de tener principios y reglas básicas que pusieran fin, en alguna forma, a la controversia que, como es natural, se había entablado respecto a la historia



militar, resultado del conflicto de opiniones. Ese remolino de opiniones, sin punto central sobre el cual girar y sin leyes perceptibles a las cuales obedecer, no podía sino desagradar a la mente humana.

6. Intentos para establecer una teoría positiva

Surgió entonces el intento de establecer principios, reglas y hasta sistemas para la conducción de la guerra. Se estableció, pues, un fin positivo, sin que se tuvieran en vista en forma apropiada las innumerables dificultades que, en relación con esto, ofrece la conducción de la guerra. La conducción de la guerra no tenía, como lo hemos demostrado, límites fijos en dirección alguna. No obstante, cada sistema, cada construcción teórica posee la naturaleza limitante de una síntesis, y el resultado es una oposición irreconciliable entre tal teoría y la práctica.

7. Limitación a los objetivos materiales

Los escritores de teorías experimentaron muy pronto las dificultades del tema y encontraron justificación para evitarlo una vez más, confinando sus principios y sistemas a las cosas materiales y a una actividad unilateral. Deseaban, como en las ciencias que tratan de la preparación para la guerra, llegar a resultados perfectamente establecidos y positivos y, como resultado de ello, tomar en consideración solamente aquello que pudiera convertirse en materia de cálculo.

8. La superioridad numérica

La superioridad numérica, siendo algo material, fue elegida de entre todos los otros factores productores de victorias, debido a que mediante combinaciones de tiempo y espacio, podía ser sometida a las leyes matemáticas. Se pensó que era



posible considerarla separada de cualquier otra circunstancia, mediante la suposición de creer que era igual por ambos lados y que, en consecuencia, producía una neutralización mutua. Esto habría sido bastante correcto si se hubiera tenido la intención de hacerlo temporariamente, con el propósito de estudiar ese único factor en sus relaciones, pero hacerlo en forma permanente —considerar la superioridad numérica como la ley única y pensar que todo el secreto de la guerra estaba en la fórmula: *lograr superioridad numérica en cierto lugar, en determinado momento*— era una restricción absolutamente insostenible frente a la fuerza de la realidad.

9. Subsistencia de las tropas

En un desarrollo teórico, se intentó sistematizar aún otro elemento material, haciendo de la subsistencia de las tropas, sobre la base presupuesta de cierto carácter orgánico del ejército, el árbitro supremo en la alta conducción de la guerra. Por este camino se llegó ciertamente a cifras definidas, pero eran cifras basadas en un cúmulo de suposiciones bastante arbitrarias, que no podían sufrir la prueba de la experiencia.

10. La base

Un autor ingenioso trató de aunar en una sola concepción, la de base, todo un conjunto de cosas entre las que también se abrieron camino algunas relaciones con las fuerzas mentales y morales. La lista comprendía la subsistencia del ejército, el mantenimiento de su número y equipo, la seguridad de las comunicaciones con su propio país y, finalmente, la seguridad de la retirada en el caso que se hiciera necesaria. Primero, trató de sustituir esta concepción de una base por la de todas esas funciones separadas y luego, nuevamente, por la base misma para que sustituyera a la magnitud dé la base, y finalmente al ángulo que las fuerzas armadas formaban con esta base; y todo



esto, tan solo para llegar a puros resultados geométricos, lo que carece casi de valor. En efecto, esto último es inevitable, si consideramos que no es posible hacer ninguna de esas sustituciones sin violentar la verdad y sin dejar afuera alguna de las cosas que estaban incluidas en las concepciones iniciales. Para la estrategia, la concepción de una base es una necesidad real y el concebirla tiene su mérito, pero hacer tal uso de ella, como el que hemos indicado, es casi inadmisible, y solo podría conducir a conclusiones unilaterales, que es lo que ha forzado a esos teóricos hacia una dirección absolutamente absurda, a una creencia, por ejemplo, la de la eficacia superior de la forma envolvente de ataque.

11. Las líneas interiores

Como una reacción contra esta falsa tendencia, se dio preponderancia a otro principio geométrico o sea el de las llamadas líneas interiores. Este principio descansa sobre una base justa y verdadera, la de que el encuentro es el único medio eficaz en la guerra, pero, sin embargo, debido justamente a su naturaleza puramente geométrica, no es más que otro ejemplo de la teoría unilateral que no puede regir la vida real.

12. Todos estos intentos son incorrectos

Todos estos intentos por formular una teoría deben ser considerados como progresos en el dominio de la verdad, solo en la medida en que son analíticos; en la medida en que son sintéticos debe considerárselos completamente inútiles en sus preceptos y en sus reglas.

Se aferran a cantidades determinadas, mientras que en la guerra todo es indeterminado, y los cálculos deben ser hechos con cantidades totalmente variables.





Dirigen su atención solo a cantidades materiales, mientras que la acción militar está completamente impregnada de fuerzas y efectos inmateriales.

Consideran la acción solo unilateralmente, mientras que la guerra es una acción recíproca constante entre un bando y el otro.

13. Sus reglas no tienen en cuenta al genio

Todo esto era inasequible para esta sabiduría mezquina que descuidaba todos los elementos, excepto uno que está fuera de los límites de la ciencia. Se trataba, de acuerdo con ellos, del campo del genio, que *se eleva por sí mismo por encima de todas las reglas.*

¡Ay del guerrero que tuviera que arrastrarse en ese pobre reino de las reglas, sin valor para el genio, a las que se considera superior y de las que en todo caso puede burlarse! Lo que el genio haga será siempre la mejor de todas las reglas, y la teoría no puede hacer nada mejor que mostrar cómo y por qué esto es así.

¡Ay de la teoría que se opusiera a las fuerzas mentales y morales! No podrá compensar esta contradicción con sumisión alguna, y cuanto más sumisión, y cuanto más sumisa sea, tanto más pronto el menosprecio y el ridículo la apartarán de la vida real.

14. Dificultades de la teoría tan pronto como consideramos las magnitudes mentales y morales

Toda teoría se torna infinitamente más difícil desde el momento en que trata con magnitudes mentales y morales. La arquitectura y la pintura conocen exactamente su lugar, mientras tengan que entendérselas solo con la materia; no hay discusiones acerca de la construcción óptica y mecánica. Pero toda esta serie de reglas se diluye en ideas vagas tan pronto como empiezan a actuar los efectos



mentales y morales, tan pronto como aparecen impresiones y sentimientos mentales y morales.

El arte de la medicina trata, en su mayor parte, solo de fenómenos físicos; tiene que vérselas con el organismo animal que está sujeto a cambios continuos y que no es nunca enteramente igual en dos momentos diferentes. Esto hace muy difícil su tarea y coloca el juicio del médico por encima de su conocimiento. ¡Cuánto más difícil es el caso, entonces, si intervienen efectos mentales y morales, y cuan superior deberemos considerar al médico del alma!

15. En la guerra no pueden ser excluidas las magnitudes mentales y morales

Pero en la guerra, la actividad nunca es dirigida únicamente contra la materia; es dirigida siempre, al mismo tiempo, contra la fuerza mental y moral que da vida a esa materia, y es imposible separar una de la otra.

Pero las magnitudes mentales y morales son visibles únicamente para la percepción interior, y esta es diferente en cada persona y a menudo varía en la misma persona en diferentes épocas.

Como el peligro es, en la guerra, el elemento dentro del cual se desarrolla toda la acción, nuestro juicio es infinito en diversa forma, principalmente por el valor, por el sentimiento de nuestra propia fuerza. El valor es, por decirlo así, la lente a través de la cual pasan todas las imágenes antes de llegar a la inteligencia.

Y sin embargo, no podemos dudar de que estas cosas han de adquirir cierto valor objetivo, aunque solo fuera a través de la experiencia.

Todo el mundo conoce los efectos morales de una sorpresa, de un ataque por el flanco o por la retaguardia. Todo el mundo piensa que disminuye el valor del enemigo tan pronto como este retrocede, y todo el mundo se arriesgan mucho mas cuando



persiguen, que cuando son perseguidos. Todo el mundo juzga a su oponente por su supuesta capacidad, por su edad y su experiencia y actúa de acuerdo con ello. Todo el mundo dirige una mirada crítica a la moral y al espíritu de sus propias tropas y a las del enemigo. En el dominio de la naturaleza mental y moral del hombre, todos esos efectos y otros similares han sido comprobados por la experiencia y se repiten constantemente. Por lo tanto se justifica que los consideremos en su género como magnitudes reales. ¿Qué quedaría, pues, de una teoría que quisiera ignorarlos?

Pero estas verdades deben ser, evidentemente, refrendadas por la experiencia. Ninguna teoría, ningún general, se ocuparía de sofismas psicológicos y filosóficos.

16. Dificultad principal de una teoría de la conducción de la guerra

Para comprender claramente la dificultad del problema involucrado en una teoría de la conducción de la guerra y para deducir de ahí el carácter necesario de dicha teoría, debemos examinar más de cerca las principales características que determinan la naturaleza de la acción militar.

17. Primera característica: fuerzas y efectos mentales y morales. *(Sentimiento hostil)*

La primera de esas características consiste en las fuerzas y en los efectos mentales y morales.

Por su origen el combate es la expresión de un *sentimiento hostil*, pero en nuestros grandes combates, que llamamos guerras, el sentimiento hostil se convierte, a menudo, simplemente en una *intención* hostil, y al menos generalmente no existe sentimiento hostil de un individuo contra el otro. Sin embargo, el combate no se produce nunca sin que actúen tales sentimientos. El odio nacional, que falta rara vez en nuestras guerras, se convierte en



un sustituto más o menos poderoso de la hostilidad personal de un individuo hacia el otro. Pero cuando este también falta y la animosidad no existe al principio el combate mismo es el que enciende el sentimiento hostil. Si por orden de su superior alguien realizara un acto de violencia lucia nosotros, excitaría nuestro deseo de desquitarnos y de vengarnos más pronto de él que del poder superior bajo cuyo mando ese acto fue realizado. Esto es humano —animal, si ustedes quieren—, pero es un hecho. Teóricamente, estamos inclinados a considerar el combate como una prueba abstracta de fuerza, como un fenómeno aislado en el cual no intervienen los sentimientos. Este es uno de los miles de errores en que las teorías caen deliberadamente, porque nunca ven las consecuencias de los mismos.

Además de esa excitación de sentimientos que surge de la propia naturaleza del combate, hay también otros que no pertenecen esencialmente al mismo —ambición, deseo de dominación, entusiasmos de toda clase, etc. —, pero que pueden asociársele fácilmente por su naturaleza afín.

18. Las impresiones del peligro. *(Valor)*

Por último, el combate origina el elemento peligro, en el cual han de vivir y desarrollarse todas las actividades de la guerra, como lo hace el pájaro en el aire y el pez en el agua. Sin embargo, los efectos del peligro incluyen en las emociones, ya sea de modo directo, es decir, instintivamente o por medio de la inteligencia. En el primer caso, el efecto sería el deseo de escapar al peligro, y si esto no pudiera lograrse el efecto sería el miedo y la inquietud. Si este efecto no se produjera, el *valor* actuaría entonces como un contrapeso para ese instinto. Sin embargo, el valor no es en forma alguna un acto de la inteligencia, sino un sentimiento, al igual que el miedo; este último persigue la preservación física, mientras que el valor busca la preservación moral. El valor es un instinto más noble. Pero precisamente por ser así, no puede usársele como instrumento inanimado, que



produce sus efectos en grado exactamente predeterminado. Por lo tanto, el valor no es un simple contrapeso que neutraliza los efectos del peligro, sino una magnitud en sí mismo.

19. Alcance de la influencia del peligro

Más para poder apreciar correctamente, en la guerra, la influencia del peligro sobre los jefes, no debemos limitar su esfera de acción al peligro físico del momento. El peligro domina al jefe, no solo al amenazarlo personalmente sino también al amenazar a todos aquellos que han sido colocados bajo sus órdenes; no solo en el momento en que se hace presente en realidad, sino por medio de la imaginación en todos los otros momentos relacionados con el presente, y, por último, no solo directamente, por sí mismo, sino también indirectamente, por la responsabilidad que hace que, en la mente del jefe, el peligro tenga un peso diez veces mayor. ¿Quién podría aconsejar o decidir una gran batalla sin sentir su mente más o menos excitada y paralizada por el peligro y la responsabilidad que implica ese gran acto de decisión? Podemos decir que la acción en la guerra, siempre que se trate de acción verdadera y no de simple continuidad, no se encuentra nunca completamente fuera de la esfera del peligro.

20. Otras fuerzas emotivas

Si consideramos como peculiares a la guerra esas fuerzas emotivas que son excitadas por la hostilidad y el peligro, no podemos excluir de ella, por lo tanto, todas las otras que acompañan al hombre durante su vida. Aquí también a menudo encontrarán lugar esas fuerzas, ti verdad que, en esta seria tarea de la vida, se callan muchas mezquinas manifestaciones de pasiones; pero se aplica solo a los que se encuentran en los grados inferiores, los cuales, empujados de un estado de esfuerzo y de peligro a otro, pierden de vista toda otra cosa en



la vida, no se acostumbran al engaño, porque de nada les sirve frente a la muerte y alcanzan así esa simplicidad soldadesca de carácter, que ha sido siempre la cualidad mejor y más característica de la profesión militar. Otra cosa ocurre en los grados superiores porque cuanto más elevada es la posición de un hombre, tanto más tiene que preocuparse de sí mismo. Allí surgen por todas partes los intereses y la actividad múltiple de pasiones, buenas y malas. La envidia y la nobleza de espíritu, el orgullo y la humildad, la cólera y la ternura, todas pueden aparecer como fuerzas activas en el gran drama.

21. Cualidades mentales

Junto a sus cualidades morales, las cualidades mentales de un jefe son también de gran importancia. Pueden esperarse cosas muy diferentes de una mente imaginativa, extravagante e inexperta o bien de una inteligencia serena y poderosa.

22. La diversidad de caminos que conducen al fin que se tiene en vista, surge de la diversidad de individualidades mentales y morales

La diversidad de caminos para alcanzar nuestro fin, señalada en el Libro I, es producida principalmente por esta gran diversidad en las individualidades mentales y morales, cuya influencia se hace sentir sobre todo en los grados superiores, porque aumenta a medida que ascendemos en la escala jerárquica. Es esto también lo que hace que el juego de la suerte y la probabilidad participe en forma tan desigual en la determinación de la marcha de los acontecimientos.

23. Segunda cualidad: reacción rápida

La segunda cualidad en un soldado es su rápida reacción y la acción recíproca que esta origina. No nos referiremos aquí



a la dificultad de calcular dicha reacción, puesto que esto va incluido en la dificultad ya mencionada, de tener que tratar con cualidades mentales y morales consideradas como magnitudes. Lo que debemos tener presente es el hecho de que la acción recíproca se rebela contra toda regularidad. El efecto que cualquier medida produce sobre el enemigo es el más particular de todos los casos que figuran entre los datos necesarios para la acción. Pero toda teoría debe atenerse estrictamente a las categorías de fenómenos y no puede ocuparse nunca del caso realmente individual; este debe quedar librado siempre al discernimiento y a la capacidad. Por lo tanto, es natural que, en asuntos como los de la guerra, cuyo plan, trazado con tanta frecuencia sobre circunstancias generales, es alterado por lo imprevisto, los acontecimientos particulares deban dejarse librados generalmente al talento, y en tales casos la *guía teórica* será menos usada que en cualquier otro.

24. Tercera cualidad: la incertidumbre de los datos

Por último, la gran incertidumbre de todos los datos en la guerra es una dificultad característica, porque, hasta cierto punto, la acción debe ser dirigida prácticamente a oscuras, lo que, además, como la niebla y la luz de la luna, da frecuentemente a las cosas medida exagerada y apariencia grotesca.

Todo aquello que esta débil luz niegue a la clara visión, o debe ser adivinado por el talento o debe quedar librado a la suerte. Es así cómo, una vez más, el talento o el simple azar de la fortuna, deberán servirnos de guía a falta de un conocimiento objetivo.

25. Es imposible un sistema positivo de reglas

Siendo esta la naturaleza del sujeto, debemos admitir que sería imposibilidad pura gracias a una estructura de reglas positivas, al proporcionar al arte de la guerra un andamiaje,



por así decirlo, que habría de apuntalar por todos los lados al jefe. En todos estos casos, en los cuales queda librado a su capacidad, el jefe se encontrará fuera de este armazón de reglas y en oposición al mismo. Por variada que pueda ser su construcción, se obtendrá un resultado idéntico a aquel del cual ya hemos hablado. El talento y el genio actuarían por encima de la ley y la teoría se convertiría en opuesta a la realidad.

26. Posibilidades para esbozar una teoría. *(Las dificultades no son siempre de igual magnitud)*

Se presentan ante nosotros dos maneras de salir de esta dificultad. En primer lugar, lo que hemos dicho sobre la naturaleza de la acción militar en general, no cuadra del mismo modo a la acción en todos sus grados. En los grados inferiores, se requiere mayor coraje para la abnegación, pero son infinitamente menores las dificultades que afrontan la inteligencia y el juicio. El terreno de los acontecimientos es mucho más limitado. Es menor el número de fines y de medios. Los datos son más precisos y, en la mayor parte de los casos, hasta aparecen en cosas realmente visibles. Pero mientras más alto ascendamos, mayores serán las dificultades, que culminarán cuando lleguemos al comandante en jefe, a tal punto que cuando de él se trate, casi todo habrá de quedar supeditado al genio.

Pero, una división del tema, *de acuerdo con la naturaleza intrínseca de sus elementos* muestra también, que las dificultades no son las mismas en todas partes, sino que disminuyen en la medida en que los efectos se ponen de manifiesto en el mundo material y aumentan en la medida en que pasan a serlo de lo mental y moral, y se transforman en motivos determinantes de la voluntad. En mérito a esto, es más fácil determinar el orden, el plan y la dirección de un encuentro mediante reglas teóricas que determinan el uso a hacerse del encuentro en sí mismo. En el encuentro, las armas materiales se entrechocan y si bien no es posible que estén ausentes los elementos mentales y morales,



también es cierto que hay que permitirle a la materia sus derechos. Pero en los efectos del encuentro, cuando los resultados materiales pasan a ser motivos, solo tenemos que vérnosla con elementos mentales y morales. En una palabra, es mucho más fácil ofrecer una teoría para la *táctica* que para la *estrategia*.

27. La teoría debe ser una observación, no una doctrina

El segundo punto de partida para la posibilidad de una teoría es el de adoptar el punto de vista de que no hace falta que sea un cuerpo de reglas positivas, es decir, que no hace falta que sea una *guía* para la acción. Cada vez que una actividad en su mayor parte tenga que ver continuamente con las mismas cosas, con los mismos fines y medios, si bien con pequeñas diferencias y la correspondiente variedad de combinaciones, esas cosas deberán estar dotadas de la capacidad de transformarse en objetos de observación mediante la razón. Sin embargo, tal observación constituye la parte más esencial de cada *teoría* y reclama muy apropiadamente ese nombre. Es una investigación analítica del sujeto; conduce a un conocimiento exacto del sujeto y si tuviera que basarse en la experiencia, que en nuestro caso sería historia militar, nos llevaría a una completa familiaridad con él.

Mientras más cerca esté de la obtención de este último objetivo, mayor será su paso de la forma objetiva de conocimiento a la forma subjetiva de poder; y, en consecuencia, demostrará mucho más su efectividad en casos en que la naturaleza de la cosa no admita otra decisión que aquella del talento; tendrá efectos sobre el talento mismo. Si la teoría investiga las cosas que constituyen la guerra; si separa más claramente aquello que a primera vista parece confuso; si explica totalmente las propiedades de los medios; si hace ver sus probables efectos; si define con claridad la naturaleza de los fines en vista; si arroja sobre todo el campo de la guerra la luz de una observación crítica deliberada, ha logrado el objetivo principal en la tarea



que le corresponde. Entonces se convierte en guía para todo aquel que quiera familiarizarse con la guerra a través de los libros, y en todo momento le iluminará el camino, facilitará sus progresos, educará su juicio y evitará que se desvíe.

Si un experto dedica la mitad de su vida al intento de esclarecer en todos sus detalles, un asunto oscuro, llegara probablemente a conocer más sobre el tema, que una

"Por lo tanto, es natural que, en asuntos como los de la guerra, cuyo plan, trazado con tanta frecuencia sobre circunstancias generales, es alterado por lo imprevisto, los acontecimientos particulares deban dejarse librados generalmente al talento, y en tales casos la *guía teórica* será menos usada que en cualquier otro."

persona que trate de conocerlo en poco tiempo. La teoría, en consecuencia, existe a fin de que cada persona no tenga que explorar el terreno y estudiarlo otra vez, sino que pueda encontrarlo ya despejado y en orden. Tendrá que educar la mente del futuro jefe en la guerra o por lo menos, guiarlo en su autoeducación, pero no acompañarlo al campo de batalla. Del mismo modo un tutor inteligente guía y ayuda el desarrollo intelectual del joven, sin que por ello lo tenga en andadores para el resto de su vida.

Si los principios y las reglas se ponen de manifiesto por las observaciones que instituye la teoría; si su propia verdad cristaliza en esas formas, entonces la teoría no se opondrá a esta ley natural del pensamiento. Por el contrario, si el arco termina en esa clave; le dará mayor prominencia, pero lo hará solamente para satisfacer la ley filosófica del pensamiento de modo de demostrar con claridad el punto de vista hacia el cual convergen todas las líneas, y no con el propósito de construir sobre esa base una fórmula algebraica para ser usada en el campo de batalla. Porque hasta esos principios y reglas tienen más valor para determinar en la mente reflectora las características principales de sus movimientos acostumbrados que, a manera de semáforos, señalan la vía que habrá de tomarse para su ejecución.

Este punto de vista hace posible una teoría satisfactoria de la dirección de la guerra, es decir, una teoría que será útil y no estará nunca en contradicción con la realidad, y su conciliación con la práctica dependerá tan solo de su manejo inteligente, de modo que no existirá ya esa diferencia absurda entre teoría y práctica, producida a menudo por teorías erróneas, divorciadas del sano sentido común, y que han sido frecuentemente utilizadas por mentes ignorantes y de criterio estrecho como pretexto para continuar en su ineptitud congénita.



28. La teoría, por lo tanto, considera la naturaleza de los fines y los medios fines y medios en la táctica

La teoría, por lo tanto, tiene que considerar la naturaleza de los medios y los fines.

En la táctica, los medios los constituyen las fuerzas armadas adiestradas, que han de librar el combate. El fin es la victoria. Mas adelante, al considerar el encuentro, explicaremos esta idea en forma más precisa. Por ahora nos limitaremos a caracterizar la retirada del enemigo del campo de batalla como una señal de victoria. Por medio de esta victoria, la estrategia logra el objetivo señalado para el encuentro, el cual constituye su significado real. En verdad, este significado tiene una influencia indudable en la naturaleza de la victoria. Una victoria que tenga por objeto debilitar a las fuerzas del enemigo es diferente de la que se propone simplemente dominar una posición. Por lo tanto, el significado de un encuentro puede tener influencia notable en su planeamiento y dirección; en consecuencia, es un asunto que también tendrá que ser considerado dentro de la táctica.

29. Circunstancias que acompañan siempre al empleo de los medios

Dado que existen ciertas circunstancias que acompañan constantemente al encuentro y ejercen sobre él mayor o menor influencia, debemos también tomarlas en consideración en el empleo de las fuerzas armadas.

Estas circunstancias son: el lugar del encuentro (terreno), la hora del día y el estado del tiempo.

30. El lugar

El lugar, que preferimos limitar a la idea de región y terreno, podría no tener, estrictamente hablando, influencia alguna, si el encuentro se produjera sobre una llanura sin cultivar y



completamente uniforme.

Ese caso puede ocurrir en regiones cubiertas de estepas, pero en las comarcas Cultivadas de Europa es casi una ficción imaginativa. En consecuencia, entre naciones civilizadas, difícilmente puede concebirse un encuentro en el cual la región y el terreno no tengan influencia.

31. La hora del día

La hora del día influye en el encuentro por la diferencia existente entre el día y la noche; pero la influencia se extiende naturalmente, más allá de los simples límites de estas divisiones, puesto que cada encuentro tiene cierta duración y las grandes batallas tienen muchas horas de duración. Al planear una gran batalla, el que esta empiece por la mañana o por la tarde constituye una diferencia esencial. Sin embargo, en muchas batallas la cuestión de la hora casi no tiene importancia y en la mayoría de los casos su influencia es insignificante.

32. Estado del tiempo

Resulta aún mucho más raro que el tiempo ejerza cierta influencia decisiva, y en la mayoría de los casos, esto solo ocurre cuando hay neblina.

33. Fines y medios en la estrategia

La victoria, es decir el buen éxito táctico, en primer lugar es para la estrategia solamente un medio, y los factores que conducirían directamente a la paz, constituyen su objetivo final. El empleo de ese medio para alcanzar el objetivo, va acompañado también de circunstancias que tienen más o menos influencia sobre él.



34. Circunstancias que acompañan el empleo de los medios de la estrategia

Estas circunstancias son: la región y el terreno, incluyendo el primero el territorio y los habitantes del teatro total de la guerra; luego, la hora del día y la época del año y, por último, el tiempo, particularmente, en sus estados menos comunes, heladas rigurosas, etc.

35. Estas circunstancias posibilitan nuevos medios

Combinando estos factores con el resultado de un encuentro, la estrategia —y por lo tanto el encuentro— dan un significado particular a este resultado, *asignándole un objetivo especial*. Pero este objetivo habrá de ser considerado como un medio, por cuanto no conduce directamente a la paz, y es, en consecuencia, un objetivo subordinado. Por lo tanto, en la estrategia, los encuentros afortunados o victorias, con todos sus significados diferentes, han de ser considerados como medios. La conquista de una posición es el buen éxito de un encuentro aplicado al terreno. Pero no solo han de ser considerados como medios los diferentes encuentros con sus fines particulares. Siempre que en la combinación de los encuentros para asegurar un fin común se ponga de manifiesto un discernimiento más profundo, este ha de ser también considerado como un medio. Una campaña de invierno es una combinación de ese tipo aplicada a la época del año.

Por lo tanto, quedarán solo como objetivos los que conduzcan *directamente* a la paz. La teoría investiga todos estos fines y medios, de acuerdo con la naturaleza de sus efectos y de sus relaciones recíprocas.

36. La estrategia solo toma de la experiencia los fines y medios que han de ser investigados

La primera pregunta es la siguiente: ¿Cómo llega la estrategia a una enumeración completa de estas cosas? Si la investigación filosófica hubiera de conducir a un resultado absoluto, se enredaría en todas las dificultades que excluyen la necesidad lógica de la dirección de la guerra y de su teoría. Por lo tanto, recurre a la

> “La conquista de una posición es el buen éxito de un encuentro aplicado al terreno. Pero no solo han de ser considerados como medios los diferentes encuentros con sus fines particulares. Siempre que en la combinación de los encuentros para asegurar un fin común se ponga de manifiesto un discernimiento más profundo, este ha de ser también considerado como un medio.”

experiencia, y dirige su atención hacia esos precedentes que ya ha señalado la historia militar. En esta forma, se tratará, sin duda, de una teoría limitada, que se ajuste solamente a las circunstancias, tal como las presenta la historia militar. Pero, desde el comienzo, esta limitación es inevitable, debido a que, aquello que la teoría diga de las cosas en cada caso, tiene que haber sido sacado de la historia militar o, por lo menos, comparado con esa historia. Además, tal limitación es, en todo caso, más teórica que real.

Una de las grandes ventajas de este método es la de que la teoría no puede perderse en sutilezas, artificios y quimeras, sino que debe continuar siendo práctica.

37. Hasta dónde debería llegar el análisis de los medios

Esta es otra de las cuestiones: ¿hasta dónde debería llegar la teoría en los análisis de los medios? Evidentemente, que solo hasta el punto en que los diferentes componentes se hagan presentes para su consideración en el uso. El alcance y los efectos de las distintas armas tienen mucha importancia para la táctica; su construcción, aunque tales efectos resulten de la misma, es cuestión que no interesa en absoluto. Porque la conducción de una guerra no consiste en la producción de pólvora y cañones sobre la base de determinadas cantidades de carbón vegetal, azufre y salitre, de cobre y estaño; las cantidades dadas para la conducción de la guerra son las armas ya terminadas y sus efectos. La estrategia hace uso de mapas, sin preocuparse por la trigonometría; no investiga qué instituciones debe tener un país y cómo debe ser educado y gobernado un pueblo para que dé los mejores resultados en la guerra, sino que toma esas cosas tal como las encuentra en la comunidad de estados europeos y señala dónde la existencia de condiciones muy diferentes tiene influencia notable sobre la guerra.



38. Necesidad de una gran simplificación del conocimiento

De este modo, es fácil advertir que está grandemente simplificado el número de materiales para la teoría y enormemente limitado el conocimiento requerido para la conducción de la guerra. La variedad muy numerosa de conocimientos prácticos y de habilidad que se suministra a la actividad militar en general, y que es necesaria antes de que entre en acción un ejército completamente equipado, se une en unos cuantos grupos principales, antes de alcanzar el punto en que se obtenga en la guerra la finalidad última de su utilización, del mismo modo que las corrientes de agua de un país se unen en ríos antes de ir a dar al mar.

El estudioso que desee dirigir el curso de estas actividades, solo debe familiarizarse con las que desembocan directamente en el mar de la guerra.

39. Esto explica por qué se forman tan rápidamente los grandes generales y por qué los generales no son hombres de estudio

El resultado de nuestra investigación es, en efecto, tan necesario, que cualquier otro no podría sino hacernos perder confianza en su exactitud. Solamente así se explica que muy a menudo hayan aparecido hombres, hasta en las jerarquías elevadas y aun en el comando supremo, que lograron grandes éxitos en la guerra, aunque sus actividades previas habían sido de una naturaleza totalmente diferente; que los más descollantes generales nunca surgieron de entre la clase de oficiales más instruidos o realmente eruditos sino que en su mayoría fueron hombres que por las posiciones en que se encontraban, no tuvieron oportunidad de alcanzar un gran nivel de conocimiento. Es por es que los que han considerado necesario, o por lo menos útil, comenzar la educación de los



futuros generales mediante una detallada enseñanza, siempre han sido ridiculizados como pedantes absurdos. Es muy fácil demostrar que este curso les sería pernicioso, debido a que la mente humana se forma con el tipo de conocimientos que se imparte y por la dirección que se imprima a sus ideas. Únicamente lo que es grande puede hacer su grandeza; lo pequeño determinará solo su pequeñez, si es que la mente no lo rechaza como a algo que le repugne.

40. Primera contradicción

Debido a que no se tuvo en cuenta esta simplicidad del conocimiento requerido en la guerra, sino que este conocimiento fue confundido con todo el enfadoso conjunto de conocimientos y habilidades subordinadas de que está provisto, solo pudo reconciliarse la contradicción obvia en que cayó con los hechos del mundo real, atribuyéndole todo al genio, que no necesita teoría y para el cual no se suponía que debiera haberse escrito la teoría.

41. Por esta razón fue negado el uso del conocimiento y todo fue atribuido al talento natural

Las personas dotadas de sentido común comprendieron cuan enorme era la distancia que separaba al genio de orden superior del pedante ilustrado. En cierto modo se convirtieron en autodidactas, rechazaron toda creencia en la teoría y sostuvieron que la conducción de la guerra era una función natural del hombre, que él ejecuta más o menos bien de acuerdo con las aptitudes mayores o menores que posea para esa tarea. No puede negarse que estos estaban más cerca de la verdad que los que asignaban valor al falso conocimiento, pero al mismo tiempo es fácil advertir que dicho punto de vista no es más que una exageración. No existe actividad alguna de la inteligencia humana sin cierto caudal de ideas, y, por lo menos en su mayor parte, estas no son innatas sino



adquiridas y constituyen el conocimiento. Por lo tanto, la única pregunta que restaría es la de cuáles deberían ser estas ideas, y creemos haberla contestado al decir que para la guerra habrían de ser aquellas dirigidas hacia esas cosas que, en la guerra, conciernen al hombre en forma inmediata.

42. El conocimiento debe variar con el grado

En el campo de la actividad militar, el conocimiento requerido debe variar de acuerdo con la posición del jefe. Si ocupa una posición inferior, el conocimiento debe estar dirigido hacia objetivos menos importantes, y más limitados, mientras que, si su posición es más elevada, los objetivos serán mayores y más amplios. Muchos comandantes en jefe no hubieran sobresalido si hubieran estado al mando de un regimiento de caballería y viceversa.

43. En la guerra el conocimiento es muy simple, pero no muy fácil

Pero aunque en la guerra el conocimiento es muy simple, es decir, está relacionado con muy pocos asuntos y los abarca solamente en sus resultados finales, en realidad, el llevarlo a la práctica no es muy fácil. Ya nos hemos referido en el Libro I a las dificultades a que generalmente está sujeta la acción en la guerra; pasaremos aquí por alto aquellas que pueden ser superadas solo por el valor y sostendremos que la actividad adecuada de la inteligencia solamente es simple y fácil en las posiciones inferiores, pero sus dificultades aumentan a medida que nos elevamos de grado, y la posición más elevada, la del general en jefe, es considerada entre las cosas más difíciles de realizar de que es capaz la mente humana.



44. La naturaleza de este conocimiento

El jefe de un ejército no necesita ser ni un historiador erudito, ni un publicista, pero debe estar familiarizado con los asuntos más importantes de estado; debe conocer y ser capaz de juzgar correctamente las tendencias tradicionales, los intereses en peligro, los asuntos en disputa y las personalidades sobresalientes. No necesita ser un observador sutil de los hombres, ni un hábil director de caracteres humanos, pero debe conocer el carácter, la manera de pensar y los hábitos, y los puntos fuertes y débiles característicos de aquellos a quienes ha de dirigir. No necesita entender nada de la construcción de un vehículo ni de enjaezar cabalgaduras, pero ha de saber cómo calcular exactamente, bajo diferentes circunstancias, la marcha de una columna, de acuerdo con el tiempo que esta requiera. Estas son clases de conocimientos que no pueden obtenerse mediante un aparato de fórmulas y maquinarias científicas; solamente pueden ser adquiridos por medio de un juicio preciso para observar las cosas en la vida y de un talento especial para comprenderlas.

Por lo tanto, el conocimiento necesario para una posición elevada en la actividad militar se distingue por el hecho de que solamente puede ser adquirido mediante un talento especial para la observación, es decir, para el estudio y la reflexión, el cual, como instinto intelectual, sabe cómo extraer solo la esencia de los fenómenos de la vida, del mismo modo que las abejas preparan la miel, cuya esencia han extraído de las flores. Este instinto también puede ser adquirido por la experiencia de la vida, tanto como por el estudio y la reflexión. La vida, con sus ricas enseñanzas, no producirá nunca un Newton o un Euler, pero puede muy bien producir el poder superior de cálculo poseído por un Conde o un Federico.

Por lo tanto, no es necesario que para defender la dignidad intelectual de la actividad militar, debamos recurrir a la falsedad y a la necia pedantería. No hubo nunca un jefe grande y notable

que tuviera una inteligencia inferior, pero son muy numerosos los ejemplos de hombres que, después de haberse distinguido mucho sirviendo en posiciones inferiores, continuaron siendo mediocres en posiciones más elevadas, por causa de insuficiencia de capacidad intelectual. Es natural que aun entre los que ocupan la posición de general en jefe puede hacerse distinciones, de acuerdo con el grado de su autoridad.

45. El conocimiento teórico debe convertirse en habilidad práctica

Debemos considerar todavía una condición que es más necesaria que cualquiera otra para el conocimiento de la conducción de la guerra, la de que el conocimiento debe llegar a ser por completo parte de uno mismo y dejar de ser casi totalmente una cosa objetiva. En casi todas las otras artes y ocupaciones de la vida, la persona que actúa puede servirse de verdades que ha aprendido una sola vez, pero de las cuales ya no vive su sentido y su espíritu, sino que los extrae de libros polvorientos. Hasta las verdades que maneja y usa diariamente pueden convertirse para él en algo completamente externo. Si el arquitecto toma la pluma para determinar, por medio de un cálculo complicado, la resistencia de un contrafuerte, la verdad que obtiene como resultado no es una emanación de su propia mente. En primer lugar, ha tenido que buscar los datos laboriosamente y someterlos a una operación mental cuya regla no ha descubierto y de cuya necesidad en ese momento solo es consciente en parte, pero que por lo general aplica mecánicamente. Pero esto no sucede nunca en la guerra. La reacción mental, la forma siempre cambiante de las cosas, hace necesario que la persona que actúa lleve consigo la totalidad del aparato mental de su conocimiento y que sea capaz de tomar por sí misma las decisiones requeridas, en todas partes y en cualquier momento. Por lo tanto, al asimilar completamente el conocimiento a su propia mente y a su propia

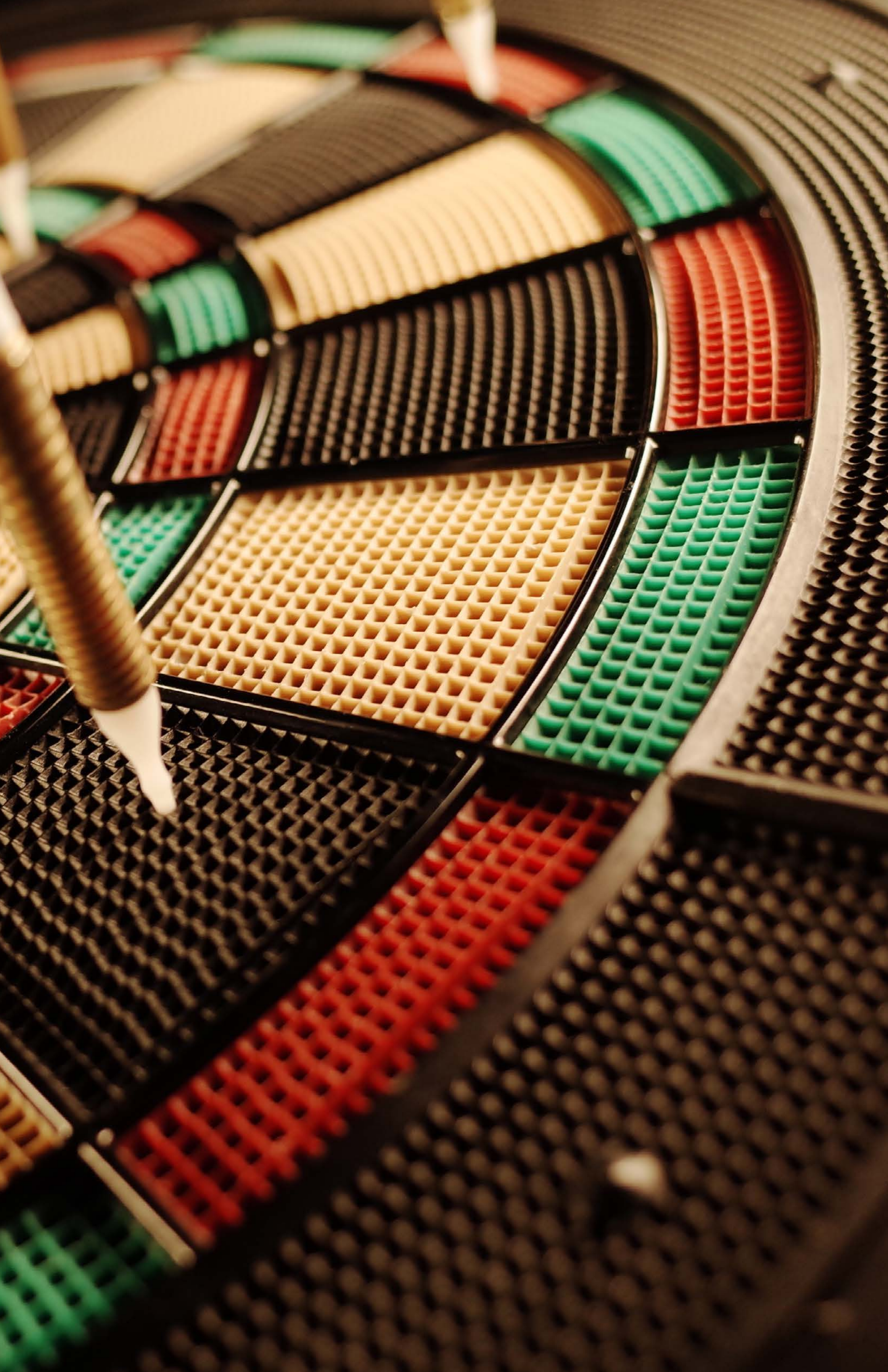


vida, se trasformará en una habilidad real. Esta es la razón de que parezca tan fácil el conocimiento en los hombres que se distinguen en la guerra y de que todo sea atribuido a su talento natural; y lo llamamos talento natural, para diferenciarlo del que se forma y madura gracias a la observación y al estudio.

Creemos haber explicado, con estas reflexiones, el problema de una teoría de la conducción de la guerra e indicado cómo puede ser resuelto. De los dos campos en que hemos dividido la conducción de la guerra, táctica y estrategia, la teoría de esta, como hemos dicho antes, es la que presenta, sin duda alguna, las dificultades mayores, porque la primera está limitada casi enteramente a un campo circunscrito de objetos, mientras que la última, en lo que se refiere a los objetivos que conducen directamente a la paz, tiene abierto un campo indefinido de posibilidades. Pero como únicamente el general en jefe es quien no ha de perder de vista estos fines, la parte de la estrategia en la que actúa estará también particularmente sujeta a esta dificultad.

En estrategia, especialmente cuando se trata de realizar actos de primer orden, la teoría se detendrá mucho menos que en la táctica a la pura consideración de las cosas; se contentará con hacer adquirir una visión de las cosas que, mezclada a la marcha total de su pensamiento, dará a sus decisiones soltura y seguridad, sin ponerlas jamás en oposición consigo mismo, a fin de plegarse a una verdad objetiva.





Capítulo III

Arte de la guerra o ciencia de la guerra

1. Los términos aún no han sido establecidos

(Habilidad, práctica y conocimiento teórico. El objetivo es la ciencia cuando es mero conocimiento; el arte, cuando es habilidad práctica)

Parece ser que aún no ha sido decidida la elección entre esos términos y que nadie supiera sobre qué bases habrá de ser decidida, pese a lo sencillo del asunto mismo. Ya hemos dicho en otra parte que el conocimiento es algo distinto de la habilidad práctica. La diferencia es tal, que no debería confundirse a uno con otro. La habilidad práctica no puede ser contenida, en forma adecuada, dentro de un libro y el "arte"[1] nunca debería figurar, en consecuencia, en el título de un libro. Pero, debido a que nos hemos acostumbrado a poner juntas las ramas de conocimiento requeridas para la práctica de un arte (ramas que por separado pueden ser pura ciencia) bajo la denominación de teoría del arte, o simplemente arte, no es desacertado mantener esta base de distinción y llamar arte a todo, cuando el objetivo es la habilidad creadora —por ejemplo, el arte de edificar; y ciencia, cuando se trata simplemente de conocimiento como en las matemáticas, por ejemplo, y en astronomía. Es evidente y no debería confundirnos, el hecho de que en cada teoría separada del arte, puedan aparecer ciencias enteras. Pero también vale la pena hacer notar que es casi imposible la existencia de la ciencia sin el arte. En matemática, por ejemplo, el uso de la

1 En alemán, Kunst [arte] corresponde a konnen [ser capaz]. (N del T.)

aritmética y el álgebra es un arte, pero no es nada más que uno de los muchos ejemplos. La razón reside en que, pese a lo clara y perceptible que pueda ser la diferencia entre conocimiento y habilidad, dentro del compuesto resultante de la combinación de diferentes ramas del conocimiento humano, resulta difícil para el hombre mismo trazar una clara línea de demarcación entre ellos.

2. Dificultades para separar el conocimiento del juicio

(Arte de la guerra)

Todo pensamiento es, por cierto, arte. Allí donde el lógico traza la línea, allí donde se detienen las premisas, que son resultado del conocimiento, y comienza el juicio, allí comienza el arte. Pero aún más: hasta el conocimiento mental es juicio y en consecuencia arte, y finalmente lo es también el conocimiento mediante los sentidos. En una palabra, es tan imposible imaginar a un ser humano que posea tan solo la facultad del conocimiento sin la del juicio, como es imaginar lo inverso, que el arte y el conocimiento nunca puedan separarse completamente el uno del otro. Mientras más tomen esos sutiles elementos de luz la forma corporal de cosas del mundo exterior, mayor será la separación entre sus reinos. Y repitamos una vez más: cuando se trata de creación y de producción, allí está el dominio del arte; cuando el objetivo es la investigación y el conocimiento, allí reina la ciencia. Después de todo esto, resulta evidente que corresponde más hablar de arte de la guerra que de ciencia de la guerra.

Eso basta en cuanto a esto, debido a que no podemos prescindir de esas concepciones. Pero ahora nos encontramos con la afirmación de que la guerra no es ni arte ni ciencia en el verdadero sentido de la palabra, y que es precisamente el haber arrancado de ese punto de partida ideológico lo que ha hecho que se tomara una falsa dirección, y lo que ha determinado



que se colocara a la guerra a la par de otras artes y ciencias, y conducido a muchas analogías erróneas.

Por cierto que esto ya había sido advertido antes y que sobre la base de ello se había sostenido que la guerra es un oficio, pero, con esto fue más lo que se perdió que lo que se ganó, ya que un oficio es tan solo un arte inferior y, como tal, sujeto a leyes más definidas y rígidas. Para decir verdad, el arte de la guerra tuvo, en cierto momento, el espíritu de un oficio, por ejemplo, en los días de los *condottieri*. Pero, tomó esta dirección por razones externas, no internas, y la historia militar demuestra cuan antinatural e insatisfactorio fue.

3. La guerra es una forma de relación humana

Decimos, en consecuencia, que la guerra no pertenece al campo de las artes o de las ciencias, sino al de la existencia social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamientos de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. Sería mejor, si en vez de compararlo con cualquier otro arte lo comparáramos al comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y se parece mucho más a la política, la que, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio en gran escala. Más aún, la política es el seno en que se desarrolla la guerra, dentro de la cual yacen escondidas sus formas generales en un estado rudimentario, al igual que las cualidades de las criaturas vivientes en sus embriones.

4. Diferencia

La diferencia esencial consiste en esto: la guerra es una actividad de la voluntad, ejercida, no como en las artes mecánicas sobre materia inerte ni como la mente y las emociones humanas en las bellas artes, sobre objetos que, si bien vivientes, son, sin embargo, pasivos e inactivos, sino sobre objetos vivientes y



capaces de reaccionar. Inmediatamente nos llama la atención cuan pequeño es el número de categorías de artes y ciencias aplicables a tal actividad y podemos entender, por ello, al mismo tiempo, la razón por la cual la constante búsqueda de leyes y su seguimiento, similares a aquellas que pueden extraerse del mundo inerte de la materia, no podría sino conducirnos a la comisión constante de errores. Y sin embargo, ha sido precisamente la forma mecánica de arte, la que la gente ha querido tomar como modelo para elaborar un arte de la guerra. Estaba fuera de la cuestión tomar a las bellas artes como modelo, debido a que ellas muy raramente establecen leyes y reglas, y aun cuando han tratado de hacerlo, invariablemente se han reconocido que eran insuficientes y estrechas, y continuamente fueron socavadas y puestas a un lado por las corrientes de opinión, los sentimientos y las costumbres.

En este libro se investigará, en parte, si ese conflicto de elementos vivientes tal como surge y se resuelve en la guerra, está sujeto a leyes generales, y si esas leyes pueden proveer una guía útil para la acción. Pero esto, en gran medida, es de por sí evidente, o sea, que al igual que cualquier otro tema que no exceda nuestra capacidad de comprensión, puede ser iluminado o más o menos aclarado en sus íntimas relaciones por una mente inquisidora, y que solo esto es suficiente para comprender la idea de una teoría.



Capítulo IV
Metodología

Para explicar claramente la idea de método o lo que llamaremos metodología, que desempeña un papel tan importante en la guerra, daremos una rápida ojeada a la jerarquía lógica por medio de la cual se gobierna al mundo de la acción, como si fuera mediante autoridades oficiales regularmente constituidas.

La *ley,* la más general de las concepciones válidas para el conocimiento y la acción, contiene evidentemente, en su significado literal, algo subjetivo y arbitrario y, no obstante, expresa exactamente aquello de lo que dependemos nosotros y las cosas externas. Como sujeto del conocimiento, la ley es la relación de las cosas y sus efectos entre sí; como sujeto de la voluntad, es una determinante de acción y equivale entonces a *mandato o prohibición*.

El *principio* es también una ley para la acción, con la diferencia de que no tiene el significado *formal y definido* que la ley posee, sino que solo es el espíritu y el sentido de la ley, que de este modo permite al juicio mayor libertad de aplicación, cuando la diversidad del mundo real no puede ser comprendida dentro de la forma definida de una ley. Como el juicio debe encontrar razones para explicar los casos en que no es aplicable el principio, este se convierte, en ese sentido, en una verdadera ayuda o estrella orientadora para la persona que actúa.

El principio es *objetivo* cuando es el resultado de verdades objetivas y, en consecuencia, tiene igual valor para todos los hombres; es *subjetivo*, y entonces es llamado generalmente axioma, o sea, una regla de conducta propia, si contiene



relaciones subjetivas y, por lo tanto, tiene valor positivo solo para la persona que lo formula.

La regla es tomada frecuentemente en el sentido de ley significando entonces lo mismo que el principio, dado que decimos “no hay regla sin excepción”, pero no “no hay ley sin excepciones” lo que demuestra que con la regla conservamos mayor libertad de aplicación.

En otro sentido, regla es el medio utilizado para reconocer la verdad yacente en lo profundo de un signo particular más próximo, a fin de aplicar a este signo particular la ley de acción aplicable a la verdad en su conjunto. De este tipo son todas las leyes que rigen los juegos, todas las formas abreviadas de procedimiento en matemáticas, etc. Las *regulaciones e instrucciones* son determinantes de acción que se ocupan de circunstancias menores, que serían demasiado numerosas e insignificantes para las leyes generales, pero que ayudan a señalar más claramente el camino.

Por último, *el método, forma de procedimiento*, es una forma de actuar que se repite constantemente y es elegida entre varias formas posibles; por *metodología* entendemos la determinación de la acción, por medio de métodos y no de principios generales o regulaciones individuales. Cuando esto ocurre, debemos suponer necesariamente que los casos tratados con dicho método deberán ser iguales en sus rasgos esenciales. Como no pueden ser todos iguales, el problema consiste en que deberían serlo tanto como fuera posible; en otras palabras, ese método debería basarse en los *casos más probables*. Por lo tanto, la metodología no se funda en premisas particulares y definidas, sino en la *probabilidad media* de casos análogos, y su tendencia final es establecer una verdad media, cuya aplicación uniforme y constante adquiera pronto algo de la naturaleza de una habilidad mecánica que al fin actúa con justeza casi inconscientemente.

Hacemos caso omiso de la idea de ley en relación con el conocimiento, para la conducción de la guerra, porque



los fenómenos complejos de la guerra no son tan regulares y los fenómenos regulares no son tan complejos como para que ganemos algo más mediante esta concepción que por la simple verdad. Y donde son suficientes la concepción simple y el lenguaje sencillo, recurrir a lo complejo resulta afectado y pedante. La idea de ley en relación con la acción no puede ser usada por la teoría de la conducción de la guerra, porque debido a la variación y diversidad de los fenómenos, no hay en ella una determinación de naturaleza general que merezca el nombre de ley.

Pero los principios, reglas, regulaciones y métodos son concepciones indispensables para una teoría de la conducción de la guerra, en cuanto esa teoría lleve a una instrucción positiva, porque solo mediante la instrucción, la teoría puede cristalizar en esas formas.

Como la táctica es la rama de la conducción de la guerra donde la teoría puede llevar con mayor frecuencia a enseñanzas positivas, estas concepciones aparecerán más frecuentemente en ella.

No emplear la caballería contra la infantería intacta excepto en caso de necesidad; no emplear las armas de fuego hasta que el enemigo esté dentro del radio de su alcance efectivo, para economizar en el encuentro tantas fuerzas como sea posible para el fin; estos son principios tácticos. Ninguno de ellos puede ser aplicado en forma absoluta en todos los casos, pero el jefe debe tenerlos siempre presente para que la ventaja de la verdad que contiene no se pierda en los casos en que esa verdad puede serles aplicable.

Si de la actividad inusitada del campo enemigo inferimos que está a punto de entrar en acción, o si la exposición intencional de tropas en un encuentro indica que se está solo en presencia de un amago, entonces, esta manera de discernir la verdad es llamada regla, debido a que el propósito que sirve se infiere de una circunstancia visible determinada.

Si es regla el atacar al enemigo con renovado vigor tan pronto como coloque el armón en el encuentro, entonces,



se liga a este hecho particular una línea de acción, dirigida a la situación general del enemigo tal como se la deduce de la misma, o sea, que está por desistir del encuentro, que está comenzando a retirar sus tropas y que no es capaz ni de una resistencia seria mientras prepara su retirada, ni de evitar con buen éxito al enemigo, cuando realiza su retirada.

> “No emplear la caballería contra la infantería intacta excepto en caso de necesidad; no emplear las armas de fuego hasta que el enemigo esté dentro del radio de su alcance efectivo, para economizar en el encuentro tantas fuerzas como sea posible para el fin; estos son principios tácticos.”

Las *regulaciones y métodos* son llevados a la conducción de la guerra por las teorías de la preparación de la guerra, en la medida en que se inocule con ellos, a modo de principios activos, a las tropas disciplinadas. Todo el conjunto de instrucciones para las formaciones, ejercicios y servicios de campaña son regulaciones y métodos. En los ejercicios de instrucción predominan las primeras y en las instrucciones de



servicios de campaña, los últimos. La conducción real de la guerra está unida a ellas; echa mano de ellas, en consecuencia, a manera de formas dadas de procedimiento, y, en tal carácter, deben aparecer en la teoría de la conducción de la guerra.

Mas para aquellas actividades que conserven libertad en el empleo de esas fuerzas, no puede haber regulaciones, esto es, no puede haber instrucciones definidas, precisamente porque esto excluiría la libertad de acción. Los métodos, por otra parte, son una forma general de realizar tareas, a medida que vayan apareciendo, sobre la base, tal como ya dijimos, de la probabilidad media. Como cuerpo monitor de principios y reglas, llevados a la aplicación, pueden aparecer ciertamente en la teoría de la conducción de la guerra, siempre que no se los represente como algo diferente de lo que son en realidad, ni como leyes de acción absolutas y necesarias de relación (sistemas), sino como lo mejor entre las formas generales que pueden ser usadas o sugeridas como caminos más cortos en lugar de las decisiones individuales.

Se advertirá también que la frecuente aplicación de métodos aparecerá como lo más esencial e ineludible en la conducción de la guerra, si reflexionamos en la forma en que tantas acciones se realizan sobre la base de meras conjeturas o en completa incertidumbre. Las medidas deben ser siempre calculadas en la guerra sobre cierto número de posibilidades. Uno de los bandos aparece impedido de conocer todas las circunstancias que influyen en las disposiciones del otro. Aun en el caso en que se conocieran realmente las circunstancias que influyen en las decisiones de uno, el otro no tiene tiempo suficiente para realizar todas las medidas necesarias para contrarrestarlas, debido a su extensión y complejidad. Cada acontecimiento tiene una cantidad innumerable de circunstancias menores que deben ser tenidas en cuenta, y no existe medio de hacerlo sino infiriendo la una de la otra y basando nuestros cálculos solamente sobre lo que es general y probable. Finalmente, debido al aumento creciente de oficiales, a medida que



descendemos la escala de jerarquías, y cuanto más baja sea la esfera de acción, tanto menor será lo que puede ser abandonado al juicio individual, perspicaz y avisado. Cuando llegamos a los grados donde ya no podemos esperar otro reconocimiento que el que permiten las regulaciones del servicio y la experiencia, debemos salirles al encuentro con métodos rutinarios lindantes con esas regulaciones. Esto será válido, tanto como apoyo de su juicio y como barrera para los puntos de vista extravagantes y erróneos, que son especialmente temibles en una esfera donde la experiencia es tan costosa.

Aparte de su indispensabilidad, debemos también reconocer una ventaja positiva en la metodología, la cual es que, mediante la aplicación constante de formas recurrentes, se obtiene *rapidez, precisión* y *certidumbre* en la dirección de las tropas, que hace que disminuya la fricción natural y que la maquinaria se mueva con mayor facilidad.

El método, en consecuencia, será usado más generalmente y resultará más indispensable, en la medida en que sea menor la jerarquía de las personas actuantes, mientras que ascendiendo su uso disminuirá, hasta desaparecer completamente en las posiciones más elevadas. Por esta razón, su lugar está más en la táctica que en la estrategia.

La guerra, en sus aspectos más elevados, *no consiste en un número infinito de pequeños acontecimientos* —que son análogos entre sí pese a su diversidad y que, en consecuencia, serán mejor o peor controlados por métodos mejores o peores— sino que es un *acontecimiento separado, grande, decisivo*, que debe ser tratado particularmente. No se trata de un campo sembrado que mediante una guadaña más o menos buena puede ser mejor o peor segado, independientemente de la forma de los tallos aislados, sino que se trata de un campo con grandes árboles, sobre los cuales debe descargarse el hacha con discernimiento, de acuerdo con la naturaleza particular y la inclinación de cada uno de los troncos.



Hasta dónde es posible admitir la metodología de las acciones militares, queda naturalmente determinado en la realidad, no de acuerdo con las jerarquías, sino de acuerdo con los objetos; y ello afecta las posiciones más elevadas en un grado menor, debido solamente a que esas posiciones tienen el mayor campo de actividad. Un orden permanente de

> "En consecuencia, la narración crítica, debe marchar por lo general de acuerdo con la investigación histórica, y aun así, a menudo persiste una disparidad tal entre causa y efecto, que no se justifica que la historia considere los efectos como consecuencias necesarias de las causas conocidas."

batalla, una formación permanente de avanzadas y posiciones de vanguardia, son ejemplos de métodos rutinarios, mediante los cuales el general ata no solamente las manos de sus subordinados sino también, en ciertos casos, las suyas propias.

Es verdad que pueden haber sido creados por él mismo, y que él los haya adaptado de acuerdo con las circunstancias, pero también pueden ser materia de teoría, en tanto se basen sobre las características generales de las tropas y los armamentos. Por otra parte, cualquier método rutinario para el trazado de planes de una guerra o de una campaña y la entrega de los mismos listos para el uso, hechos como sí fuera por una máquina, carecería por completo de valor.

En tanto no exista una teoría aceptable, esto es, mientras no se disponga de una forma inteligible para la conducción de la guerra, la metodología —los métodos rutinarios— debe inmiscuirse aún en las esferas más elevadas de actividad, ya que los hombres que actúan en ellas no siempre han sido capaces de educarse mediante el estudio y el contacto con las capas superiores de la vida. No podrán encontrar su camino en medio de las discusiones inconducentes y contradictorias de teóricos y críticos; su buen sentido común las rechazará espontáneamente y, en consecuencia, no llevarán consigo otro conocimiento que el de la experiencia. Consecuentemente, en aquellos casos que admitan un tratamiento libre e individual, y que los requieran también, harán uso rápidamente de los medios que les ofrece la experiencia, esto es, que imitarán los métodos de procedimientos característicos de los grandes generales, ya que lo que hemos llamado metodología surge por sí misma. Si vemos que los generales de Federico *el Grande* siempre avanzaban con el llamado orden oblicuo de batalla, si vemos también que los generales de la Revolución Francesa usaban siempre movimientos envolventes con una línea de batalla ampliamente extendida, y que los lugartenientes de Bonaparte se lanzaban al ataque con la sangrienta energía de las masas concentradas, advertiremos en la repetición del procedimiento lo que evidentemente es un método prestado y, en consecuencia, vemos que la metodología puede extenderse hasta regiones lindantes con las esferas más elevadas. Si una teoría mejorada facilita el estudio de la conducción de



la guerra y educa la mente y el juicio de los hombres que se elevan a los comandos superiores, entonces la metodología ya no alcanzará alturas tan elevadas, y esto será considerado tanto más indispensable, si ello por lo menos va a deducirse de la teoría misma y no ha de ser un producto de la mera imitación. Por excelente que sea la forma como un gran general haga las cosas, siempre hay algo subjetivo en la forma como las hace, y si tiene cierta manera de hacerlas, ella contiene buena parte de su individualidad que no siempre concuerda con la individualidad de la persona que lo imita.

Al mismo tiempo, no sería ni posible ni justo eliminar completamente de la conducción de la guerra la metodología subjetiva; por el contrario, debe ser considerada como una manifestación de la influencia que tiene el carácter general de la guerra sobre sus acontecimientos aislados, la cual solamente puede ser satisfecha en esa forma si la teoría no ha podido preverla y tomarla en cuenta. ¿Puede haber algo más natural que la guerra de la Revolución Francesa tuviera su propio modo de hacer las cosas? ¿Y qué teoría podría haber incluido ese método peculiar? El problema reside en que tal manera, originada en un caso especial, sobrevive con facilidad a sus días, debido a que continúa, mientras que las circunstancias cambian imperceptiblemente. Esto es lo que la teoría tiene que prevenir, mediante una crítica lúcida y racional. Cuando, en el año 1806, los generales prusianos, el príncipe Luis en Saalfeld, Taueatzien sobre el Dornberg, cerca de Jena, Grawert delante y Rüchel detrás de Kappellendorf se arrojaron dentro de las fauces abiertas para la destrucción del orden oblicuo de Federico *el Grande,* se las arreglaron para arruinar al ejército de Hohenlohe de un modo como nunca fue arruinado ejército alguno en el campo de batalla, ello se debió, no solamente a una manera que sobrevivió a sus días, sino a la más palmaria estupidez a que pueda haber conducido jamás la metodología.

Capítulo V

La crítica

La influencia de las verdades teóricas sobre la vida práctica siempre se ejerce más por medio de la crítica que por, medio de reglas para la práctica. La crítica es la aplicación de verdades teóricas o acontecimientos reales y, de este modo, no solo acerca esas verdades a la vida, sino que la inteligencia se acostumbra más a ellas, gracias a su aplicación constantemente repetida. En consecuencia, juzgamos necesario establecer el punto de vista de la crítica junto al de la teoría.

Debemos diferenciar la narración *crítica* de la narración simple de acontecimientos históricos, que solamente sitúa las cosas una al lado de la otra y que, cuando más, trata ligeramente sus relaciones causales más inmediatas.

En esta narración crítica se hacen presentes tres actividades diferentes de la inteligencia.

Primero, el descubrimiento y determinación histórica de hechos dudosos. Esto es investigación histórica pura y no tiene nada en común con la teoría.

Segundo, la determinación del efecto, partiendo de su causa. Esto es *investigación crítica propiamente dicha*. Es indispensable a la teoría, porque en teoría, todo lo que ha de ser establecido, sustentado o aun solo explicado por medio de la experiencia, únicamente puede ser resuelto en esta forma.

Tercero, la prueba de los medios empleados, esto es, *crítica propiamente dicha,* que contiene elogios y reproches. Es aquí donde la teoría es útil a la historia, o más bien, a la enseñanza que deriva de ella.

En estas dos últimas partes, estrictamente críticas del estudio



histórico, todo depende de investigar las cosas hasta sus elementos finales, o sea, hasta las verdades que están fuera de duda y no de detenerse a mitad de camino en suposiciones arbitrarias o hipótesis, sin seguir adelante como sucede tan a menudo.

Con respecto a la deducción de un efecto por sus causas, se tropieza con frecuencia con la dificultad externa insuperable de que las causas verdaderas son casi desconocidas. En ninguna otra circunstancia de la vida se produce esto tan frecuentemente como en la guerra, donde los acontecimientos rara vez son totalmente conocidos y aún menos lo son los motivos que, o bien son suprimidos de intento por las personas que influyen en ellos, o pueden perderse para la historia, cuando tienen un carácter muy transitorio y accidental. En consecuencia, la narración crítica, debe marchar por lo general de acuerdo con la investigación histórica, y aun así, a menudo persiste una disparidad tal entre causa y efecto, que no se justifica que la historia considere los efectos como consecuencias necesarias de las causas conocidas. En este caso, por lo tanto, deben aparecer necesariamente lagunas, es decir, llegamos a resultados históricos de los que no puede extraerse ninguna enseñanza. Lo único que la teoría puede exigir es que la investigación sea conducida rígidamente hasta esas lagunas, y allí habrá de suspender todas sus exigencias. El verdadero problema solo surge si, cueste lo que cueste, lo que se conoce ha de bastar para explicar los resultados, y se le atribuye así falsa importancia.

Además de esta dificultad, la investigación crítica encuentra también otra de carácter intrínseco muy seria en el hecho de que en la guerra, los efectos rara vez proceden de una sola causa, sino de varías causas unidas, y por lo tanto, no basta reconstruir, con espíritu sincero e imparcial, las series de acontecimientos hasta sus comienzos, sino que además es necesario asignar su debido valor a cada una de las causas concurrentes. Por lo tanto, esto conduce a una investigación más detallada de su naturaleza, y es así como la investigación crítica puede llevarnos al campo propio de la teoría.



La consideración crítica, esto es, el examen de los medios, lleva a la siguiente cuestión: ¿Cuáles son los efectos peculiares a los medios aplicados y cuáles fueron esos medios destinados a la persona actuante?

Los efectos peculiares a los medios conducen a la investigación de su naturaleza y, en esta forma, nuevamente al campo de la teoría.

Hemos visto que en la crítica, todo consiste en alcanzar verdades que estén fuera de duda, es decir, no detenerse en proposiciones arbitrarías que no sean válidas para otros, y a las que entonces se oponen otras afirmaciones quizá igualmente arbitrarias, de modo que no habrá fin para los pro y contra y el conjunto carecerá de resultado y, por lo tanto, de enseñanza.

Hemos visto que la investigación de las causas y la prueba de los medios conducen al campo de la teoría, es decir, dentro del campo de la verdad universal que no es deducida únicamente del caso individual que se examine. Si existe una teoría útil, la investigación crítica recurrirá a lo que ha sido resuelto en ella, y en ese punto debe detenerse la investigación. Pero allí donde no encontramos esa verdad teórica, la investigación debe ser proseguida hasta los elementos finales. Si aparece a menudo esta necesidad, habrá de conducir al historiador a ocuparse de detalles cada vez mayores. Estará entonces, muy atareado y le será casi imposible tratar todos los puntos con la reflexión debida. Como consecuencia, para limitar su examen, se detendrá en afirmaciones arbitrarias, que, aunque no serán realmente arbitrarias para él, continuarán sin embargo siéndolo para los demás, porque no son ni evidentes por sí mismas, ni han sido demostradas.

Por lo tanto, una teoría útil es fundamento esencial para la crítica, y sin la ayuda de una teoría razonable es imposible que la crítica alcance el punto en que principalmente comienza a ser instructiva, es decir, a ser una demostración convincente y *sans replique* (incontestable).



Pero sería una esperanza quimérica creer en la posibilidad de una teoría que se ocupara de toda verdad abstracta y solo dejara a la crítica la tarea de colocar el caso individual bajo su ley pertinente. Sería pedantería ridícula formular como regla, que la crítica deba siempre detenerse y virar en redondo al llegar a los límites de la sagrada teoría. El mismo espíritu de investigación analítica que es el origen de la teoría, debe guiar también al crítico en su trabajo; por lo tanto, puede y suele suceder que se desvíe hacia el dominio de la teoría y que siga adelante hasta dilucidar por sí mismo esos puntos que para él tienen particular importancia. Por el contrario, es mucho más probable que la crítica deje por completo de alcanzar su objetivo si se convierte en una aplicación mecánica de la teoría. Cuanto más carezcan de universalidad y verdad absoluta todos los resultados positivos de investigación teórica, todos los principios, reglas y métodos, tanto más llegarán a ser reglas positivas para la práctica. Existen con destino al uso requerido y debe dejarse siempre que el discernimiento decida si son adecuados o no. Esos resultados de la teoría nunca deben ser usados en la crítica como reglas fijas o normas, sino simplemente como ayuda para el juicio, en la misma forma en que habrá de usarlas la persona actuante. Si en la táctica es cosa resuelta que, en el orden general de la batalla, la caballería debe ser colocada detrás de la infantería y no en la misma línea, sería sin embargo un desatino el condenar toda desviación a ese supuesto. La crítica debe investigar las razones que ha habido para su desviación, y solo si estas son inadecuadas, tendrá el derecho de apelar a lo que ha establecido la teoría. Además, si la teoría acepta que un ataque dividido disminuye la probabilidad de buen éxito, siempre que se produzca un ataque dividido y un resultado desafortunado sería poco razonable el considerar esta última consecuencia del primero, sin investigar con más detalles si realmente ese es el caso. Y del mismo modo, cuando un ataque dividido logra buen éxito, sería igualmente poco razonable,



inferir de aquí que sea una falacia lo que afirma la teoría. El espíritu crítico investigador se niega a admitir cualquiera de los dos. En consecuencia, la crítica está basada esencialmente en los resultados de la investigación analítica obtenidos por la teoría. Lo que la teoría ha admitido, no necesita ser establecido de nuevo por la crítica y es admitido por la teoría, para que la crítica pueda encontrarlo ya establecido.

Esta tarea de la crítica de investigar qué efecto ha sido producido por una causa y si el medio empleado ha sido el que se necesitaba para alcanzar el fin, sería fácil si estuvieran próximos la causa y el efecto, el fin y los medios.

Si un ejército es sorprendido y, por lo tanto, no puede hacer uso normal e inteligente de sus fuerzas y recursos, el efecto de la sorpresa no es dudoso. Si la teoría ha establecido que en una batalla, un ataque envolvente conduce a un mayor éxito pero con menor seguridad, la cuestión, entonces, está en saber si quien emplea el ataque envolvente ha considerado principalmente como objetivo la magnitud del éxito. En ese caso, el medio fue elegido correctamente. Pero si su deseo solo fue asegurar su éxito y si esta esperanza estuvo basada, no en circunstancias particulares, sino en la naturaleza general del ataque envolvente, entonces ha equivocado la naturaleza de ese medio y ha cometido un error, como ha sucedido antes cientos de veces.

Aquí es fácil el trabajo de investigación militar y probatorio, y siempre será así si nos limitamos a los efectos y fines inmediatos. Podremos hacer esto exactamente como nos guste a condición de que consideremos las cosas separadamente de su relación con el conjunto, y que solo las estudiemos así separadas.

Pero en la guerra, lo mismo que por lo general en el mundo, existe una relación entre todo lo que pertenece al conjunto y, en consecuencia, toda causa, por pequeña que sea, debe influir con sus efectos sobre el resto de la guerra y modificar en cierto grado el resultado final, por más débil que pueda ser ese grado. Del mismo modo, todo medio puede ejercer su influencia hasta la obtención del fin último.



Por lo tanto, podemos deducir los efectos de una causa, hasta donde sean todavía dignos de atención y, de la misma manera, no solo podemos poner a prueba un medio, para su fin inmediato, sino también probar este mismo como medio para un fin más elevado y ascender así a lo largo de un encadenamiento de fines, subordinado cada uno al superior, hasta que lleguemos a uno que no requiere ser puesto a prueba, porque su necesidad es indudable. En muchos casos, especialmente si se trata de medidas importantes y decisivas, nuestro examen habrá de extenderse hasta el fin último, o sea, el que causará directamente la paz.

Es evidente que al ascender de este modo, en cada nuevo tramo al que llegamos, adoptamos para juzgar un punto de vista nuevo, en forma tal que el mismo medio que parece ventajoso desde un punto de vista inmediato, debe ser rechazado cuando se lo considera desde un punto de vista más alejado.

Al considerar en forma crítica un capítulo de la historia siempre deben ir de acuerdo la investigación de las causas de los fenómenos y la prueba de los medios, de acuerdo a los fines que sirven, porque solo la investigación de la causa nos conduce a objetos dignos de ser materias de prueba.

Este intento de seguir de un extremo a otro el encadenamiento causal, involucra dificultades considerables, porque cuanto más lejos de un acontecimiento se halle la causa que buscamos, tanto mayor habrá de ser el número de otras causas que, al mismo tiempo, deben ser examinadas, tenidas en cuenta con respecto a la participación que puedan haber tenido en dar forma a los acontecimientos, y eliminadas; porque cuanto más elevado se halle un fenómeno en la cadena de causas, más numerosas serán las fuerzas y circunstancias separadas que lo condicionan. Si hemos determinado las causas de una batalla perdida, también habremos determinado, sin duda, parte de las causas de las consecuencias que esta batalla perdida ha tenido para el conjunto de la guerra. Pero solo hemos determinado una parte, porque los efectos de otras causas contribuirán en



mayor o menor grado, de acuerdo con las circunstancias, para el resultado final.

En la prueba de los medios, a medida que nuestros puntos de vista se eleven sucesivamente se presentará la misma multiplicidad en lo que hemos de tratar, porque cuanto más elevados son los fines, más numerosos serán los medios empleados para alcanzarlos. El fin último de la guerra es perseguido simultáneamente por todos los ejércitos y, por lo tanto, debemos también tomar en consideración todo lo que de esto ha sido llevado a cabo o hubiera podido ser llevado a cabo.

Evidentemente, esto puede conducir, a veces, a un amplio campo de investigación donde es fácil perderse y en el que prevalecen las dificultades, porque deben ser formuladas multitud de suposiciones sobre cosas que no han sucedido realmente, pero que eran probables y en este sentido no pueden dejar de ser consideradas.

Cuando, en 1797, Bonaparte, a la cabeza del Ejército de Italia avanzó desde el Tagliamento contra el Archiduque Carlos, lo hizo con la intención de obligarlo a tomar una decisión antes de que el Archiduque recibiera los refuerzos que esperaba desde el Rin, Si consideramos solamente la decisión inmediata, el medio fue bien elegido. Y el resultado lo probó, pues el Archiduque quedó tan debilitado que no hizo sino un intento de resistencia sobre el Tagliamento. Cuando vio la resolución y fortaleza de su adversario, abandonó el campo de batalla y los pasos que conducían a los Alpes nóricos. Ahora bien, ¿qué se había propuesto Napoleón con este éxito? ¿Penetrar en el corazón mismo del imperio austríaco, facilitar el avance de los ejércitos del Rin al mando de Moreau y Hoche y lograr una estrecha comunicación con ellos? Esta fue la posición tomada por Bonaparte y desde este punto de vista estuvo en lo justo. Pero si la crítica se coloca en un punto de vista más elevado, o sea, el del Directorio Francés, cuyo cuerpo era capaz de ver, y debe haber visto, que la campaña del Rin no podía haberse iniciado hasta seis semanas más tarde, entonces, el avance de




ALGERIEN
Tamanrasset
TUNESIEN
MALTA
MITTELLÄND. MEER
Rom
Tripolis
Bengasi
LIBYEN
Mursuk
El Jawf
Kairo
Assuan
MALI
SAHARA
NIGER
Niamey
NIGERIA
Abuja
TSCHAD
N'Djamena
SUDAN
Khartum
Nyala

Napoleón sobre los Alpes nóricos solo puede ser considerado como una bravata extravagante, porque si los austríacos hubieran hecho intervenir ampliamente a sus ejércitos del Rin para reforzar su ejército en Estiria permitiendo de este modo que el Archiduque se arrojara sobre el Ejército de Italia, no solo habría sido derrotado este ejército sino que se habría perdido toda la campaña. Fue esta consideración que se impuso por sí misma a Napoleón en Villach, la que indujo a firmar con tanta celeridad el armisticio de Leoben.

Si el crítico toma una posición aún más elevada y si sabe que los austríacos no poseían reservas entre el ejército del Archiduque Carlos y Viena, vemos, entonces, que Viena habría estado amenazada por el avance del Ejército de Italia.

Supongamos que Bonaparte hubiera sabido que la capital, en esa forma estaba al descubierto y que hubiera sabido también que conservaba todavía en Estiria esa decisiva superioridad numérica sobre el Archiduque; entonces su precipitado avance contra el corazón de los estados austríacos ya no habría carecido de propósitos, puesto que su valor habría dependido solo del valor que los austríacos asignaban a la conservación de Viena. Si ese valor hubiera sido tan grande como para haberles hecho aceptar las condiciones de paz que Bonaparte hubiera estado dispuesto a ofrecerles antes que perder la ciudad, la amenaza a Viena debería ser considerada como su propósito esencial. Si por alguna razón, Bonaparte hubiera sabido esto la crítica podría detenerse aquí, pero si hubiera estado indeciso a ese respecto, la crítica debería ocupar una posición aún más elevada y preguntarse qué habría pasado si los austríacos hubieran abandonado Viena y se hubieran retirado más allá, dentro de las vastas extensiones de los dominios que todavía poseían, Pero es fácil advertir que esta cuestión no puede ser contestada sin tomar en consideración el curso probable de los acontecimientos entre los ejércitos del Rin en ambos bandos. En vista de la decidida superioridad numérica del lado de los franceses —130.000 contra 80.000— es evidente que podría



haber habido muy pocas dudas sobre el resultado, pero entonces surgiría nuevamente la cuestión: ¿Qué uso habría hecho el Directorio de una victoria? ¿Habría continuado su triunfo hasta las fronteras opuestas de la monarquía austríaca, hasta conseguir despedazar y derribar, por lo tanto, ese poder, o se habría satisfecho con la conquista de una parte considerable, que sirviera como garantía de paz? Debe calcularse, en cada caso el resultado probable, para llegar a una conclusión sobre la probable elección del Directorio. Supongamos que el resultado de estas consideraciones hubiera sido el de que las fuerzas francesas eran demasiado débiles para derrotar completamente a la monarquía austríaca, de suerte que el intento por sí mismo habría invertido Completamente la situación, y que aun la conquista y ocupación de una parte considerable de aquella habría colocado a los franceses en una posición estratégica, para la cual sus fuerzas probablemente hubieran sido insuficientes; entonces ese resultado habría estado destinado a influir su juicio sobre la posición del Ejército de Italia e inducir a ese ejército a disminuir sus posibilidades. Y, sin duda, esto fue lo que indujo a Bonaparte —aun cuando pudo darse cuenta, de una ojeada, de la impotencia del Archiduque— a firmar la paz de Campo Formio, que no impuso a los austríacos mayores sacrificios que los de la perdida de provincias que no habrían reconquistado ni aun después de las campañas más afortunadas. Pero los franceses no podrían haber contado siquiera con el moderado tratado de Campo Formio, y, por lo tanto, no podrían haberlo considerado objetivo de su osado avance, si no hubieran tenido que ser consideradas dos cuestiones. La primera determinar qué valor habrían asignado los austríacos a cada uno de los resultados arriba mencionados; si, no obstante la probabilidad de obtener un resultado satisfactorio en cualquiera de los dos casos, habría valido la pena hacer los sacrificios involucrados en ellos, es decir, en la continuación de la guerra, cuando esos sacrificios



podrían haber sido ahorrados por una paz basada en cláusulas no demasiado humillantes. La segunda, saber si el gobierno austríaco habría pesado seriamente los posibles resultados finales de una resistencia continuada y si no habría permitido que lo desalentara la impresión de sus reveses presentes.

La consideración, tema de la primera cuestión, no es una sutileza inútil, sino que tiene una importancia práctica tan decisiva que surge siempre que se discute un plan para llevar las cosas hasta sus últimos extremos, y es esto lo que con, mucha frecuencia evita que esos planes se pongan en ejecución.

> “¿Penetrar en el corazón mismo del imperio austríaco, facilitar el avance de los ejércitos del Rin al mando de Moreau y Hoche y lograr una estrecha comunicación con ellos? Esta fue la posición tomada por Bonaparte y desde este punto de vista estuvo en lo justo.”

La segunda cuestión es igualmente necesaria, porque la guerra es librada, no con un oponente abstracto, sino con uno real, que siempre debe ser tenido en cuenta. Y podemos estar seguros que el audaz Bonaparte no ignoraba este punto de vista, es decir, no ignoraba la confianza depositada en el terror



que inspiraba su espada. Esta misma confianza fue la que, en 1812, lo condujo a Moscú, y allí lo abandonó en la derrota. El terror que inspiraba, en cierta forma se había disipado en las gigantescas luchas en que se vio comprometido. Por supuesto estaba fresco todavía en 1797 y no ha sido aún descubierto el secreto de la fuerza de su resistencia llevada hasta el último extremo: Pero, sin embargo, aún en 1797, su intrepidez lo habría conducido a un resultado negativo si, como ya hemos dicho, gracias a una especie de presentimiento, no hubiera elegido la paz moderada de Campo Formio, como una forma de salvarse.

Debemos examinar esto de manera concluyente. Bastará mostrar con un ejemplo la amplia esfera de actividad, la diversidad y la dificultad que puede presentar un examen crítico, si nos elevamos a los fines esenciales, es decir, si nos referimos a medidas de carácter importante y decisivo, que, necesariamente deben influir sobre ellos. Este examen revelará que además de la comprensión teórica del asunto, el talento natural también debe tener una gran influencia sobre el valor del examen crítico porque dependerá principalmente de este para aclarar la relación de las cosas, distinguiendo las que son esenciales de las innumerables relaciones recíprocas de los acontecimientos.

Pero al talento se le pedirá otra cosa. La consideración crítica no es simplemente un examen de los medios empleados realmente, sino un examen de todos los medios posibles, que, por lo tanto, primero deben ser descubiertos y especificados; y, evidentemente, no estamos en posición de censurar ningún medio particular, a menos que seamos capaces de especificar uno mejor. Sin embargo, por más pequeño que sea el número de combinaciones posibles en la mayoría de los casos, todavía debe admitirse que el señalar las que no han sido usadas no es mero análisis de las cosas reales sino creación espontánea que no puede ser prevista y que depende de la capacidad mental de producción.



Estamos lejos de considerar que un caso en el cual todo debe ser investigado hasta que se llega a unas pocas combinaciones prácticamente posibles y muy simples, constituye campo para un gran genio. Encontramos sumamente ridículo considerar, como ha sido hecho tan a menudo, el cambio de una posición como un descubrimiento que revela la presencia de un gran genio, pero, sin embargo, este acto de creación espontánea es necesario y el calor del examen crítico es determinado esencialmente por él.

Cuando, el 30 de julio de 1796, Bonaparte decidió levantar el sitio de Mantua para, marchar contra el avance de Wurmser y con toda su fuerza batir sus columnas, separadas por el Lago Garda y el Mincio, este pareció el camino más seguro para alcanzar victorias brillantes. Estas victorias se produjeron realmente, y después se repitieron con los mismos medios y con éxito todavía más brillante cuando se reanudó el intento de socorrer la fortaleza. Conocemos solo una opinión sobre estas hazañas, la completamente admirativa.

Al mismo tiempo Bonaparte no pudo seguir este camino el 30 de julio, sin abandonar completamente la idea del asedio de Mantua, porque era imposible salvar el personal del asedio, y este no podía ser remplazado por ningún otro en esta campaña. En realidad, el asedio se convirtió en un simple bloqueo. La ciudad, que habría caído pronto, si el asedio hubiera continuado, resistió seis meses, pese a las victorias de Bonaparte en el campo de batalla.

La crítica generalmente ha considerado esto como un mal más bien inevitable, porque los críticos no han sido capaces de sugerir ningún medio de resistencia mejor. La resistencia a un ejército de relevo, dentro de las líneas de circunvalación, ha caído en tal descrédito y desprecio, que no se la considera en absoluto como un medio. Y, sin embargo, en los tiempos de Luis XIV esa medida era usada tan a menudo con buen éxito,, que si cien años más tarde, no se le ocurre a nadie que por lo menos puede ser tomada en cuenta con el resto, esto



solo ha de ser considerado como un capricho de la moda. Si esta posibilidad hubiera sido admitida, una investigación más atenta de las circunstancias habría demostrado que los 40.000 hombres de la mejor infantería del mundo, bajo el mando de Bonaparte, colocados detrás de las fuertes líneas de circunvalación alrededor de Mantua, tenía tan poco que temer de los 50.000 austríacos que venían en socorro de la ciudad, al mando de Wurmser, que era muy improbable que se hubiera realizado ni siquiera un solo intento de ataque sobre sus líneas. No trataremos aquí de demostrar este punto, pero creemos que se ha dicho lo bastante como para mostrar que este medio tiene derecho a ser considerado. No discutiremos si, durante la acción, Bonaparte mismo pensó en este medio. No se encuentra indicio alguno del mismo en sus memorias y en otras fuentes impresas. Ninguno de los críticos posteriores reparó en él, porque esa medida ha salido por completo fuera del alcance de su campo visual. El mérito al recordar este medio no es grande, porque para pensar en él, solo hemos tenido que desembarazarnos de la altanería de un capricho de la moda. Sin embargo, es necesario recordarlo para tenerlo en cuenta y compararlo con los medios que empleó Bonaparte. Cualquiera sea el resultado de esta comparación, esta no debería ser omitida por la crítica.

Cuando, en febrero de 1814, Bonaparte se alejó del ejército de Blücher, que había derrotado en los encuentros de Etogues, Champ-Aubert, Montmirail, etc., y se arrojó nuevamente sobre Schwarzenberg, venciendo a sus tropas en Montereau y Mormant, todo el mundo estaba lleno de admiración, porque Bonaparte, con solo arrojar su fuerza concentrada, primero sobre un adversario, y luego sobre el otro, utilizó brillantemente el error cometido por los aliados al avanzar con sus fuerzas divididas. Generalmente se ha considerado que al menos no fue su culpa si estos ataques fulminantes en todas direcciones no pudieron salvarlo. Nadie ha formulado todavía esta pregunta: ¿Cuál habría sido el resultado si, en



lugar de volverse nuevamente sobre Schwarzenberg, hubiera continuado martillando a Blücher y lo hubiera perseguido hasta el Rin? Estamos convencidos que se habría producido una inversión completa de la campaña y que el ejército francés, en lugar de marchar hacia París se habría retirado detrás del Rin. No exigimos que otros compartan nuestra convicción, pero ya que esta alternativa ha sido mencionada una vez, ningún experto dudará que la crítica tendría que considerarla con las demás.

En este caso los medios de comparación se encuentran también mucho más cerca que en el primero. Fueron igualmente pasados por alto, porque se siguió ciegamente una tendencia con parcialidad y no hubo juicio imparcial.

De la necesidad de señalar un medio mejor en lugar del que fue rechazado, ha surgido una clase de crítica que es casi la única en uso y que se contenta simplemente con señalar un procedimiento supuestamente mejor, sin aducir la verdadera prueba del mismo. La consecuencia es que algunos no están convencidos, otros actúan exactamente en la misma forma y surge, entonces, una controversia que no proporciona bases para la discusión. Toda la literatura militar está llena con esta clase de ejemplos.

La prueba que pedimos es siempre necesaria cuando la ventaja ofrecida por el medio no es tan evidente como para desechar todas las dudas, y consiste en investigar cada uno de los medios sobre la base de sus propios méritos y en compararlo con el fin que se tiene en vista. Si, en esta forma, el asunto ha sido investigado hasta las verdades puras, la controversia debe cesar finalmente, o por lo menos se obtienen nuevos resultados, mientras que en la otra forma de procedimiento, siempre los pro y los contra se destruyen unos a otros por completo. Si, por ejemplo, no nos satisface la afirmación hecha en el caso antes mencionado y deseamos probar que el haber persistido en perseguir a Blücher hubiera sido mejor que el volverse contra Schwarzenberg, debemos contar con las verdades siguientes:



1. En general, es más ventajoso continuar nuestros golpes en la misma dirección, que golpear en diferentes direcciones, porque esto último involucra pérdida de tiempo, y, además, porque cuando la fuerza moral ha sido ya debilitada por pérdidas considerables, es más fácil obtener nuevos éxitos; en ese sentido, por lo tanto, la superioridad ya ganada íntegramente es aprovechada;

2. Que Blücher, aunque más débil que Schwarzenberg, debido a su espíritu emprendedor, aún era el adversario más importante; por lo tanto, en él se encontraba el centro de gravedad, que atraía todo lo demás a su dirección;

3. Que las pérdidas sufridas por Blücher equivalían a una derrota y habían dado a Bonaparte una tal preponderancia, que casi no podía dudarse de su retirada sobre el Rin, porque en esa línea no existían refuerzos de importancia;

4. Que ningún otro éxito posible hubiera parecido tan terrible o hubiera adquirido proporciones tan gigantescas para la imaginación; tener que habérselas con un estado mayor indeciso y timorato, como era notoriamente el de Schwarzenberg, constituía una ventaja inmensa. El príncipe Schwarzenberg debe haber conocido bastante bien las pérdidas sufridas por el príncipe de la corona de Wurttenberg, en Montereau y por el conde Wittgenstein en Mormant. Por otra parte, la serie de desgracias que Blücher habría experimentado en su línea completamente separada e inconexa, que se extendía desde el Marne hasta el Rin, solo le habría llegado a través de un torrente de rumores. El movimiento desesperado que Bonaparte realizó sobre Vitry, a fines de marzo, para probar qué efecto tendría sobre los aliados la amenaza de un movimiento envolvente estratégico, estaba basado, evidentemente, en el principio de terror sorpresivo, pero bajo circunstancias bastante diferentes, después que había sido derrotado en Laon y Arcis, y Blücher con sus 100.000 hombres estaba del lado Schwarzenberg.

Sin duda habrá mucha gente que no se convencerá con estos argumentos, pero, por lo menos, no podrán replicarnos



diciendo que “mientras Bonaparte, al avanzar hacia el Rin amenazaba la base de Schwarzenberg, este al mismo tiempo, amenazaba a París, base de Bonaparte”, porque, con las razones dadas más arriba, quisimos demostrar que Schwarzenberg nunca hubiera pensado en marchar contra París.

En relación con el ejemplo que hemos citado, de la campaña de 1796, podríamos decir lo siguiente: Bonaparte consideraba el plan que había adoptado, como el camino más seguro de derrotar a los austríacos.

Aun si hubiera sido así, el objetivo que se hubiera logrado por ese camino habría constituido una gloria militar inútil, que apenas podría haber tenido influencia perceptible sobre la caída de Mantua. En nuestra opinión, el camino que hubiéramos elegido, habría sido mucho más seguro para impedir la ayuda a Mantua; pero aun si opináramos así, como pensó el general francés, esto no sucedió, y prefiriéramos considerar menor la seguridad de buen éxito, la cuestión llegaría a ser, una vez más, la de contrapesar, en un caso, un éxito más probable, pero casi inútil y por lo tanto, débil, y en el otro, un éxito no del todo probable, pero mucho más grande. Si el asunto es presentado en esta forma, la intrepidez habría debido declararse en favor de la segunda solución que es exactamente el reverso de lo que nos hubiera inducido a creer un punto de vista superficial sobre el asunto. Sin duda, Bonaparte no tuvo la menor intención audaz, y podemos estar seguros de que no habría apreciado la naturaleza del caso, ni comprendido sus consecuencias, con la misma claridad con que la experiencia nos ha enseñado a hacerlo.

Naturalmente, al considerar los medios, a menudo el crítico debe recurrir a la historia militar, ya que en el arte de la guerra la experiencia tiene mayor valor que la verdad filosófica. Pero, sin duda, esta evidencia histórica está sujeta a sus propias condiciones, que trataremos en un capítulo especial; y, desgraciadamente, estas condiciones se cumplen tan raras veces que, por lo general, las referencias históricas solo sirven para aumentar la confusión de las ideas.



Debemos considerar todavía un asunto muy importante, que es el siguiente: al juzgar un acontecimiento en particular, debemos ver hasta dónde está obligada o se le permite a la crítica que haga uso de su modo superior de ver las cosas y, por lo tanto, de lo que han establecido los resultados, o cuándo y dónde se ve obligada a dejar de considerar estas cosas, para colocarse exactamente en el lugar de la persona actuante.

> "Naturalmente, al considerar los medios, a menudo el crítico debe recurrir a la historia militar, ya que en el arte de la guerra la experiencia tiene mayor valor que la verdad filosófica."

Si la crítica quiere abarcar o censurar a la persona actuante, es evidente que debe colocarse exactamente en su lugar, es decir, debe recoger todo lo que esa persona conocía y todos los móviles que la impulsaban a actuar y, por otra parte, debe hacer caso omiso de todo aquello que no conocía o no podía conocer, o sea, ante todo, el resultado producido. Pero este es solo el fin por el que luchamos, pero que nunca podemos alcanzar por completo, porque el estado de cosas del cual surge un acontecimiento, nunca se presenta ante los ojos del crítico tal como se presentó ante los de la persona actuante. Se han perdido por completo una multitud de circunstancias menores

que pudieron haber influido sobre sus decisiones y nunca han sido revelados muchos móviles subjetivos. Estos móviles solo pueden ser conocidos por las memorias de la persona actuante o de sus amigos muy íntimos y, a menudo, en tales memorias, estas cosas son tratadas en forma muy vaga, o hasta son tergiversadas de intento. En consecuencia, la crítica siempre debe renunciar a mucho de lo que estaba presente en la mente de la persona actuante.

Por otra parte, le es más difícil aún renunciar a lo que conoce demasiado. Esto solo es fácil en lo tocante a las circunstancias accidentales, es decir, a las circunstancias que no estaban relacionadas necesariamente con la situación sino que habían llegado a estar complicadas con ella. Pero en todas las cuestiones esenciales, es extremadamente difícil y nunca se logra por completo.

Consideremos primero el resultado. Si este no proviniera de circunstancias accidentales, sería casi imposible que el conocimiento del resultado no influyera sobre el juicio de las circunstancias de las que provenía realmente el resultado, porque vemos estas circunstancias y desde el punto de vista del resultado, y, hasta cierto punto, solamente gracias a él adquirimos nuestro conocimiento de las circunstancias y nuestra opinión sobre su importancia. La historia militar, con todos sus acontecimientos, es *fuente de enseñanza* para la propia crítica y es natural que esta arrojará sobre las cosas la misma luz que ha obtenido de la consideración del conjunto. Por lo tanto, si en muchos casos hubiera intentado renunciar por completo, nunca lo habría conseguido plenamente.

Pero esto sucede, no solo en lo que se refiere al resultado, es decir, a lo que no se produce hasta más tarde, sino también en lo que respecta a lo que ya existe, o sea, a los datos que determinan la acción. En la mayoría de los casos, la crítica dispondrá de un mayor número que el que tenía la persona actuante. Ahora bien, podríamos suponer que hubiera sido fácil descartarlos completamente, y sin embargo no es así, El



conocimiento de las circunstancias anteriores y simultáneas no descansa solo sobre informaciones definidas, sino sobre amplio número de conjeturas y suposiciones. En realidad, casi no hay información que se refiera a las cosas que no sean puramente accidentales, que no haya sido precedida por conjeturas o suposiciones, que sustituirán la información auténtica, si esta continúa faltando. Entonces, ¿es concebible que la crítica, que en una época posterior tiene delante de sí, como hechos, todas las circunstancias precedentes y concurrentes, no se sienta con ello prevenida cuando se pregunta qué parte de las circunstancias desconocidas habría considerado como probable en el momento de la acción? Sostenemos que en este caso, como en el caso de los resultados, y por la misma razón, es imposible dejar de prestar atención a estas cosas.

Por lo tanto, si el crítico quiere alabar o censurar cualquier acto aislado, solo hasta cierto punto logrará colocarse en la posición de la persona actuante. En muchísimos casos, será capaz de hacer esto hasta un grado suficiente para los propósitos prácticos, pero en otros no podrá hacerlo en forma alguna, hecho que no debemos perder de vista.

Pero no es necesario ni deseable que la crítica se identifique completamente con la persona actuante. En la guerra, como en todas las actividades que exigen habilidad, se requiere cierta aptitud natural, que llamamos maestría. Esta puede ser grande o pequeña. En el primer caso, fácilmente puede ser superior a la del crítico, porque ¿qué crítico pretenderá poseer la maestría de un Federico o de un Bonaparte? Por lo tanto, si la crítica no ha de abstenerse por completo de emitir opinión en lo que atañe a un talento eminente, se le debe permitir hacer uso de la ventaja que le proporciona su amplio horizonte. En consecuencia, la crítica no puede verificar la solución dada por un gran general a su problema, con los mismos datos, como se verifica una suma en aritmética, sino que, estudiando el resultado, estudiando la forma en que invariablemente este ha sido confirmado por los acontecimientos, debe primero reconocer con admiración lo



que corresponda a la actividad superior del genio, y aprender a considerar como un hecho establecido la relación esencial que la mirada del genio percibe instintivamente.

Pero aun para los actos más pequeños de maestría es necesario que la crítica adopte un punto de vista más elevado, para que, al disponer de gran cantidad de razones objetivas para la decisión, sea lo menos subjetiva posible y para que la limitación mental del crítico no se erija en medida para juzgar.

La posición superior de la crítica, sus elogios y censuras, emitidos de acuerdo con el conocimiento completo de las circunstancias, no tienen en sí mismos nada que ofenda nuestros sentimientos; solamente lo hacen cuando el crítico se adelanta y habla, como si toda la sabiduría obtenida por su conocimiento cabal del acontecimiento que se considera fuera debida a su propio talento. Por más burdo que pueda ser este engaño, la vanidad lo comete con facilidad y esto, naturalmente, molesta a los otros. Pero con mucha frecuencia, aunque el crítico no intente la autoexaltación arrogante, el lector se la atribuye, a menos que expresamente se ponga en guardia contra ello, y, en ese caso, se le acusa enseguida de falta de juicio crítico.

Por lo tanto, cuando la crítica señala un error cometido por un Federico o un Bonaparte, esto no significa que el crítico no lo habría cometido. En realidad podría admitir que, en el lugar de esos generales, habría podido cometer errores mucho más grandes, pero conoce estos errores por la relación general de los acontecimientos, y exige de la sagacidad del general en cuestión el que los haya visto.

En consecuencia, esta es una opinión formada sobre la base de la relación de los acontecimientos y, por lo tanto, también sobre la *base del resultado.* Pero el resultado en sí tiene sobre el juicio otro efecto bastante diferente, o sea, cuando es usado simplemente como evidencia, en pro o en contra de la justeza de una medida. Esto puede ser llamado *juicio de acuerdo con el resultado.* A primera vista, este juicio parece inútil y sin embargo no lo es en absoluto.



Cuando Bonaparte, en 1812, marchó sobre Moscú, todo dependía de sí, gracias a la toma de la ciudad y los acontecimientos precedentes, habría sido capaz de obligar al Emperador Alejandro a hacer la paz, como había hecho después de la batalla de Friedland en 1807, y como había obligado a hacer al Emperador Francisco en 1805 y 1809, después de Austerlitz y Wagram. Porque si Bonaparte no obtenía la paz en Moscú, no le quedaba otra alternativa que el regreso, o sea, una derrota estratégica. Omitiremos lo que hizo Bonaparte para llegar a Moscú, y si, en su avance, no habría perdido muchas oportunidades de inducir al Emperador Alejandro a firmar la paz. Excluiremos también toda consideración sobre las circunstancias desastrosas que acompañaron su retirada y que tal vez tuvieron su origen en la conducción general de la campaña. La cuestión siempre será la misma, porque aunque el resultado de la campaña hasta el momento de llegar a Moscú podría haber sido mucho más brillante, siempre quedará la incertidumbre de saber si el Emperador Alejandro se habría atemorizado y habría hecho la paz. Y aun si la retirada no hubiera contenido en sí misma esas semillas de desastre, nunca habría podido ser nada más que una gran derrota estratégica. Si el Emperador Alejandro hubiera convenido en una paz desventajosa para él, la campaña habría estado al nivel de las de Austerlitz, Friedland y Wagram. Pero estas campañas, si no hubieran conducido a la paz, probablemente habría terminado también en catástrofes similares. Por lo tanto, cualquiera fuera la fuerza, habilidad y sabiduría que el conquistador del mundo aplicó a su tarea, esta última cuestión librada al azar, continuó siendo siempre la misma. ¿Descartaremos, entonces, las campañas de 1805, 1807 y 1809 y, a causa de la campaña de 1812 diremos que fueron actos de imprudencia, que su buen éxito estaba contra la naturaleza de las cosas y que en 1812 la justicia estratégica al fin encontró por sí misma el camino abierto contra la ciega fortuna? Esta sería una conclusión injustificable, un juicio muy arbitrario al que le faltaría necesariamente parte



de la prueba, porque ningún ser humano puede investigar el hilo del encadenamiento necesario de los acontecimientos, hasta llegar a la decisión de los príncipes vencidos.

Tampoco podemos decir que la campaña de 1812 merecía el mismo buen éxito de las otras y que la razón por la que dio resultados diferentes residía en algo que era antinatural, porque la firmeza de Alejandro no puede ser considerada como tal.

¿Qué puede ser más natural que decir que en los años 1805, 1807 y 1809, Bonaparte juzgó correctamente a sus oponentes y que en 1812 se equivocó? Por lo tanto, en los primeros casos tuvo razón; en el último, estuvo equivocado y en ambos casos debemos admitir que la justificación para nuestra opinión reside en el *resultado*.

Como ya hemos dicho en la guerra todas las acciones no se proponen resultados seguros sino probables. Todo lo que no presenta certidumbre, debe quedar siempre librado al destino o al azar, como queramos llamarlo. Podemos pedir que esto sea lo menos, posible, pero solo en relación con el caso particular, es decir, tan poco como sea posible en este caso particular, pero no podemos pedir que se prefiera siempre el caso en que sea menor la incertidumbre. Esto sería un error enorme, como deduciremos de todos nuestros puntos de vista teóricos. Hay casos en que la osadía más grande es la sabiduría más grande.

Ahora bien, en todo aquello que la persona actuante debe dejar librado a la suerte, parece haber dejado completamente a un lado su mérito personal y, por lo tanto, su responsabilidad. Sin embargo, no podemos reprimir un íntimo sentimiento de satisfacción cuando nuestras esperanzas se realizan y, si han sido defraudadas, tenemos conciencia de un malestar mental. Juzgar si una medida es justa o equivocada no significa nada más que esto, si solo deducimos ese juicio del resultado de la medida, o, más bien, si lo encontramos en ese resultado.

Pero no puede negarse que la satisfacción que produce en nuestra mente el buen éxito y el disgusto que produce el fracaso, descansan sobre el vago sentimiento de que existe una



relación sutil, invisible para las imágenes mentales, entre el éxito atribuido a la suerte y el atribuido al genio de la persona actuante, y esta suposición nos proporciona placer. Tiende a confirmar esta idea el hecho de que nuestra simpatía aumenta y se convierte en un sentimiento más definido, si el éxito y el fracaso se repiten frecuentemente en el caso de la misma persona. De este modo, llega a comprenderse por qué en la guerra la suerte adquiere un carácter mucho más noble que en el juego. En general, cuando no se apaga de algún modo el interés que sentimos por un guerrero afortunado, tendremos placer en seguirlo en su carrera.

Por lo tanto, la crítica, después de haber pesado todo lo que entra en la esfera del cálculo y la convicción humana, permitirá que el resultado sea la norma para juzgar esa parte donde la correlación profunda y misteriosa de las cosas no da forma a fenómenos visibles, y por un lado protegerá a este juicio sereno de una autoridad superior del tumulto de opiniones imperfectas, mientras que por el otro, rechazará el grosero abuso que pueda hacerse de ese tribunal supremo.

Este veredicto del resultado debe, en consecuencia, proporcionarnos lo que la sagacidad humana no puede descubrir, y esto será exigido principalmente, en consecuencia, por las condiciones y actividades de la mente, en parte porque lo menos que estas admiten es que se forme de ellas un juicio aceptable y en parte debido a que su íntima relación con la voluntad les permite ejercer más fácilmente una mayor influencia. Cuando el miedo o el valor aceleran una decisión, ya no hay nada de objetivo para decidir entre ellos y, en consecuencia, no hay nada gracias a lo cual la sagacidad y el cálculo podrían llegar una vez más al resultado probable.

Haremos ahora algunas observaciones sobre el instrumento de la crítica o sea el lenguaje que usa, porque en cierto sentido e este está estrechamente relacionado con la acción en la guerra, ya que el examen crítico no es otra cosa que la deliberación que habría precedido a esa acción. Por lo tanto, consideramos muy



esencial que el lenguaje de la crítica tenga el mismo carácter que debe tener el de la deliberación en la guerra, porque, de otro modo, dejaría de ser práctico y no proporcionaría a la crítica acceso a las cosas de la vida.

Al considerar la teoría de la conducción de la guerra, dijimos que debe educar la mente del jefe en la guerra, o más bien, que debe guiar su educación; esto no tiene por objeto suministrarle enseñanzas positivas y sistemas que podría usar como instrumentos mentales. Pero si en la guerra, para juzgar un caso que se nos plantee, no se necesita de la ayuda científica,

> “Ahora bien, en todo aquello que la persona actuante debe dejar librado a la suerte, parece haber dejado completamente a un lado su mérito personal y, por lo tanto, su responsabilidad.”

o por lo menos, en escala tal como sea admisible, si la verdad no ha de participar en ello, a lo menos en forma sistemática y si no ha de encontrársela nunca en forma *indirecta,* sino de modo *directo,* mediante la visión mental librada a sí misma, esto también habrá de ocurrir en el examen crítico.

Es verdad que, como ya hemos visto, en todos los casos en que sería muy complicado establecer la naturaleza real de las circunstancias, la crítica debe confiar en las verdades



que la teoría ha establecido sobre ese punto. Pero, del mismo modo que en la guerra la persona actuante obedece a estas verdades teóricas, no porque las considere como leyes exteriores e inflexibles, sino porque ha asimilado el espíritu de esas verdades, también la crítica debería utilizarlas no como ley exterior o fórmula algebraica cuya verdad no necesita ser demostrada nuevamente, en cada caso, sino que siempre debería permitir que esas verdades brillen desde el principio hasta el fin, dejando solo a la teoría la prueba más detallada y circunstancial. De este modo, evitará la fraseología misteriosa y oscura y adoptará el camino del lenguaje sencillo y del encadenamiento de ideas claro, o sea, siempre visible.

Es evidente que esto no puede obtenerse siempre en forma completa pero debe ser el propósito de la exposición crítica. Esta exposición habrá de usar las formas complejas del conocimiento lo menos posible y no deberá nunca utilizar la, interpretación científica como si tratara de un aparato que contuviera en sí mismo la verdad, sino que habrá de realizar todo mediante la percepción interior libre y natural.

Pero, infortunadamente, hasta ahora rara vez ha prevalecido en los exámenes críticos este intento piadoso, si se nos permite esta expresión; la mayoría de ellos, guiados por la vanidad, ostentan más bien, un pomposo despliegue de ideas.

El primer defecto que encontramos constantemente, es la aplicación torpe, totalmente inadmisible, de ciertos sistemas unilaterales como si se tratara de un verdadero código de leyes. Pero nunca resulta difícil mostrar la unilateralidad de ese sistema, y no se necesita nada más para rechazar definitivamente su veredicto. Aquí tenemos que tratar con un objetivo definido y, como, después de todo, el número de sistemas posibles no puede ser grande, también en sí mismos solo constituyen un mal menor.

Una desventaja mucho más seria reside en el hecho de que estos sistemas llevan un acompañamiento ostentoso de términos técnicos, expresiones científicas y metáforas,



que son arrastrados en todas direcciones, como el populacho alborotado o los civiles que siguen a un ejército separado de su jefe. Todo crítico que no haya adoptado todavía un sistema completo, ya sea porque ninguno le satisfaga o porque aún no haya conseguido dominar uno a fondo, querrá al menos aplicarlos en forma fragmentaria, del mismo modo que uno aplicaría una regla, para mostrar las equivocaciones cometidas por un general. La mayoría de ellos son incapaces de razonar sin apoyarse en algunos fragmentos de teorías militares científicas. Los fragmentos más insignificantes, que consisten en meras palabras científicas y metáforas, a menudo no son más que floreos decorativos de la narración crítica. Naturalmente, todas las expresiones técnicas y científicas que pertenecen a un sistema pierden su propiedad, si alguna vez la han tenido, tan pronto como son separadas de ese sistema para ser usada como axiomas generales, o como diminutos cristales de verdad que tienen más fuerza de demostración que el lenguaje sencillo.

De este modo ha sucedido que nuestros libros teóricos y críticos, en lugar de ser tratados simples y sencillos, en los que el autor por lo menos siempre sabe lo que dice y el lector lo que lee, rebosan con términos técnicos que constituyen puntos oscuros de intersección, donde se separan el autor y el lector. Pero muy frecuentemente son algo todavía peor, cáscaras huecas sin semilla alguna. El mismo autor no tiene percepción clara de lo que desea decir y recurre entonces a ideas vagas que si fueran expresadas con claridad no serían satisfactorias ni siquiera para él.

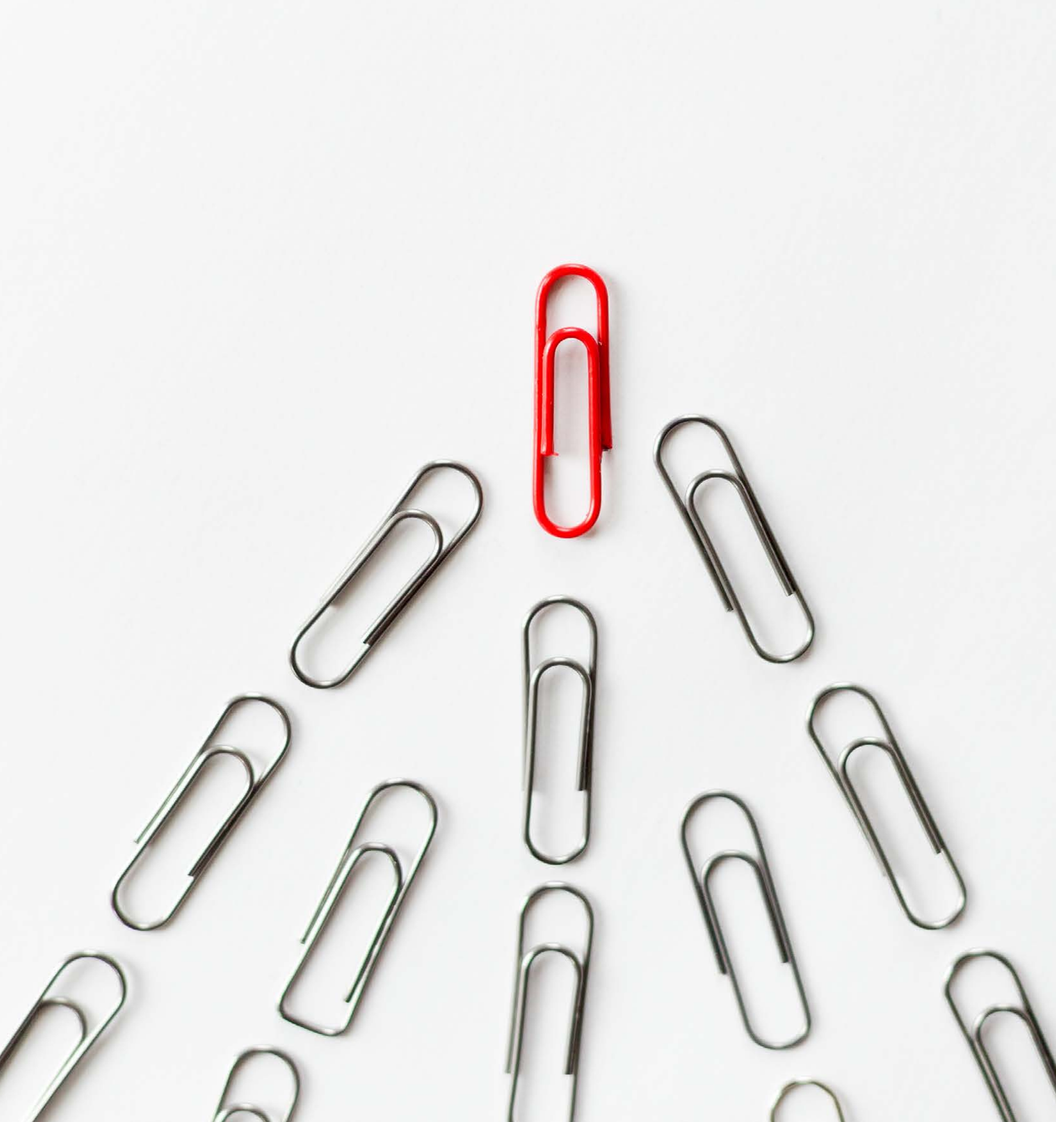
El tercer defecto de la crítica es el del abuso de los ejemplos históricos y el gran despliegue de material de lectura y erudición. Ya hemos dicho qué es la historia del arte de la guerra, y en capítulos especiales haremos el desarrollo de nuestros puntos de vista sobre los ejemplos y sobre la historia militar en general. El uso a la ligera y en forma precipitada de un hecho, puede conducir a sostener los puntos de vista más opuestos, y cuando se describe en la forma más heterogénea a



tres o cuatro de esos hechos, Sacados a luz de tierras lejanas y tiempos remotos, y puestos juntos, solo conducen por lo general a distraer y perturbar el juicio, sin que se obtenga demostración alguna; porque al ser expuestos a la luz, resultan ser solo oropel y hojarasca, que sirvieron de material para que el autor alardeara de erudición.

¿Qué beneficio para la vida práctica puede derivarse de estas concepciones oscuras, parcialmente falsas, confusas y arbitrarias? Tan poco es el beneficio, que por causa de ellas la teoría siempre fue la verdadera antítesis de la práctica, y con frecuencia cayó en el ridículo ante aquellos cuyas cualidades militares en el campo de batalla los colocaba por encima de toda cuestión.

Es imposible que esto hubiera acaecido si la teoría, con lenguaje sencillo y mediante una manera natural de tratar las cosas que constituyen la conducción de la guerra, hubiera tratado simplemente de demostrar solo lo que admitía ser demostrado; si, evitando todas las pretensiones falsas y el despliegue fuera de lugar de formas científicas y paralelos históricos, se hubiera ceñido al asunto y hubiera marchado de acuerdo con los que deben conducir los asuntos en el campo de batalla sirviéndose de su percepción interior natural.



Capítulo VI

De los ejemplos

Los ejemplos históricos aclaran todas las cosas y proporcionan, además, el tipo de prueba más convincente en los dominios empírico; del conocimiento. Esto reza para el arte de la guerra más que para cualquier otro. El general Schamhorst, cuyo compendio sobre la guerra real es el mejor de todos los que han sido escritos, declara que los ejemplos históricos constituyen en este tema la parte más importante, y los utiliza en forma admirable. Si hubiera sobrevivido a la guerra en la que cayó, nos habría proporcionado una prueba aún más admirable del espíritu observador y esclarecedor con el que trataba todas las experiencias.

Pero rara vez los escritores teóricos hacen uso adecuado de los ejemplos históricos. La forma en que los utilizan, en su mayoría, más bien está calculada no solo para dejar descontenta a la inteligencia, sino también para ofenderla. En consecuencia, creemos que es importante considerar en especial el uso correcto y el abuso de los ejemplos.

Indudablemente, las ramas del conocimiento que constituyen la base del arte de la guerra pertenecen a las ciencias empíricas. Porque aunque derivan principalmente de la naturaleza de las cosas, sin embargo, en su mayor parte, sola partiendo de la experiencia podemos llegar a conocer la esencia de esta naturaleza. Además, la aplicación práctica es modificada por tantas circunstancias, que los efectos nunca pueden ser percibidos por completo partiendo de la mera naturaleza de los medios.

Los efectos de la pólvora, ese gran agente de nuestra actividad militar, solo fueron aprendidos a través de la experiencia,



y hasta la fecha se realizan continuamente experimentos para investigarlos en forma más completa. Es obvio, sin duda alguna, que una bala de hierro a la que por medio de la pólvora se le ha dado una velocidad de 1.000 pies por segundo, ha de destrozar todas las cosas vivientes que toca en su recorrido.

No necesitamos que la experiencia nos lo demuestre. Pero al determinar este efecto, ¡cuántos cientos de circunstancias concomitantes están comprometidas, algunas de las cuales solo pueden ser conocidas por medio de la experiencia! Y no consideramos únicamente el efecto físico; buscamos también el efecto moral, y el único camino para conocerlo y calcularlo es el de la *experiencia*. En la Edad Media, cuando las armas de fuego acababan de ser inventadas, su efecto físico, debido a su construcción imperfecta, era insignificante, como es natural, comparado con el que tienen ahora, pero su efecto moral era mucho mayor. Uno tendría que haber visto realmente la firmeza de esas masas enseñadas y conducidas por Bonaparte, en su carrera de conquista, bajo el cañoneo más intenso e ininterrumpido, para comprender lo que pueden realizar tropas endurecidas por la larga práctica en el peligro, cuando una plétora de victorias las ha llevado a actuar siguiendo la noble regla de exigir de sí mismas el máximo posible. Esto nunca sería verosímil para la simple imaginación. Por otra parte, es bien sabido que, aún hoy, en los ejércitos europeos, existen tropas que pueden ser dispersadas fácilmente con algunos disparos de cañón, como los tártaros, los cosacos, los croatas, etc.

Pero ningún campo empírico del conocimiento, y en consecuencia, ninguna teoría de la guerra puede acompañar siempre sus verdades con pruebas históricas; en cierta medida, también sería difícil ilustrar cada caso individual basándose en la experiencia.

Si encontramos en la guerra que cierto medio se ha mostrado muy eficaz, este es repetido; uno copia así al otro, y el medio llega a ser una forma corriente, y de esta manera



entra en uso, sustentado por la experiencia y ocupa su lugar en la teoría, que se contenta con recurrir a la experiencia en general, para indicar su origen, pero no para probar su verdad.

Pero es bastante diferente si la experiencia ha de ser usada para remplazar un medio en uso, para demostrar uno dudoso, o para introducir uno nuevo; entonces los ejemplos históricos particulares deben citarse como pruebas.

Si consideramos más detenidamente el uso de un ejemplo histórico, podemos distinguir fácilmente cuatro puntos de vista.

Primero, puede ser usado simplemente como *explicación* de una idea. En toda discusión abstracta, es muy fácil ser mal comprendido o ser completamente ininteligible; cuando un autor teme incurrir en esto, recurre a los ejemplos históricos, que servirán para presentar más claramente sus ideas y tener la seguridad de ser comprendido por sus lectores.

Segundo, puede servir como la *aplicación* de una idea, porque, por medio de un ejemplo, existe la oportunidad de mostrar la acción de esas circunstancias menores que no pueden ser percibidas en la expresión general de una idea, ya que en esto consiste, precisamente, la diferencia entre la teoría y la experiencia. En ambos casos tratamos con ejemplos verdaderos; los dos que siguen conciernen a la prueba histórica.

Tercero, podemos referirnos en especial al hecho histórico, para sustentar lo que ha sido adelantado. Esto basta en todos los casos en que se desea probar la mera *posibilidad* de un fenómeno o un efecto.

Cuarto y último, podemos deducir alguna teoría, de la presentación circunstancial de un suceso histórico y de la comparación de algunos de ellos, teoría que encuentra entonces su *prueba* verdadera en este mismo testimonio.

Para el primero de estos propósitos todo lo que se requiere generalmente es una mención rápida del caso, porque solo es usado desde un punto de vista.

Hasta la exactitud histórica es una consideración secundaria; un caso inventado también puede servir muy bien a ese propósito;



solo los ejemplos históricos deben ser siempre preferidos porque acercan más la idea que ilustran a la vida práctica misma.

El segundo uso presupone una presentación más circunstancial de los sucesos, pero de nuevo la exactitud histórica, tiene importancia secundaria y en relación con este punto podemos decir lo mismo que en el primer caso.

Para el tercer propósito, por lo general basta la simple mención de un hecho indudable. Si se afirma que las posiciones fortificadas pueden cumplir su objetivo bajo ciertas circunstancias, solo es necesario mencionar la posición de Bunzehvitz en apoyo de esa aseveración.

Pero si debe ser demostrada una verdad general, por medio de la narración de un caso histórico, entonces, todo lo que se relaciona con la aseveración, debe ser analizado exacta y minuciosamente; por así decirlo, debe ser reconstruido cuidadosamente ante los ojos del lector. Cuanto menor sea la eficacia con que esto puede ser realizado, más débil será la prueba y se hará más necesario compensar el poder demostrativo que falta en el caso aislado, citando un número más amplio de casos, porque tenemos el derecho de suponer que los detalles más minuciosos que nos es imposible mencionar, se neutralizan recíprocamente en relación a sus efectos, en cierto número de casos.

Si queremos probar; por medio de la experiencia, que la caballería está mejor situada detrás de la infantería que en la misma línea con ella: que es muy peligroso, si no se cuenta con una decidida superioridad numérica, intentar un movimiento envolvente, con columnas ampliamente separadas, ya sea en el campo de batalla o en el teatro de la guerra, o sea, táctica o estratégicamente; entonces en el primero de estos casos no bastará con especificar algunas derrotas en las cuales la caballería estaba a los flancos de la infantería y algunas victorias en las que las caballería estaba en la retaguardia, y en el último caso, no sería suficiente remitirnos a las batallas de Rívoli y Wagram, al ataque de los austríacos sobre el teatro de la guerra en Italia en 1796 o al de los franceses



sobre el teatro de la guerra alemán, en el mismo año. Por medio de la investigación detallada de las circunstancias y de los acontecimientos aislados, debe ser mostrada la forma en que estos diferentes ataques y posiciones de batalla

"Uno tendría que haber visto
realmente la firmeza
de esas masas enseñadas
y conducidas
por Bonaparte,
en su carrera de conquista,
bajo el cañoneo más
intenso e ininterrumpido,
para comprender
lo que pueden realizar
tropas endurecidas
por la larga práctica
en el peligro, cuando
una plétora de victorias
las ha llevado a actuar
siguiendo la noble regla de
exigir de sí mismas
el máximo posible."

contribuyeron en forma esencial al mal resultado en los casos individuales. Solo entonces sabremos hasta dónde pueden ser condenadas esas formas, punto que es muy necesario señalar, ya que una condenación total de cualquier modo sería incompatible con la verdad.

Ya ha sido demostrado que cuando es imposible un relato detallado de los hechos, el poder demostrativo deficiente, puede ser remplazado en cierta medida por el número de casos que se citan; pero es indudable que este es un recurso peligroso y del que se ha hecho mucho abuso. En lugar de un ejemplo expuesto con gran detalle, se tratan ligeramente tres o cuatro y puede darse así la *apariencia* de una prueba convincente. Pero hay asuntos donde se no se prueba nada, aunque se presenten frecuentemente, y por lo tanto pueden ser presentados con la misma facilidad otros doce casos de resultado opuesto. Si se enumeran doce batallas perdidas en las que el bando derrotado atacó en columnas separadas, podemos citar otras doce batallas ganadas en las que se usó el mismo orden. Es evidente que por este camino no puede obtenerse ningún resultado.

Al considerar cuidadosamente estas circunstancias diferentes, podemos ver con cuánta facilidad puede hacerse mal uso de los ejemplos.

Un acontecimiento que es mencionado en forma superficial, en lugar de ser reconstruido cuidadosamente en todas sus partes, es como un objeto visto a gran distancia, que presenta la misma apariencia por todos sus lados y en el que no puede ser distinguida la posición de sus partes. Tales ejemplos han servido en realidad para sustentar las opiniones más contradictorias. Para algunos, las campañas de Daun son modelos de restricción. Para otros, no son otra cosa que ejemplos de timidez y falta de resolución. El paso de Bonaparte por los Alpes nóricos, en 1797, puede parecer la más noble de las resoluciones, pero también un acto de pura temeridad. Su derrota estratégica en 1812 puede ser interpretada como la consecuencia, ya sea de un exceso de energía o de un déficit de la misma. Todas estas



opiniones han sido expresadas, y es fácil ver que pueden haber surgido porque cada opinión ha interpretado la relación de los acontecimientos en forma diferente. Al mismo tiempo, estas opiniones antagónicas no pueden reconciliarse recíprocamente, y por lo tanto, una de las dos, necesariamente debe ser falsa.

Por más que agradezcamos al excelente Feuquières por los numerosos ejemplos introducidos en sus memorias —en parte porque ha sido conservado gran número de incidentes históricos que en otra forma se habrían perdido, y en parte porque fue el primero en relacionar las ideas teóricas, o sea abstractas con la vida práctica, hasta donde los casos presentados pueden considerarse que explican y definen más cuidadosamente lo que es afirmado teóricamente— no obstante, de acuerdo con la opinión de los lectores imparciales de nuestros días, apenas alcanzó el objetivo que se propuso a sí mismo: el de probar los principios teóricos, por medio de ejemplos históricos. Porque aunque a veces relata los sucesos con gran minuciosidad, sin embargo deja de mostrar que las deducciones extraídas provienen necesariamente de la relación interna de estos acontecimientos.

Otro mal que resulta de la observación superficial de los acontecimientos históricos es el de que algunos lectores no tienen suficiente conocimiento o memoria de los mismos como para ser capaces ni siquiera de captar la intención del autor; de modo que no les queda otra cosa que aceptar ciegamente lo que el autor dice o continuar sin ninguna convicción.

En verdad, es extremadamente difícil reconstruir o desarrollar los acontecimientos históricos delante de los ojos del lector en forma adecuada que le permita usarlos como pruebas, ya que el escritos carece por lo general, tanto de los medios como del tiempo o el espacio para hacer esto. Pero sostenemos que, cuando nuestro objetivo es el de sancionar una opinión nueva o dudosa, un solo acontecimiento, analizado a fondo, es mucho más instructivo que diez tratados superficialmente. El gran mal de este tratamiento superficial no es que el escritor presenta su historia con la pretensión injustificada de querer



probar algo por medio de la misma, sino que el escritor nunca ha conocido los acontecimientos en forma adecuada, y por esta forma descuidada y frívola de encarar la historia surgen cientos de puntos de vista falsos e intentos de elaboración de teorías, que nunca habrían aparecido si el escritor hubiera considerado su deber el deducir concluyentemente de la estricta relación de los acontecimientos todo lo nuevo de la historia que quisiera ofrecer y buscara probar.

Cuando estemos convencidos de las dificultades que ofrece el uso de ejemplos históricos y, al mismo tiempo, de la necesidad de exigirlos, también seremos de opinión de que la historia militar más reciente habrá de ser siempre el campo más natural de donde seleccionar ejemplos, con la sola condición de que esa historia sea conocida y recopilada en forma satisfactoria.

No se trata solo de que los períodos más remotos estén relacionados a circunstancias diferentes y, por lo tanto, a la conducción diferente de la guerra y que, en consecuencia, los acontecimientos producidos en esos períodos sean menos instructivos para nosotros, ya que teórica o prácticamente, sino también que es natural que la historia militar, como cualquier otra, pierda gradualmente cierto número de pequeños rasgos y detalles que existían originariamente, que pierda cada vez más en vida y color, al igual que una pintura oscurecida o descolorida de modo que al final solo llegarían a conservarse las grandes masas y los rasgos sobresalientes, que adquirirían, de este modo, proporciones indebidas.

Si consideramos el estado actual de la conducción de la guerra, podemos decir que desde la guerra de sucesión austríaca, las anteriores a ella son casi las únicas que guardan considerable similitud con el presente, al menos en lo que concierne al armamento, y que, a pesar de los muchos cambios que se han producido, en circunstancias grandes y pequeñas están suficientemente cerca de las guerras modernas como para proporcionarnos enseñanzas considerables. Bastante diferente es el caso de la guerra española de sucesión, ya



que el uso de las armas de fuego no estaba todavía tan bien desarrollado y la caballería era aún el arma más importante. Cuanto más retrocedemos, a medida que se hace más árida y pobre en detalles, menos útil se vuelve la historia militar. La historia menos útil y más estéril necesariamente debe ser la de los tiempos antiguos.

Pero esta inutilidad no es por cierto absoluta; se relaciona solo con esos asuntos que dependen del conocimiento de detalles minuciosos o con aquellos en que ha cambiado el método de conducción de la guerra. Aunque conocemos muy poco sobre la táctica empleada en las batallas de los suizos contra los austríacos, en la de los borgoñones contra los franceses, encontramos sin embargo en ellas la evidencia inequívoca de que fueron las primeras en las que se puso de manifiesto la superioridad de una buena infantería sobre la mejor caballería. Una mirada general a la época de los *condottieri* nos enseña cómo el método total de conducir la guerra depende del instrumento que se use, porque en ningún otro período las fuerzas usadas en la guerra habían presentado en tan alto grado las características de un instrumento especializado y habían sido separadas en forma tan completa del resto de la vida civil y política. La forma extraordinaria como los romanos, en la segunda guerra Púnica atacaron a Cartago en España y África, mientras Aníbal estaba todavía en la inconquistada Italia, puede ser estudiada como el caso más instructivo, ya que se conocen suficientemente bien las relaciones generales de los estados y los ejércitos, en los cuales residía el buen éxito de esta resistencia indirecta.

Pero cuanto más descienden las cosas a lo particular y más se desvían en su carácter de las generalidades puras, tanto menos podremos buscar ejemplos y experiencias en los períodos muy remotos, porque no tenemos el medio de juzgar en forma adecuada los acontecimientos análogos, ni podemos aplicarlos a nuestros medios, por completo diferentes.

Infortunadamente, sin embargo, siempre ha existido entre



los historiadores la moda de tratar los acontecimientos de los tiempos antiguos. No discutiremos qué participación puede haber tenido en esto la vanidad y la charlatanería, pero en la mayoría de los casos no podemos descubrir ninguna intención honesta ni ningún esfuerzo serio para enseñar y convencer y, en consecuencia, solo podemos considerar esas alusiones como embellecimientos destinados a unir resquicios y ocultar defectos.

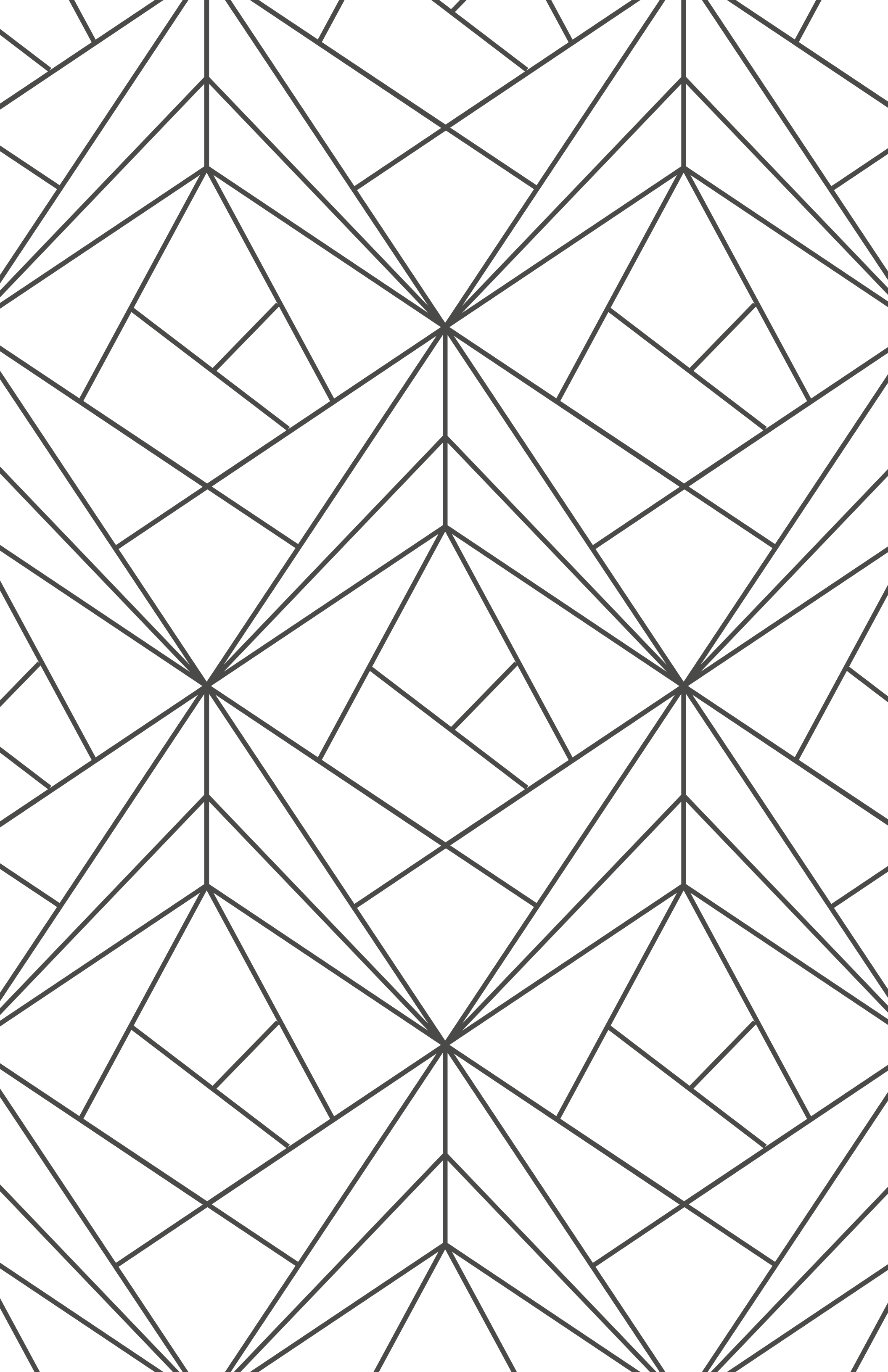
Sería de inmensa utilidad enseñar el arte de la guerra por medio de ejemplos históricos, como se propuso hacer Feuquiéres: pero sería el trabajo de toda, una vida, si reflexionamos en que el que lo emprendiera, debería primero capacitarse para la tarea mediante una larga experiencia personal en la guerra real.

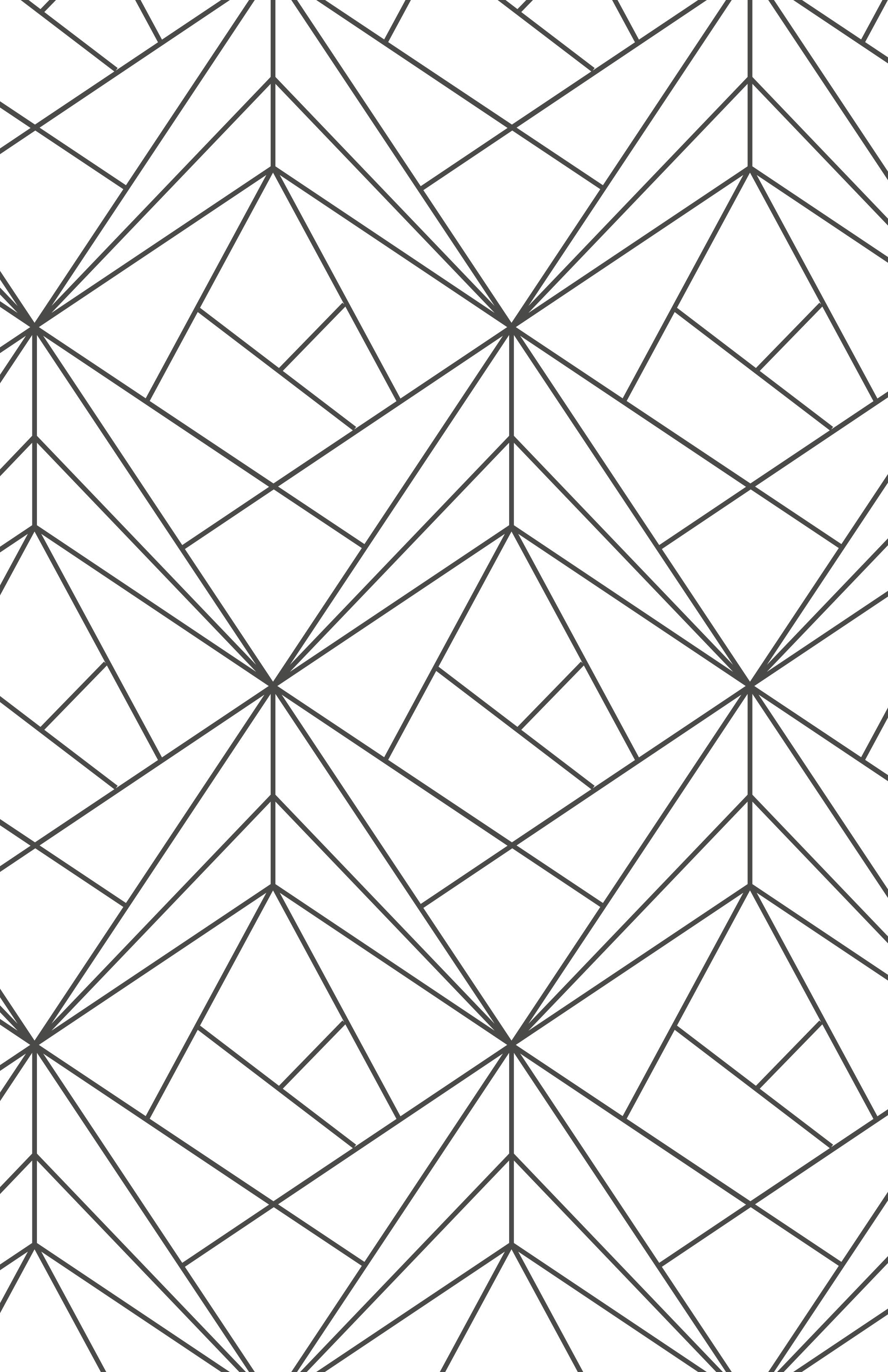
Quienquiera que, agitado por convicciones íntimas, desee emprender esa tarea, debe prepararse para su piadosa empresa como para un largo peregrinaje; tendía que sacrificar su tiempo, no retroceder ante esfuerzo alguno, ni temer a ningún poder temporal, y habrá de elevarse por encima de todo sentimiento de vanidad personal y de falsa vergüenza, para decir, de acuerdo con el código francés, *solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.*

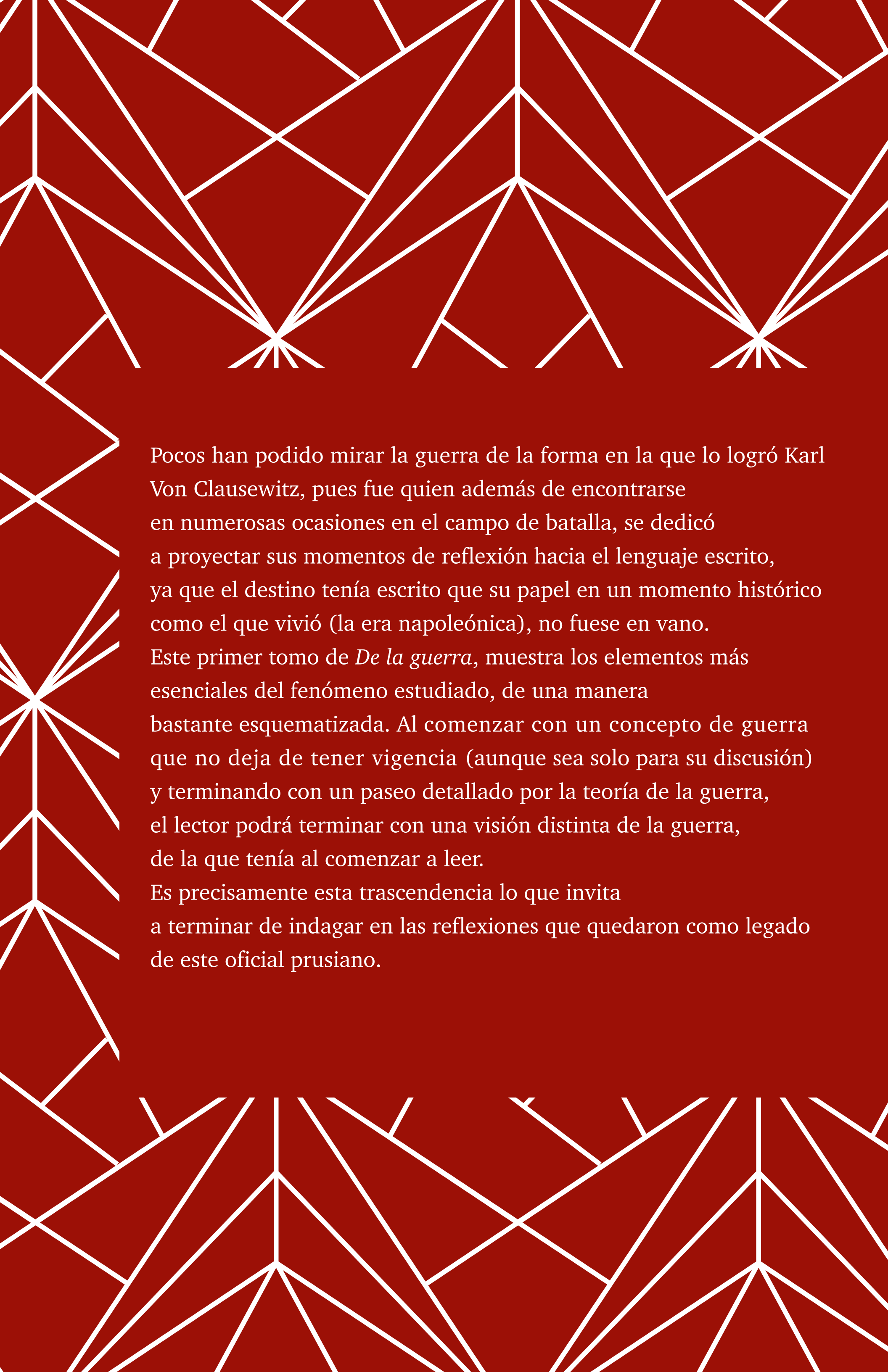












Pocos han podido mirar la guerra de la forma en la que lo logró Karl Von Clausewitz, pues fue quien además de encontrarse en numerosas ocasiones en el campo de batalla, se dedicó a proyectar sus momentos de reflexión hacia el lenguaje escrito, ya que el destino tenía escrito que su papel en un momento histórico como el que vivió (la era napoleónica), no fuese en vano.

Este primer tomo de *De la guerra*, muestra los elementos más esenciales del fenómeno estudiado, de una manera bastante esquematizada. Al comenzar con un concepto de guerra que no deja de tener vigencia (aunque sea solo para su discusión) y terminando con un paseo detallado por la teoría de la guerra, el lector podrá terminar con una visión distinta de la guerra, de la que tenía al comenzar a leer.

Es precisamente esta trascendencia lo que invita a terminar de indagar en las reflexiones que quedaron como legado de este oficial prusiano.